



la BIBLIOTECA
SECRETA *de*
LEONARDO

FRANCESCO
FIORETTI

NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

LA BIBLIOTECA SECRETA DE LEONARDO

FRANCESCO FIORETTI



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La biblioteca segreta di Leonardo*

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: noviembre de 2019

Primera edición en e-book: diciembre de 2019

© Francesco Fioretti, 2018

Publis/Map@ John Gikes, 2013

© de la traducción: Benito Rodríguez, 2019

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4747-0

Producido en España

*En memoria de mi padre,
matemático de mucha filosofía.
Porque todo retorna.*

LA BIBLIOTECA SECRETA DE LEONARDO

Antes de comenzar

Leonardo da Vinci lo dibuja de este modo para el libro sobre la «divina proporción» de Luca Pacioli, «obra a todos los ingenios perspicaces y curiosos necesaria», impreso en Venecia en 1509: ellos, por devoción a lo griego, lo llaman *eicosiexaedron*, que significa «de veintiséis caras»; nosotros, «rombicuboctaedro», sólido de Arquímedes de propiedades admirables.

Las veintiséis caras son dieciocho cuadrados y ocho triángulos equiláteros; las tres secciones medias, en longitud, anchura y altura, son octogonales. Como es bien sabido, el ocho y el octágono son símbolos de eternidad, de resurrección, o de nueva creación, de renovación de los tiempos. Octogonales son las fuentes bautismales y los baptisterios, que abren las puertas a la vida eterna, una fortaleza de Federico II en Puglia, numerosos cimborrios y capillas ducales renacentistas, además de todas las iglesias imperiales, San Vitale de Rávena y la Capilla Palatina de Aquisgrán, pero también la Mezquita de Omar de Jerusalén y algunos antiguos *yantra* de la tradición hindú.

Un misterioso rombicuboctaedro de cristal pende a espaldas del fraile matemático del *Retrato de Luca Pacioli* hoy conservado, tras permanecer durante siglos en el Palacio Ducal de Urbino, en el museo napolitano de Capodimonte. De los numerosos enigmas contenidos en aquel célebre y discutido lienzo de 1495, entre otras cosas, se hablará largamente en las páginas que siguen. Por el contrario, no se hará mención alguna a cierta construcción en forma de rombicuboctaedro alzada recientemente en Minsk, salvo para señalar, *en passant*, y como prueba de la enigmática perseverancia de ciertos vicios humanos, que alberga, huelga decirlo, la Biblioteca Nacional bielorrusa.

En el capítulo 15 de este libro, hará aparición una especie de *rombicubo* de Rubik. Los lectores que deseen participar activamente en la apertura del pasaje secreto que cela dicho mecanismo, tienen a su disposición en Google Play Store la App *eicosiexaedron* de Davide Anniballi. No obstante, es aconsejable resolver antes los enigmas del *Retrato de Luca Pacioli* para acceder a su código cifrado.

La divina proporción, así definida por el propio franciscano en su obra destinada a los espíritus perspicaces y curiosos, es lo que hoy denominamos «sección áurea», a la que los matemáticos de la época solían referirse como «la proporción que posee un medio y dos extremos». Muchos se declaran convencidos de sus propiedades mágicas, incluso en nuestros días. No hay duda de que sustenta ciertos procesos creativos misteriosos de la madre naturaleza.

Sólo nos queda adentrarnos en esta historia, que tiene como protagonistas, además del *eicosiexaedron*, a dos extraordinarios pioneros de la modernidad. Son numerosos los

hechos ciertos narrados en la novela: tantos, probablemente, como los inventados, aunque su falsedad, ay de mí, no pueda ser demostrada. Sobre tal inversión del *onus probandi* se funda, como bien sabe el lector, la literatura de todos los tiempos.

Prólogo

*La quinta esencia, espíritu de los elementos,
viéndose aprisionada por el alma en el humano cuerpo,
desea siempre retornar a su lugar de origen.
Y has de saber que tal anhelo
mora en dicha quinta esencia compañera de la naturaleza.
Y el hombre es modelo del mundo.
Aprende la multiplicación de las raíces del maestro Luca.*

(De los cuadernos de Leonardo da Vinci)

Así acaecía también en Sforzinda, la ciudad perfecta diseñada por Filarete como una estrella de ocho torres, inscrita en el círculo y el octágono, con sus bastiones, y sus potentes murallas. Gravemente amenazada ahora por las fuerzas oscuras y agresivas del Olvido, del Caos Primero, de la Desmentegansa, como dicen aquí. Pero nadie había ya que resistiera, que vendiera, como nosotros, cara la piel. Sólo Salaì y yo, un fraile, una duquesa sin ducado, nadie más, atrincherados dentro. Todo, por fortuna, estaba bien dispuesto. El enemigo llegaría desde todas las direcciones, por todas partes dirigiría contra las murallas sus bocas de fuego aterradoras...

Hemos vivido tiempos férvidos, y ahora se nos reclaman. Robamos el fuego a los dioses, por segunda vez: era el destino que los olímpicos nos castigasen. Fuimos los primeros en despertar de un letargo milenario. Y aquí están ahora: vienen a arrebatarnos nuestro sueño eterno. Se acercan, y los comprendo: ¡pobres ilusos! A fe que nos sobran sueños que vender. Alguien podrá copiarlos tal vez, nunca robarlos. Los sueños pueden contagiarse, como las pandemias, pero no se roban: en la peor de las hipótesis, como dicen aquí, si dismenticano.

Habíamos dispuesto vigas de rechazo a lo largo de todo el perímetro de las murallas, sembrado de abrojos el terreno alrededor del foso. Todo estaba listo. Las catapultas, las bombardas, las espingardas, los cañones, los escorpiones, las serpentinas. Desde los revellines altos, desde los adarves de las murallas, escudriñábamos absortos el horizonte. Hasta que el día llegó de repente. La grisura que se alzaba sobre la remota llanura no era neblina esta vez, sino el polvo de sus cabalgaduras.

Miré a los ojos a mis amigos y en ellos leí mi temor. Imaginar la propia muerte nunca es fácil, ni aun pensándola como un retorno. Ni aun sabiendo que la Fuerza que nos anima la anhela como a su propio puerto. Habíamos amado la vida y la belleza, nos

sentíamos la progenie de aquellos antiguos griegos cuyos libros descubríamos de nuevo. Ahora otros reivindicaban su derecho a soñar el mismo sueño. Para bien y para mal, somos tierra de tránsito. Ideas y ejércitos, libros y reyes, palabras y pueblos: en esta tierra todo está de paso, nosotros somos apenas intersección y encrucijada. Hemos de mantener abiertos los ojos, siempre, y la mente alerta, si queremos extraer de este vórtice caótico de corrientes la enèrgheia necesaria para alzar de nuevo el vuelo.

Tenía tipos de bombardas comodísimas y sencillas de transportar, aptas para desencadenar una pequeña tormenta, instrumentos afiladísimos para atacar y defender, brigolas, balistas, catapultas y otras máquinas de admirable eficacia. Rodearon Sforzinda al cabo de pocas horas, a distancia segura, fuera de tiro. Luego acercaron sus bocas de fuego y comenzaron a bombardear las murallas, tanteando los puntos de menor resistencia. Desde los torreones respondimos con los cañones radiales de mi invención, con la ametralladora que dispara bolas con una apertura de sesenta grados en todas las direcciones, con las bolas metálicas que se abren en vuelo, sembrando ráfagas de diminutos proyectiles, un arma devastadora...

Al cabo de dos días de cañones y catapultas, intentaron el primer asalto, con arietes y escaleras. Al acercarse a nuestras murallas, los abrojos que habíamos diseminado les traspasaron las suelas y les hirieron los pies. Sus segundas filas lograron aproximarse más, y entonces inundamos los fosos, haciendo que se atollaran sus máquinas de asedio. Bajo nuestro fuego, cubrieron de tierra los canales, operación que duró otros dos días. Los que lograron llegar hasta las murallas el tercer día, apoyaron las escaleras en los parapetos sin notar las vigas ocultas en las hendiduras bajo las almenas. Las vigas, mediante tablas que las unían por orificios a una palanca en el interior de los muros, servían para empujar las escalas y hacerlas caer hacia atrás.

El primer asalto había sido repelido.

Los enemigos concentraron entonces sus bombardeos sobre el flanco occidental de las murallas, donde la pared parecía a punto de ceder. Al cabo de otros dos días de cañonazos, lograron atravesarla y abrir una brecha, ignorantes de la celada. Se lanzaron de nuevo al asalto, como una masa desordenada y furiosa. Y entonces vieron salir de la brecha, haciendo fuego, carros armados rotatorios, montados sobre máquinas automotrices con motor de cuerda, que giraban sobre sí mismas disparando automáticamente hasta el agotamiento de la carga. Tras ellos iban los carros segadores, arrastrados por caballos sin jinete, con un mecanismo que hacía girar las enormes hoces a la altura de las pantorrillas enemigas, tajando piernas y haciendo pedazos los cuerpos de los caídos.

Hondos eran los gritos de dolor, fiera la matanza. Las fuerzas oscuras se replegaron tras sus líneas de defensa, abandonando sobre el campo de batalla cadáveres por decenas y heridos con las piernas destrozadas, cuya lenta agonía era un suplicio atroz para el oído. Pero con una brecha abierta no podríamos resistir mucho más tiempo. Llamé a Salaì, llamé al fraile y a la duquesa sin ducado, les dije que se prepararan según lo previsto, que se vistieran con ropas de abrigo y se reunieran cuanto antes conmigo en la cima del campanario de San Gottardo, donde se hallaban dispuestas nuestras máquinas de fuga. Ya estábamos allí los cuatro cuando escuchamos las

trompetas y los gritos del último asalto. Sforzinda caía mientras nuestros cuerpos se introducían en los anillos de la máquina, las manos sobre el asta, los pies en los estribos.

Hemos vivido tiempos férvidos, pero hora es ya de abandonar el campo de batalla.

Partimos con el honor de las armas, con la mirada alta en el cielo, sin arrepentimientos. Hicimos cuanto estaba en nuestras manos, permanecemos en nuestros puestos hasta el final, sabiendo que todo estaba perdido. Rindieron Sforzinda, pero no a nosotros. Nos lanzamos al vacío con las enormes alas de tela encerada abiertas y firmes, planeamos sobre las cabezas de los asaltantes, los veíamos muy pequeños allí abajo, alzando atónitos la mirada. El viento nos sostenía y comenzamos a empujar con las manos, los pies y la frente las varias palancas para batir las alas con más fuerza y recuperar altura si empezábamos a descender. Su reacción al comprender que, sin más ayuda, nosotros cuatro habíamos desbaratado sus filas. Qué envidia impotente al vernos volar sobre los tejados, desvanecernos entre las nubes...

Nadie escapa a la desmentegansa, pero nosotros resistiremos cuanto sea posible.

Sin embargo, en cierto momento vimos virar hacia el sur a la duquesa sin ducado. «¿A dónde os dirigís, mi señora?», le grité. «¡Volved atrás!». La vi desaparecer en dirección al sol del mediodía y comprendí. Para ella no importaba enfrentarse a las fuerzas oscuras más allá del confín de la vida. Para ella, dondequiera que se hallase, lo importante era encontrar algún ducado del que ser duquesa... Después, estremeciéndome, vi que Salai se aproximaba demasiado al sol, que la cera impermeabilizante de sus alas se derretía, cómo las poderosas alas se desgarraban y él se precipitaba.

«¡Salai!», grité con toda la voz de mi garganta.

«¡Salai!».

–Maestro...

–¿Mmmm?

–¡Maestro!

–¿Qué ocurre?

–Me llamabais en sueños...

PRIMERA PARTE

*Giulian da Marlian doctor tiene un capataz sin mano.
Magnífica señora Cecilia, amadísima diosa mía.*

(De los cuadernos de Leonardo da Vinci)

Milán, Corte Vieja, 7 de febrero de 1496

El muchacho entró jadeante y pálido, sin aquel porte despreocupado y rebelde de siempre, cruz y delicia de su maestro. Leonardo le observó con atención, manteniendo la calma y sin interrumpir su coloquio con Fazio Cardano, que había acudido a visitarlo a su taller de la Corte Vieja, junto al Duomo. Fazio Cardano, desdentado y malcarado, adobado con su habitual atuendo rojo, se ponía su capa negra. Vestía siempre de aquel modo: era un personaje singular. En Milán nadie sabía si era médico o jurisconsulto, pero era cierto que se ocupaba de alquimia y ciencias ocultas. Había pasado hacía poco de los cincuenta, en ocasiones hablaba solo, él decía que con su genio familiar. Sabía muchas cosas, pero era la confusión en persona, mezclaba ciencia y superstición, astrología y anatomía, álgebra y mitología egipcia, con un saber desordenado y sin método en el que los diablos y los teoremas de Euclides eran objeto de una misma materia de estudio apenas definida. Pero tenía en su poder libros preciosos, y hacía algún tiempo que Leonardo rondaba la *Perspectiva* de Al-Kindi que Fazio se jactaba de poseer, aunque sin habérsela mostrado nunca. Y habría deseado aprender de él la Matemática, en la que *ser* Fazio se decía experto sin dejar de eludir sus preguntas: ¿cómo se cuadra un triángulo, y por qué es imposible la cuadratura del círculo?

—Aquí tenéis vuestros 119 sueldos. Contadlos vos también, por seguridad.

Esta vez, al menos, *ser* Fazio había llegado con una copia nueva y sin cortar de la *Summa* de Luca Pacioli. Se la daría por 130 sueldos, una cifra considerablemente elevada, más del doble de cuanto le había costado la Biblia en romance que había de servirle para *La última cena* de Santa Maria delle Grazie. Pero el libro del franciscano de Sansepolcro era exactamente lo que Leonardo necesitaba. Lo contenía todo. Recopilaba el entero saber matemático de su época: del álgebra a la partida doble, de la arquitectura a la perspectiva, de la geometría de Euclides a la matemática financiera... Allí estaba todo. Tras una larga negociación, habían bajado hasta 119 sueldos, y ahora Cardano, con las monedas a buen recaudo en su escarcela de piel, se decidía por fin a marcharse. La *Summa*, bien encuadernada, estaba allí, sobre la mesa que ocupaba el centro de la enorme estancia.

Con el rabillo del ojo, Leonardo atendía preocupado a los movimientos de Gian Giacomo, su aprendiz de quince años, al que llamaba Salai, con el nombre de un diablo del *Morgante* de Pulci. Había notado que el muchacho traía en la mano un cartucho sucio y húmedo que depositó en la mesa, junto al libro de Luca Pacioli. Luego se había

sentado en el banco que estaba a su espalda, lo que le impedía seguir espiándolo a escondidas.

–Hasta pronto, maestro Leonardo –se despidió Cardano.

El artista le acompañó hasta la puerta, en la planta baja: «Hasta pronto».

Después volvió al piso de arriba. Salaì seguía allí, ovillado sobre el banco, descolorido, como si de camino se hubiese topado con Belcebú en persona. Temblaba. Leonardo se dirigió hacia el cartucho sanguinolento depositado sobre la mesa por su ayudante. Lo abrió, y al ver lo que contenía dio un salto hacia atrás, disgustado. Una mano humana, amputada de un tajo preciso a la altura del pulso. La sangre aún estaba fresca.

–¿Te has vuelto loco? –gritó, dirigiéndose a Salaì, que alzó hacia él una mirada que parecía suplicar clemencia–. Sé que eres un ladrón impenitente, pero robarle al prójimo sus extremidades...

Desde el día en que su padre, un miserable jornalero de Brianza, se lo había como quien dice «regalado», hacía ya cinco años, Gian Giacomo había mostrado aquel defecto: era un ratero empedernido. No por necesidad, pues Leonardo le apreciaba como a un hijo y gastaba en él más que en sí mismo, sino por una especie de enfermedad. Robaba dinero, joyas, objetos más o menos preciados de toda índole, incluidos los carísimos pigmentos del azul ultramarino, a ocho ducados la onza, el alquiler de un año en Borghetto. Era más fuerte que él, no era capaz de contenerse, como si debiera resarcirse de haber sido abandonado por los suyos con diez años, como si la naturaleza misma estuviera en deuda con él, y los demás seres humanos, sin distinción de clase, sexo o edad, fueran fiadores de ese débito inconmensurable. Leonardo se había encariñado de él: en aquel chiquillo, que encontraba lleno de belleza, se veía a sí mismo adolescente, los mismos rizos dorados, la misma mirada altanera e insolente con la que él había posado, con su misma edad, para el *David* de su maestro florentino, Verrocchio, que eternizó en aquella estatua su atrevimiento alocado y umbroso de entonces. Por lo demás, tenían en común un abandono precoz. Aunque habían desarrollado formas opuestas de resarcimiento: Gian Giacomo robaba todo aquello que podía, Leonardo sólo habría deseado robarle a la naturaleza sus infinitos secretos.

–¿Y bien? ¿Has perdido el habla?

Salaì balbuceó improperios en dialecto de Brianza. Cuando sus palabras comenzaron a hacerse comprensibles, Leonardo creyó entender lo siguiente: que cayendo la noche, el muchacho rodeaba el Duomo bajo el cimborrio de reciente creación, para el que el propio Leonardo había presentado un proyecto que fue rechazado; bajo los andamios de esa parte de la iglesia aún en construcción, escuchó un grito atroz que venía de la altura; los obreros ya habían desmontado, por lo que no habría debido haber nadie allí; se detuvo a mirar hacia arriba, pero en la penumbra del crepúsculo no logró distinguir sombras humanas; entonces, justo ante él, vio caer algo, escuchó el golpe, se inclinó hacia el objeto llovido del cielo; era la mano cortada; la recogió, la envolvió, la introdujo en su bolsa y echó a correr como un loco hacia la Corte Vieja. Eso era todo. Que no le preguntara por qué se había comportado así, no se paró a pensarlo, fue una reacción espontánea, envolver la mano y llevársela a casa.

–¡Lávala! –le instó el maestro.

–¿Qué?

–Es una señal del cielo, la amputación de una mano es el castigo reservado a los ladrones. Es una mano derecha, de manera que su dueño debió robar algo muypreciado. Te ha ocurrido para que conozcas el destino que te aguarda si no dejas de robar a diestro y siniestro. ¿A qué esperas? Te he dicho que la laves.

Gian Giacomo se levantó y se acercó a la mesa, aún titubeante. Luego cerró de nuevo el envoltorio y corrió al piso de abajo. Volvió a los pocos minutos, con la extremidad en la mano, sin el cartucho ensangrentado. Leonardo la cogió y la observó atentamente.

–Hermosa mano –dijo–. Sin callosidades, no es una mano de campesino, ni de guerrero. Pero tampoco de príncipe. A menos que... Eso es: la derecha de un zurdo.

–Zurdo como vos –dijo el muchacho–, entendéis de eso...

–A diferencia de mí, es un zurdo que fue obligado a corregirse. Para escribir, pero probablemente sólo para escribir, usaba esta mano: hay restos de tinta en el índice; indicio de que sabía escribir, y debía hacerlo a menudo...

–Puede que quien la ha perdido siga allí –contestó Gian Giacomo–. Si nos damos prisa, encontramos a su dueño y se la devolvemos...

–También podríamos toparnos con su torturador, que a lo que se ve debe ir armado de hacha o cimitarra: el corte es limpio, como el de un verdugo experto o un estradiote albanés, ¿los has visto? Hay más de uno en la ciudad, veteranos de la guerra contra los franceses de Carlos VIII. Los enviaron los venecianos, se los conoce por su ferocidad: armados como turcos, tardan menos en decapitar a un enemigo que tú en rebanar un queso. Además, ¿qué crees que pueda hacer ya su antiguo dueño con esta mano? ¿Guardarla como recuerdo en una arqueta? Pero a nosotros puede servirnos.

Salaì no le preguntó para qué, ya había comprendido. Aquella obstinación de su maestro en desmontarlo todo, abrirlo todo, hasta los muertos, fueran hombres, caballos o pájaros, para entender, o robarles, su funcionamiento. Una obstinación que él no comprendía. Él al menos robaba, su obsesión no necesitaba explicaciones, el beneficio de un hurto era evidente. ¿Pero qué ganaba uno abriendo cuerpos? No era más que algo repugnante, una pasión morbosa, peor que la suya. Pero él nunca iba a juzgar a su maestro. Su maestro era bueno, no tenía ninguna culpa de lo que le había ocurrido, lo que le robaba la paz y se la robaría siempre.

–Indagaremos con calma –dijo Leonardo, tal vez por tranquilizarlo–. Un hombre sin mano, si aún vive, no pasa inadvertido, ni tampoco un mercenario armado de cimitarra.

Dicho lo cual, moldeó la mano como si fuera de greda, le hizo adoptar un ademán de bendición, empuñó la sanguina y la dibujó sobre una hoja de papel. Lo dibujaba todo, con extraordinaria rapidez. Llevaba encima pequeños cuadernos que él mismo confeccionaba, cortando los folios y cosiéndolos en formatos manejables, a veces se detenía en la calle y esbozaba un bosquejo, o tomaba notas. A menudo seguía a alguien, o se paraba a charlar con desconocidos, contaba anécdotas divertidas o hechos atroces para estudiar sus rostros, y después los dibujaba con fidelidad en su taller, en su «fábrica», como él decía. Salaì no lo entendía del todo, semejaba de algún modo a su necesidad de robar. A fin de cuentas, Leonardo también robaba, aunque el dinero no le

interesase en absoluto. A esas gentes, su maestro habría querido rasparles el alma. Desde que había empezado a estudiar para su *Última cena* de la iglesia de los dominicos, aquella labor de saqueo de sentimientos ajenos se había vuelto espasmódica. Debía plasmar las reacciones de los doce apóstoles ante el anuncio de Cristo: «Uno de vosotros me entregará». Deseaba dar a cada uno de ellos una personalidad específica. Quería que la escena fuera veraz.

Desde que le conocía, hacía ya cinco años, le había visto, sin embargo, estudiar sobre todo caballos, diseccionar sus cadáveres y dibujar con precisión anatómica su musculatura. Trabajaba en el proyecto que iba a asegurarle eterna fama y a convertirle en el artista más solicitado de su tiempo. El que iba a darle la ansiada –y temida– libertad. Debía alzar el monumento ecuestre más gigantesco que hubiera sido realizado nunca, estudiaba la técnica para fundir la mayor masa de bronce reunida jamás. Estudiaba noche y día, no era fácil llevar a la incandescencia y enfriar de manera uniforme una cantidad de metal semejante. Quien lo lograra, podría fabricar también cañones aterradores. Los franceses de Carlos VIII, los primeros en conseguir en una única colada piezas de artillería eficaces y de gran ligereza, habían aterrorizado a los italianos durante dos años, conquistando el reino de Nápoles como en un paseo militar.

Ludovico *el Moro*, duque de Milán, aunque escéptico sobre el éxito de la empresa, estaba muy interesado en su realización. Debía ser el monumento ecuestre dedicado a su padre Francesco, condotiero y primer duque Sforza, aunque la investidura imperial oficial se demorase.

A decir verdad, el señor de Milán no parecía haber confiado nunca en la capacidad de Leonardo para construir un caballo de tal magnitud. Pero se vio obligado a cambiar de opinión cuando el artista alzó su modelo en arcilla en la plaza de armas del castillo de Porta Giovia. Únicamente el caballo, pero un caballo de doce brazas de altura, el doble que la del mayor monumento ecuestre del que se conservase memoria. El duque había ordenado reunir 160 000 libras de metal para realizar la obra, mientras Leonardo estudiaba un sistema de tres hornos y un armazón para colar el bronce fundido sobre el colosal molde de barro.

Pero el clima había mudado de repente.

En realidad, el Moro no era aún duque de Milán. Era tutor de Gian Galeazzo, el hijo de su hermano, el difunto duque Galeazzo Maria. Pero la situación se había vuelto embarazosa, pues el joven duque legítimo comenzaba a tener edad para gobernar: ¿necesitaba un tutor con veinticinco años? Su esposa, Isabel de Aragón, hija del heredero al trono de Nápoles, instaba con insistencia creciente a su consorte a reclamar su reino: en honor a la verdad, era ella quien le apremiaba, azuzada a su vez por su padre, que en tanto se había convertido en rey de Nápoles. Ludovico había pedido al rey de Francia que tomase Nápoles para quitarse de encima al ceñudo rey Alfonso. Pero cuando Carlos VIII irrumpió en Italia con sus cañones, el Moro se amedrentó y organizó contra él la Liga Santa. Él le había llevado a Italia, y ahora pretendía expulsarlo. Por entonces, Gian Galeazzo había muerto, a sus veinticinco años, a consecuencia de un dolor de estómago, según la opinión general envenenado. Se decía que por voluntad de su tío. O tal vez de su esposa...

En cualquier caso, las 160 000 libras de metal para la gran obra de Leonardo da Vinci, al que los poetas de la corte celebraban ya como a un nuevo Apeles superior al antiguo, habían partido rumbo a Ferrara, destinadas a convertirse en cañones capaces de repeler a los temibles ingenios franceses. En nombre de la Liga Santa. Todos contra Carlos VIII: el emperador alemán, que acababa de unirse en matrimonio con una sobrina del Moro, el rey de España, Milán, Venecia... ¿Y el Papa? El Papa era Alejandro VI, nacido Rodrigo Borgia. ¿Podía confiarse en él? En realidad, nadie confiaba en nadie. Hacía años que todos luchaban contra todos, las alianzas se hacían y se deshacían como pompas de jabón. Sobre todo, desde hacía tres años, desde que tras la muerte en Florencia de Lorenzo de Medici, *el Magnífico*, garante del equilibrio entre las ciudades-estado italianas, la península se había convertido en un cañón defectuoso, de los que explotan a la cara de repente a sus propios artilleros. Pero a pesar de los vericuetos en los que se había metido solo, Ludovico Sforza, al menos, había conseguido algo: la investidura oficial como duque por parte del emperador Maximiliano, honor que los Sforza aguardaban en vano desde hacía casi medio siglo.

Leonardo había aceptado, aunque reacio, el encargo del refectorio de Santa Maria delle Grazie. Se trataba de un gran fresco, en una iglesia que el Moro tenía intención de convertir en su mausoleo de familia. Sin embargo, no estaría en la propia iglesia, accesible a todos, sino en la estancia privada en la que comían los frailes. Y, sobre todo, era un fresco. Leonardo nunca había pintado uno, no porque no fuera capaz de hacerlo, sino porque no apreciaba las técnicas que requiere el fresco. Un fresco se pinta al temple, y él amaba de manera visceral la pintura al óleo. Un fresco exige rapidez de ejecución, entunicar y pintar una sección al día antes de que la capa de cal y arena se seque, hoy un brazo, mañana una pierna, y él prefería trabajar sobre el conjunto y superponer estratos de color para difuminarlos como en la naturaleza, para reproducir todas las gradaciones de la luz sobre un rostro o el pliegue de un manto; en consecuencia, odiaba las prisas. El fresco falsea los colores de las cosas. Sólo sobre tela o madera pueden reproducirse los infinitos matices que traza la luz sobre un objeto.

Reticente, había aceptado el trabajo para pagarse el taller, sus cuatro ayudantes y el resto. Había empezado a estudiar de inmediato un método para evitar el obstáculo, para poder trabajar sobre el muro como si fuera madera, al óleo sobre la pared seca, en lugar de al temple sobre el estuco fresco. Aceptar el encargo del Moro se había transformado en otro desafío técnico. Experimentaba con temple graso, añadiendo a los pigmentos aceite o yema de huevo. Sin embargo, una vez más, su lentitud en la elaboración venía tomada por indolencia. En el muro que se alzaba frente al suyo, en el mismo refectorio, Montorfano había pintado una crucifixión –más bien mediocre, pero rebosante de figuras– en pocos meses, sin plantearse siquiera los problemas que afrontaba él.

Cambió de posición la mano trunca, colocó el índice apuntando hacia lo alto, la dibujó. Podía ser el índice más célebre de la historia, el que el apóstol Tomás, paladín de la verificación empírica, introdujo en las llagas de Cristo pocos días después de la última cena. Tomás, que necesitaba ver para creer: su santo patrono.

Se levantó, llamó a Salaì con un gesto: «Dásela por la mañana a los perros vagabundos», dijo, devolviéndole la mano.

Las interrupciones forzosas le hacían perder la concentración en el trabajo. *La última cena* se había convertido en su mayor apremio (o distracción). Pero el duque le reclamaba para otras mil cosas, o en su lugar sus funcionarios. Había tardado en ganarse el favor del Moro. Había llegado a Milán, podría decirse, como musicante. Le había enviado desde Florencia el Magnífico en persona, junto a un músico, su amigo Atalante Migliorotti, hacía ya catorce años –él tenía entonces treinta–, para que tocara ante el Moro una lira de su invención, con caja de plata, más sonora que la madera, y forma de cráneo de caballo. Después había mostrado al duque, convencido de que a un duque debía interesarle sobremanera el asunto, algunas máquinas de guerra aterradoras y poco comunes. Pero el Moro había dedicado a sus dibujos una ojeada distraída, debía tener de la guerra una noción muy tradicional. Y además...

Tuvo incluso la impresión, ya entonces, de que aquel Sforza desconfiase de él, y lo encontró comprensible: cuando un príncipe recomienda a otro un músico o un arquitecto, ¿cómo tener la certeza de que el recomendado no será un espía? La confianza recíproca, no había tardado en saberlo, puede hacer nido entre artistas que se aprecian, pero nunca entre hombres de poder. De modo que en los inicios había hecho un poco de todo. Trabajos modestos entre Vigevano y Pavía, preferiblemente lejos de la corte, y su primer cuadro importante, aunque no para el Moro: para la confraternidad de Santa María de la Concepción, en San Francesco Grande. Le encargaron un retablo a mayor gloria de la Inmaculada Concepción, dogma reciente, pero lo que pintó era cualquier cosa menos eso. Trabajó para sí mismo, más que para los frailes. Lo que al cabo representó, poco tenía que ver con la Inmaculada: María, un ángel sin alas que en realidad era una mujer, y Jesús y el Bautista niños, su encuentro en el desierto, que sólo narran los Evangelios no canónicos; y al fondo, un amasijo oscuro de grutas y rocas. En la hermandad no gustó en absoluto la obra, se la habían devuelto de inmediato sin pagársela, salvo por un insuficiente reembolso de gastos. Pero ahora todos sabían en Milán que también era diestro con el pincel, y en grado sumo.

Ingresó pronto en la corte, como pintor de la amante del duque, y principalmente como escenógrafo. *La fiesta del Paraíso*, en honor de Isabel de Aragón, al cumplirse el primer aniversario de sus bodas con el joven duque, fue un verdadero triunfo. Había recreado el entero cosmos tolemaico, una enorme semiesfera con siete cielos rotantes y centelleantes de luces, y el zodíaco alrededor, con los doce signos en redomas de vidrio iluminado que creaban, al girar, fabulosos efectos. En cada uno de los cielos se movía el dios pagano que daba nombre al planeta correspondiente, actores que recitaban los textos, francamente empalagosos, de Bellincioni, el poeta áulico. Para acabar, Mercurio,

mensajero de Júpiter, y el sol Apolo habían descendido volando hasta el palco de honor para rendir pleitesía a la esposa.

Una esposa a la que ahora veía atravesar los patios de la Corte Vieja vestida de negro, inquieta, como un cuervo endemoniado. Si se cruzaba con ella, Isabel le lanzaba miradas de resentimiento, mudamente acusadoras. Sí, a él. Tal vez porque aquel aparato enorme que había creado para ensalzar su matrimonio contribuyó a hacer germinar en ella un sueño vacuo de futura duquesa, que pronto había naufragado ante la inanidad del marido que se le había destinado, incapaz de gobernar llegado el caso, sumiso al Moro y pusilánime, entregado únicamente a los placeres de la caza, el vino y el fornicio de ocasión con alguna campesina. O con Rozzone, su favorito. Un marido que la golpeaba salvajemente, según se murmuraba, cada vez que ella le reprochaba un adulterio o le apremiaba, en los últimos años, a gobernar el ducado. Ahora Isabel era viuda, y los palacios en los que debía convertirse en duquesa se habían transformado en su jaula.

¿Pero qué culpa tenía Leonardo?

La guardia del castillo de Porta Giovia le permitía el acceso sin salvoconducto: signo evidente de lo mucho que habían cambiado las cosas para él en los últimos tiempos. Ahora era un cortesano. Entró por la puerta principal, atravesó la plaza de armas, donde se alzaba aún su enorme caballo de arcilla, cuya vista le hacía suspirar, pues no había perdido por completo la esperanza de construirlo en bronce. Hizo su ingreso en la corte ducal y se dirigió a la cocina. Bergonzio Botta, el tesorero, salió a su encuentro con un senescal. Entre ellos bastaban pocas palabras. Agitó ante él un folio. Leonardo leyó: «Carne de salvajina cubierta de salsa de pimienta negra, pasteles de jabalí adulto adornados de oro, uno por plato, lechones enteros asados con pimienta y sal con granadas. Vino tinto de La Marca. Representación».

Cada banquete oficial se acompañaba de una representación, pero en aquel papel, en lugar de un mandato, sólo había un espacio en blanco, ni una sola palabra escrita. Se trataba, en general, de escenografías sencillas: los platos más señalados, con coberteras a manera de montaña o de castillo, eran servidos por criados vestidos de ángeles o diablos, o de esclavos indios del Sultán, con un acompañamiento musical o de versos recitados por los poetas de corte. En tales casos, el tesorero y el senescal se bastaban solos. Y solía ser así cuando se trataba únicamente de recibir a los embajadores de otros Estados italianos. Pero si habían mandado llamar a Leonardo, era evidente que se necesitaban artificios especiales. Los miró con la expresión más interrogante que fue capaz de fingir.

–Hoy acogemos a vuestros coterráneos –dijo Botta.

–Los secuaces de Savonarola –añadió el senescal.

–¿Hoy, decís? –preguntó Leonardo, preocupado–. Pero apenas hay tiempo...

–Ya está todo listo –dijo el tesorero–. El único contratiempo, maestro Leonardo, es que quisiéramos servirnos de aquel carro automotriz que construisteis hace años para cierta representación teatral. Ya hemos desmontado el autómatas que transportaba. Desearíamos disponer los platos importantes en una mesa colocada sobre dicho carro, de manera que nuestros invitados los vean llegar sin el auxilio de ningún criado. Fue el

duque en persona quien sugirió la idea: pretende dejar sin habla a los florentinos.

Era un antiguo proyecto, diseñado mientras aún se encontraba en Florencia y reutilizado en varias ocasiones: dos muelles metálicos en espiral con carga de rebobinado, colocados en dos tambores de madera, se conectaban a un sistema de levas y ruedas dentadas; un mecanismo de escape regularizaba el movimiento impulsado por los resortes por medio de otros muelles, en este caso en suspensión, que accionaban dos ruedas de mano que a su vez debían transmitir el movimiento a las ruedas motrices del carro; finalmente, un freno de mano, accionable a distancia gracias a una cuerda, permitía desbloquear el mecanismo, una vez cargado, sin ser visto. Un simple tirón y el carro se pondría en movimiento solo, cruzaría la sala en la que se preparaban los platos hasta la mesa de los invitados y se detendría, como habría sido previamente programado, a un paso de los comensales, donde un criado estaría esperando para hacer los honores.

–En tal caso –objetó Leonardo–, no veo dónde está el problema.

–¿Recordáis el tambor mecánico que construisteis para la puesta en escena de la *Dánae* de Taccone? –preguntó Botta.

Leonardo asintió con un gesto. No habría podido olvidarlo. Las interrupciones de su trabajo en Santa Maria delle Grazie eran frecuentes, pero de aquello no había pasado aún un mes. Dos cilindros perforados, programables mediante clavijas que podían desplazarse en función del ritmo, accionaban, girando sobre sí mismos, cinco varas percutientes por lado que hacían redoblar el tambor con la cadencia deseada.

–Lo hemos recuperado –sugirió el tesorero–, y quisiéramos engancharlo al carro automotriz para ocultar los chasquidos de su engranaje, de modo que las bandejas del banquete, además de llegar solas a la mesa, se muevan al son del tambor. Los comensales se quedarían boquiabiertos.

Leonardo estuvo de acuerdo. Le pareció una buena idea.

–Ya está todo dispuesto –agregó el senescal–, sólo debéis ayudarnos a regular las máquinas y a programarlas teniendo en cuenta la duplicación del peso.

–Lo haré con gusto –respondió Leonardo.

Se encaminaron hacia la sala en la que debía prepararse la puesta en escena. Atravesaron una estancia larga y amplia adornada con tapices, obra de maestros traídos de Flandes en tiempos de Francesco Sforza. Tapices de base oscura con variopintos motivos floreales que se detuvo a observar, pues de repente se le ocurrió que podría pintarlos sobre el fondo de la sala en la que pensaba ambientar su *Última cena*. Botta y el senescal le esperaban algo más adelante.

–¡Leonardo!

Se volvió hacia la voz amiga que había roto inesperadamente el silencio:

–¡Donino!

Era Donato Bramante, el arquitecto de Urbino, buen amigo suyo, también al servicio del Moro. Iba a su encuentro con otros cuatro hombres, a tres de los cuales reconoció enseguida: uno, imponente y de paso marcial, era Galeazzo Sanseverino, el general que comandaba las tropas del duque; a su lado estaba Giovanni Conte, un capitán al servicio de Ascanio Sforza, junto a quien parecía un joven soldado suyo; el último, algo

encorvado, era Giuliano Marliani, uno de los doctores de corte, al que había frecuentado en Pavía. Los Marliani le habían prestado un tratado de álgebra escrito por el difunto Giovanni, también médico, pero ante todo gran matemático. Se inclinó ante Sanseverino y Conte, estrechó la mano a Marliani y abrazó a Bramante.

–El Moro os reclama hoy a todos –dijo el general.

–Sus invitados –añadió el doctor– son Francesco Soderini, obispo de Volterra, y Guidantonio Vespucci, embajador florentino en Francia. Naturalmente, estará también presente Francesco Gualterotti, embajador de vuestra reverenciada República en Milán.

–Vos sois florentino –comentó Sanseverino, dirigiéndose directamente a Leonardo–. ¿Los conocéis? ¿Qué deberíamos esperar de ellos?

Leonardo se encogió de hombros, dudoso de la respuesta.

–Pertenece a dos grandes familias. Francesco Soderini tiene dos hermanos de inclinaciones opuestas: uno, Paolantonio, fiel a Savonarola, el otro, Piero, menos comprometido con el movimiento en apariencia, pero ambos enemigos de los Medici. Y Guidantonio Vespucci fue embajador en Francia de Lorenzo *el Magnífico*, pero puede que sea hostil a su hijo Piero. Las relaciones de los Vespucci con los Medici son desde hace un tiempo ambiguas. Conocí a un primo lejano suyo, de edad cercana a la mía, Amerigo, pero ignoro qué habrá sido de él, me dijeron que se embarcó hacia las Indias occidentales. Una rama de la familia logró un buen entendimiento con los regentes en tiempos de Lorenzo, pero otra debe aún restaurar el honor de Simonetta Cattaneo, esposa de un Marco Vespucci de la que fue amante Giuliano, el hermano del Magnífico, asesinado después en la conjura de los Pazzi. Una de las mujeres más hermosas, celebradas y retratadas de todos los tiempos: el propio Botticelli, mientras la pintaba para Giuliano, se enamoró de ella. Pero murió muy joven.

Mientras hablaba, observaba con atención el rostro del joven soldado a las órdenes del capitán Conte, sus largos cabellos castaños cayendo en bandós sobre los hombros, su óvalo ahusado de barba cuidada, su noble porte: el rostro de Cristo. ¡Al fin había encontrado el semblante de Cristo para su *Última cena*! No podía quitarle los ojos de encima. Que pensarán mal los demás si querían.

–Sin embargo –prosiguió–, llevo demasiado tiempo lejos de mi ciudad para comprenderla aún. Los florentinos aprovecharon la llegada de Carlos VIII para expulsar a Piero de Medici, y ahora Savonarola goza, en apariencia, de la admiración de todos. Pero no me asombraría saber dentro de un tiempo que su movimiento es mucho menos sólido de lo que aparenta. Florencia está dividida entre partidarios y enemigos de los Medici. Sus adeptos se dividen a su vez entre los fieles a Piero, el hijo del Magnífico, y los que apoyan a la otra rama de la familia, la de Pierfrancesco, los llamados Populares. Y sus enemigos se escinden entre los que defienden esa suerte de democracia directa impulsada por los secuaces de Savonarola y los que desearían una restricción oligárquica sin los Medici. Y aún hay más: los partidarios del Gran Consejo se dividen a su vez entre los que aceptan la moralización de la política auspiciada por los de Savonarola y los que quieren una república con plenos poderes, pero laica. De modo que entre esos cinco grupos sólo hay uno de verdaderos seguidores de Savonarola, y no podrá resistir mucho tiempo. El fraile no es un político. Enardece a las

masas, y ha sabido aglutinar la oposición a Piero, pero con el paso del tiempo las divisiones internas en el seno de su movimiento acabarán por estallar, y él podría ser el primero en sufrir las consecuencias.

–Lo que nos interesa a nosotros –dijo Sanseverino– es que los florentinos, con o sin Savonarola, se convenzan de entrar en la Liga Santa. Son los únicos en toda Italia que mantienen la alianza con los franceses...

–Así es –replicó Leonardo–, pero sostienen que quien trajo a Italia al rey de Francia fue precisamente el duque de Milán. Y que, aunque luego cambiara de parecer...

El general esbozó un gesto de enojo que contuvo de inmediato.

–Conocen perfectamente el motivo –dijo–: Fue el rey de Francia quien traicionó a Ludovico, no lo contrario. Nadie preveía que trajera con él a su primo Luis de Orleans, que se considera el legítimo heredero de los Visconti al ducado de Milán.

Sí, era un hecho sabido en la corte. El primo del rey de Francia era sobrino de una Visconti, Valentina, hermana del abuelo materno del Moro, Filippo Maria. Y en Pavía se había hallado un documento privado en virtud del cual, de morir sin herederos Filippo Maria Visconti, como en efecto había ocurrido, el ducado pasaría a manos de los Orleans. Que Francesco Sforza, padre del Moro, desposara a la hija del último Visconti para legitimar su propia ascensión al poder no cambiaba las cosas. Los Sforza eran ilegítimos, y Ludovico, «el regente», lo era con mayor motivo. El rey de Francia había venido a recuperar Nápoles, sobre la que esgrimía una herencia angevina, pero se había hecho acompañar por un primo indeseado. El Moro se vio entre la espada y la pared. Tal vez fuera obra suya, como se maliciaba, la muerte de su sobrino Gian Galeazzo, pero mantenerlo con vida habría significado la ruina de los Sforza. Con el de Orleans en Asti y Carlos VIII tal vez dispuesto a ayudarlo a tomar Milán, la sola existencia de aquel jovencuelo ocioso deslegitimaba a su tío. El Moro había vaciado el erario público con motivo de las bodas de la hermana del «duquecito», Bianca Maria, con el emperador, decretando una dote exorbitante, gastos disparatados para las celebraciones y cien mil ducados para comprar la investidura imperial. Milán se hallaba al borde del colapso, pero los Sforza, por el momento, estaban a salvo.

–Conozco perfectamente la situación –respondió Leonardo–, pero Savonarola ha convencido a los florentinos de que Carlos VIII ha sido enviado por Dios para purgar los pecados de los italianos. Y cuando se apela a Dios, no es fácil cambiar de bando. ¿Qué debería decirles ahora a sus conciudadanos, que Dios estaba equivocado?

–Yo también temo –suspiró Sanseverino– que la reunión de hoy sea por completo inútil.

La legitimación imperial y su designación oficial habían calmado durante un tiempo al Moro y su corte, pero otro brete turbaba ahora los sueños ya inquietos del duque. El hijo del rey de Francia había muerto inesperadamente a la edad de tres años, y si Carlos VIII, por el momento sin herederos, falleciese en breve tiempo, su primo Luis de Orleans, antes Visconti, se convertiría en heredero al trono francés, lo que le permitiría mover los ejércitos galos contra Milán para tomar por la fuerza lo que consideraba suyo. Y el duque se habría encontrado en un verdadero aprieto. Por eso le preocupaba tanto la Liga Santa.

Sanseverino, con un rápido gesto de la cabeza, apremió a su séquito a ponerse en marcha.

–¿Os disgustaría que me demorase aún con mi amigo Leonardo? –preguntó Bramante.

–Desde luego que sí –sonrió el general–, pero nos consolará pensar en las grandes ideas beneficiosas para nuestro ducado que podrían surgir hasta de la más lacónica de vuestras conversaciones. Por cierto, maestro Leonardo, tengo una buena noticia para vos: deseabais la presencia en Milán del matemático Luca Pacioli, y os hemos contentado. Informados de que se hallaba en Venecia con motivo de la impresión de su *Summa de Arithmetica*, le hemos contratado a través de nuestros representantes en la Serenísima. Ya está en camino hacia Milán, pronto tendréis ocasión de conocerlo.

Mientras los otros cuatro se alejaban, Leonardo extrajo del cinto de su llamativa túnica rosa el cuadernillo que siempre llevaba consigo y escribió: «Cristo: Giovan Conte, el del cardenal de Mortara». Así llamaba al cardenal Ascanio, hermano del Moro y avanzadilla suya en el Vaticano. Apenas dispusiera de un poco de tiempo, le asoldaría para dibujar sin prisa a su Cristo.

–Mi querido Leonardo –dijo Bramante–, llevábamos tiempo sin vernos...

–Así es, querido Donino, supe que estabas en Vigevano... Siempre en alguna parte, embelleciendo Lombardía con tus edificios, que compiten con los antiguos, y a mi entender los superan con creces. Trabajo en Santa Maria delle Grazie, donde has realizado maravillas...

–Agradezco tus palabras, pero ahora estoy en Milán, contratado en el castillo, y tengo un encargo para el convento de Sant’Ambrogio. Tú y yo trabajamos demasiado, siempre en guerra contra el tiempo... De modo que, si te he entendido bien, no te entusiasma el experimento político que tiene lugar en tu Florencia. ¿Cómo es posible? El renacer de la *florentina libertas*...

–Libertad es una palabra hermosa –respondió Leonardo–. Sí, han creado el Gran Consejo, una asamblea de casi cuatro mil hombres, uno de cada dos varones florentinos de más de treinta años, algo sin precedentes; pero los puestos de gobierno, con escasas excepciones, siguen en manos de las mismas familias, como las de nuestros huéspedes de hoy. Por lo demás, los pequeños comerciantes y artesanos no disponen de una red de contactos que se extienda por Italia o Europa entera. Y no se puede enviar a un zapatero a hablar con el Moro, o con el rey de Francia en París. Con el Magnífico, Florencia volvió a ser la ciudad más rica de Italia. Ahora, las grandes familias, los mercaderes internacionales y los banqueros, inciertos sobre el porvenir, alejan de la ciudad sus fortunas, y me dicen que Florencia es presa de carestía y epidemias. Todo el dinero público disponible se gasta en recuperar Pisa, una ciudad estratégica para el comercio florentino, pero el pueblo pasa hambre. La libertad es hermosa, querido Donino, y devolver la moralidad a la vida pública es un noble empeño, pero si el precio a pagar es el hambre, no hay libertad que dure. Hazme caso, a Savonarola se lo comerán vivo los mismos que ahora le sostienen.

–Además –añadió Bramante con una sonrisa–, parece que sus secuaces dan a las llamas obras de arte en sus hogueras de las vanidades. En lo que nos concierne, un lugar menos

donde vender nuestro talento...

Reanudaron todos la marcha, el tesorero y el senescal delante, él y el arquitecto tras ellos. Llegaron a una amplia sala, en la que se había dispuesto la gran mesa. Además de los cuatro hombres con los que se habían cruzado antes, vieron al fondo al duque con sus invitados milaneses, alrededor de una treintena, aguardando la llegada de la delegación florentina. Una suntuosa figura femenina se separó del grupo y se dirigió hacia ellos con paso ligero:

–Maestro Leonardo, maestro Donato, es un placer volver a veros.

Era Cecilia Gallerani, la mujer por la que el Moro había sentido hacía unos años una pasión devoradora. Era la dama que Leonardo había pintado para su fogoso amante sosteniendo en brazos un armiño, que en realidad era una garduña. Un retrato femenino que pasaba por ser el más hermoso de todos los tiempos. Muy diferente al de Simonetta Cattaneo realizado por Botticelli, un retrato más carnal, más vivo. Ella tenía por entonces dieciséis años, era apenas una niña, por más que se esforzara en aparentar mundo. De familia acomodada, aunque huérfana de padre, su relación con el Moro la salvó probablemente de un destino obligado de monja. Le había dado un hijo, César, ya con cinco años. Luego llegó a la corte Beatrice d'Este, hija de Ercole I, señor de Ferrara, y hermana de Isabella, señora de Mantua: la esposa del duque. No era una mujer hermosa, pero era dos años más joven que ella. Toleró durante un año la escapada marital, luego le recordó al Moro sus deberes conyugales. El Moro despidió a su amante concediéndole un palacio en la ciudad y un conde de provincias: el Palacio de Carmagnola como morada y el conde de Carminati como esposo.

Poco importaban sus sentimientos de amante apartada, tampoco los de su hijo, privado del padre. Cecilia escribía misivas en latín y versos en un toscano elegante. Era una mujer extraordinariamente inteligente, y Leonardo no era inmune a su atractivo. Convocaba a filósofos y hombres de letras en su palacio milanés, y Leonardo, aunque iletrado –no hacía mucho que había iniciado sus estudios de latín–, era acogido como sabio entre los sabios. También Donato Bramante acudía a menudo.

–¡Cecilia!

Sintió que se quedaba sin aliento.

Cecilia Gallerani, condesa de Carminati, tenía ahora veintitrés años. Parecía menos esbelta, pero a ojos de Leonardo superaba en hermosura a la joven del retrato. Era más madura, más mujer. Hubo entre ellos... aquel retrato. Aquellos largos silencios en los que ahondaba en sus ojos, aguardando algún destello que le revelase su secreto. Ella le observaba curiosa, se daba cuenta con el rabillo del ojo, pero sólo cuando se giraba hacia otra parte, sin permitir que se cruzasen sus miradas. Un retrato es un juego de dos, y aquel fue un duelo difícil entre dos observadores atentos y a la par que se estudian largamente, él tratando de capturar su alma, ella de aferrar su propia esencia en los ojos del artista. La había pintado de aquel modo, con esa mirada oblicua que acababa a sus espaldas, la había fijado en el instante en que el duque entró en la estancia y ella esbozó una sonrisa absorta, mientras la garduña que sostenía entre los brazos se alzaba sobre sus patas, alarmada por el ruido inesperado. «He aquí el momento», pensó. Un instante de turbación animal doblegado por la fuerza aquietadora del amor humano. Cecilia se

reconoció de inmediato. El duelo había caído de su lado, y en ello anida el secreto de todo retrato conseguido.

Ahora no mostraba una expresión feliz.

–Leonardo, Donato, os lo ruego, no importunéis al duque, es mal momento. No tratéis en modo alguno de presentarle vuestros respetos, ni siquiera notará que os demoráis en hacerlo. Observadlo. Corteja sin pudor a una dama de compañía de su esposa, una cierta Lucrezia. Ella se avergüenza, advierte la irritación de su señora. Convendréis en que no le falta motivo. Pero, decidme, ¿qué nuevas traéis a este lugar de oprobio?

–No habléis así –respondió Bramante–. Fuera la vida es infinitamente más tediosa que en esta espléndida corte. Se trabaja, se come, se hacen cuentas y se duerme. Cosas sin el menor interés. El amor, el lujo, el arte y las intrigas políticas bullen aquí dentro. Somos nosotros quienes estamos ávidos de novedades. Contad, contad...

–Sólo puedo decir que el tiempo pasa y la joven del retrato, bienaventurada, tiene aún dieciséis años: los tendrá siempre, aunque quien lo inspiró ya no esté.

–Sin embargo, ahora sois más... –comenzó Leonardo, y las palabras le murieron en la boca.

–Beatrice d’Este, la ingrata... –continuó Cecilia Gallerani–. La odié como a quien se mata, me arrebató mis sueños de duquesa... Ahora, cuanto de mí, me apiado de ella.

–Dicho así –comentó el maestro Donato–, casi rimando, se diría un epitafio. Pero sois aún tan joven...

–Os conviene saber que...

Pocos acordes al viento
contienen todo lo oído.
Es así como me siento:
lo mejor ya lo he vivido,
glosa es apenas el resto.

–Sois imbatible en la rima –dijo Leonardo–; vuestros versos improvisados superan con creces los de cualquier poeta de la corte después de mil correcciones.

Si fuera diestra en fogones

como lo soy con la rima,
viviría cerca del duque,
aunque fuera en la cocina.

Rieron los tres, pero la voz imperiosa del Moro los interrumpió:

–¡Leonardo!

Lo vieron aproximarse con trancos de pavo real, cuello taurino, la cabeza erguida, enfundado en una toga punteada de piedras preciosas, con una frase bordada en oro sobre el pecho, *Tal a ti como a mí*, una especie de «donde las dan, las toman»,

«mantente siempre ojo avizor, si tramas contra mí». Una advertencia a los invitados florentinos, escrita sobre una sobreveste que era la *summa* de la elegancia milanesa. Llegó del brazo de una joven dama de compañía de su esposa, probablemente la misma a la que antes había aludido Cecilia.

–Le hablaba a *madonna* Lucrezia –se dirigió a Leonardo, al tiempo que éste le dedicaba una reverencia– del retrato que hicisteis a doña Cecilia. ¿Estaríais dispuesto a reservarle algo de vuestro tiempo también a ella?

Leonardo subrayó con mohínes y gestos su evidente asentimiento. La damita era muy joven, deleitosa, de ojos vivaces. Cecilia le lanzó una mirada torva, como advirtiéndole que no aceptara. Y él lo habría hecho de buena gana. Por encima de todas las cosas, deseaba acabar su *Última cena*. Todos se lamentaban de su parsimonia, al tiempo que hallaban modos de alimentarla distrayéndolo de su obra magna. Pero al duque no se le respondía con negativas, y él no lo hizo. Aunque evitó pronunciar en voz alta un «claro sí».

–Debéis perdonarme, alteza, tengo asuntos que atender, la preparación del banquete exige tiempo y estos caballeros me esperan desde hace ya media hora. –Y señaló al tesorero y al senescal, que en efecto parecían al límite de su paciencia.

–¿Cuento con vuestra promesa? –insistió el Moro.

Leonardo respondió con una nueva reverencia, elegantísima, que ni afirmaba ni negaba, y se escabulló con los dos funcionarios de corte.

Distribuyó las clavijas en los cilindros de su tambor automático para disponer un ritmo de marcha, enganchó el remolque al carro automotriz y cargó este último teniendo en cuenta el número de giros de manivela para hacer una primera prueba. Insertó el freno de mano y se situó tras una puerta con el otro extremo de la cuerda en la mano. Tiró de ella, el carro se puso en movimiento, con el tambor marcando el ritmo como en un desfile de caballería, escuchó aplausos procedentes de la gran sala.

Abandonó su escondite.

–Demasiado corto –dijo Botta.

–Dos vueltas más de carga.

En el segundo intento, el carro se detuvo exactamente donde debía. Los comensales se habían marchado, habían ido a recibir a sus invitados florentinos, que evidentemente acababan de llegar. Los mozos de cocina devolvieron el carro y su remolque musical al punto de partida. Leonardo volvió a cargar los resortes. Su trabajo había concluido, de modo que se dirigió de nuevo hacia la amplia estancia desde la que había entrado.

–Estáis invitado al convite –dijo Botta, estrechándole la mano en señal de agradecimiento–, ¿por qué os marcháis?

–No como salvajina ni jabalí, iré a la mesa de los asistentes y mandaré que me preparen una sopa de verduras.

No comía carne, lo sabían todos, y en la corte no se comía otra cosa. Bajó al comedor de los acompañantes, donde se había dispuesto una mesa enorme para los escuderos, palafreneros y mozos –no para los criados– de los invitados distinguidos.

Se acomodó en un asiento vacío. No conocía a casi nadie, pero eran rostros muy interesantes. Acababa de encontrar a Cristo, pero aún le faltaba Judas: no deseaba

mostrarle, como era costumbre, ostentosamente abyecto. Según la tradición, Judas era el prototipo del «judío», lo aseguraban los padres de la Iglesia; y en Dante, la zona de los traidores donde se halla confinado Judas, presidida por Lucifer en persona, toma el nombre de Judeca, que en lengua romance es la judería, el barrio judío, como en algunas ciudades de Italia. Pero él quería evitar la caricatura deforme. Por lo común se le representaba con el rostro oscuro, para subrayar su diversidad. Pero él lo dibujaría como a los demás apóstoles, aunque en la sombra, no iluminado por la luz de la gracia cristiana. Sólo faltaba el sujeto.

Apenas tomó asiento, reconoció al hombre que tenía enfrente: era un capataz de Giuliano Marliani, el factótum, el administrador. Se percató de que comía con la mano izquierda y comenzó a observarle atentamente. Mantenía la derecha bajo la mesa, y por la desenvoltura con la que empuñaba el tenedor de tres dientes para ensartar los pedazos de carne de la bandeja, parecía zurdo como él. Intentó llamar su atención:

–Escuchad... Hablo con vos, ¿no nos hemos visto antes? En Pavía, ¿lo recordáis?

El capataz alzó la cabeza del plato y le escudriñó con atención. Luego sonrió.

–Maestro Leonardo, si no me equivoco. ¿Cómo es que no estáis arriba, con los invitados de honor?

–No quiero verme obligado a nutrirme de sangre... ¡Tomad!

Le lanzó por sorpresa un pedazo de pan, y el hombre, con la izquierda ocupada, sacó instintivamente el muñón de debajo de la mesa. Aún no tenía su Judas, pero había descubierto algo interesante.

«Giulian da Marlian doctor», anotó mentalmente, «tiene un capataz sin mano».

El día era de los que se olvidan pronto. Porque la niebla, es bien sabido, es la mejor amiga de la *desmentegansa*. También de los rufianes y de los *balossi*, a decir verdad, y por eso en Milán, con *una scighera inscì folta*, se recluían todos en casa. O llegaban al trabajo por el camino más corto, se guarecían *denter*, y *non ne vegniva più föra*. Salai había *sbarattato la stamegna* para ahuyentar los olores pegajosos de las colas, los disolventes, los huevos podridos para el temple graso, que empastaban la garganta. Se había asomado al patio interior a coger aire, pero apenas vio ondear en el gris uniforme la sombra negra del encapuchado, se sintió *sgrisolare* y volvió a cerrar con prisa.

Las porradas de la aldaba le sobresaltaron. Se echó el cuchillo al cinto, por la espalda, antes de bajar a abrir. El encapuchado se desembozó ante él, era un fraile franciscano, nada más, debía andar por los cincuenta, vestía un sayo gris, amplio, limpio y de buena tela, tenía el rostro rotundo y en apariencia afable, la mirada afilada.

Suspiró con alivio.

–¿Está en casa el maestro Leonardo? –preguntó el sacerdote–. Me llamo Luca, fray Luca Pacioli.

Salai le invitó a entrar con un gesto, aguardó a que lo rebasase, no fuera a ver el cuchillo y se hiciera ideas equivocadas. Cerró la puerta a sus espaldas con premura.

–Sé quién sois, él me ha hablado mucho de vos... *Mi* soy Gian Giacomo, su aprendiz. No, el maestro no está en casa, pero volverá pronto. Si queréis esperarle aquí, os lo ruego, *comodave*...

El fraile subió la escalera despacio, y en lo alto se encontró inesperadamente en la fábrica. Lo que vio al entrar allí, respirando aire malsano, le aturdió un momento. Era una estancia enorme, en tiempos debió haber sido sala de recepción de la que fue durante mucho tiempo, con los Visconti, residencia de los duques. Pero dentro había toda clase de cosas, a duras penas podía imaginarse ahora su antiguo uso, las fiestas, las danzas, las ceremonias solemnes. Era una especie de caos primordial, o como siempre había imaginado la gruta de un hechicero.

En uno de los largos muros distinguió frescos al modo antiguo de los bizantinos, pero las pinturas eran ininteligibles, parecían recubiertas de miasma. En su centro se alzaba una enorme chimenea con el fuego encendido, y a su lado un gran horno para fundir bronce que compartía con ella el humero. Había bancos y extraños cabrestantes adosados a cada espacio disponible de muro. La otra pared, en cambio, había sido entunicada no hacía mucho, y en su parte central, vaciada, se veía lo que parecían esbozos de fresco, un pandemonio de cuerpos y rostros de hombre, brazos que alzaban cálices, una bandeja con una anguila a la naranja que parecía real. Una estantería que

llegaba hasta el techo, a la derecha de los esbozos, contenía toda clase de cosas: varios libros, tarros de pigmentos y otros materiales, algunos cráneos y numerosos huesos humanos, una calavera de caballo, y en un gran recipiente de cristal, una cabeza humana sumergida en alcohol. A la izquierda de la pared de los dibujos había un andamio con ruedas con un curioso mecanismo en el centro: fray Luca dedujo que debía servir para alzar y bajar a voluntad la plataforma elevada del tablado, y lo encontró ingenioso.

En el centro de la estancia vio tres mesas grandes, innumerables telas y caballetes, extrañas máquinas, tornillos de Arquímedes, sillas, órganos, un caballo de madera con el armazón de estaño, fuelles, una especie de enorme ala de murciélago accionable con una palanca, hojas de papel, cartones, un modelo de cúpula en madera, y una miríada de otros objetos a los que no consiguió prestar atención. De las tres mesas, la primera, casi a la entrada, parecía una mesa de autopsias con una plataforma de mármol repulido, vacía salvo por dos baldes y una caja de madera con sierras y cuchillos quirúrgicos de diversa factura. La segunda parecía una mesa de herrero o carpintero, sobre ella había ruedas dentadas, levas, muelles de todas clases, engranajes de jaula, cigüeñales, garruchas, clavijas en semiarco, manivelas, tubos, sogas, tuercas, palancas, anillos metálicos e instrumentos de trabajo esparcidos aquí y allá. Sobre la tercera, al fin, se amontonaban dibujos y objetos que cabía esperar en el taller de un pintor: morteros y majas, hornillos, piñatas, tarros con polvos, hierbas, cáscaras de huevo, aceites de todo tipo.

–Nuestra fábrica... –exclamó Gian Giacomo con cierto orgullo.

Fray Luca se detuvo ante un caballete que sostenía una tabla de madera de altura superior a la de un hombre, de unas tres brazas, calculó, se había encontrado frente a ella de repente y la belleza de lo que veía parecía haberle paralizado. Sacó de un bolsillo los preciados anteojos de montura de cuerno que había comprado en Venecia. Cuatro figuras humanas, dos mujeres y dos niños, al fondo pilastras rocosas que sostenían una gran bóveda de piedra, una suerte de arquitectura natural, una catedral de arenisca, un templo alzado por la paciencia de la naturaleza con el único fin de celebrar el evento; pero ¿qué evento? La figura central era la Virgen Madre, no cabía duda. Bella, con la cabeza inclinada hacia abajo y los ojos entornados, con los brazos semiabiertos en un gesto protector que le recordó la *Madonna* que su maestro Piero della Francesca había pintado en la villa natal de ambos, Borgo Sansepolcro, para la confraternidad de la Misericordia: su manto abierto que cae de los brazos protegiendo a unos personajes a los que casi envuelve, entre los cuales el maestro Piero se había retratado a sí mismo.

En la pintura del maestro Leonardo, eran las manos las que contaban la historia. Eran de enorme belleza. Las de la Virgen se derramaban sobre los niños, como reuniéndolos en un solo abrazo. ¿Quién era la otra mujer? Joven, sensual, se arrodillaba ante María, pero con una torsión del cuello parecía girarse hacia él, fray Luca, para señalarle a uno de los niños del grupo. Siguió con la mirada el dedo dirigido hacia el que se hallaba junto a la Virgen, que arrodillado y con las manos juntas miraba a su vez al otro, sentado junto a la mujer misteriosa. Este último alzaba la mano derecha para bendecir al primero, cerrando el círculo de manos y gestos. Uno de los dos debía de ser Jesús, el otro Juan *el Bautista*. Pero ¿quién era quién? Cristo habría debido ser el que estaba bajo

el manto de María, pero era el otro quien le bendecía. Y la mujer más joven, la que no era la madre, tal vez no fuera siquiera mujer. ¿Un ángel? O quizás... No, no era posible. Había pensado en el andrógino de *El banquete* de Platón, el ser completo y perfecto en sí mismo, la unión primordial de lo masculino y lo femenino. ¿Acaso pretendía celebrar Leonardo la *pia philosophia* de Marsilio Ficino y los neoplatónicos florentinos?

–Lo han rechazado –dijo Gian Giacomo, interrumpiendo sus pensamientos.

–Iba destinado a la iglesia de San Francesco Grande –prosiguió.

–Donde me hospedo temporalmente –dijo el fraile–. ¿Por qué lo han rechazado?

–Nadie entiende qué quiera decir, y sospechan que sea herético.

–¿El maestro Leonardo es neoplatónico?

–¿Neo...? No, nada de eso. Creen que sea adameita.

–¿Cómo?

–O tal vez amadeita... Sí, amadeita, seguidor de un fraile franciscano muerto hace algún tiempo, cierto Amadeu... Mendes da Silva, un portugués que expiró aquí, en Milán, hará quince años... Mi madre era muy devota suya... Pero dicen que fray Amadeu era hipogaláctico... o apoplético...

–Apocalíptico.

–Sí, eso que decís. Y parece que los frailes vieron en el cuadro algo que hacía pensar en las ideas de ese apo...

–... calíptico.

–Sí. Vieron aquí las ideas de ese *calíptico* y no lo quisieron. A mí me explicaron que el cuadro quiere decir que cristianos y judíos son la misma cosa, religiones iguales. Y no entendí qué hubiera de malo en ello. En el cuadro tienen la misma importancia Jesús y san Juan, esto es, cristianismo y judaísmo... Lo que a mi entender no es tan peregrino: hasta la madre del maestro era judía...

Fray Luca se sintió desfallecer.

–¿Es eso cierto? ¿Y tú cómo lo sabes?

–Estuvo aquí... Vino a morir aquí. Caterina... La conocí. ¿Sabíais que mi maestro es hijo ilegítimo?

–En honor a la verdad, lo ignoro todo de él... Al menos, hasta hace un instante.

–Su padre, *ser* Piero, un notario florentino, se ha casado tres o cuatro veces, pero él nació antes del primer matrimonio de su padre, que no podía casarse con su madre. ¿Y sabéis por qué? Pues porque era judía. Judía eslava, a juzgar por el aspecto...

–¿Te lo dijo ella?

–No, era muy callada. Y ya estaba al cabo cuando vino. Pero era claro...

–¿Celebraba el sábado?

–No, ¿y con eso? Seguramente era conversa.

–¿Por qué lo piensas?

–Si no, ¿por qué no había de casarse con ella el padre?

Gian Giacomo no parecía del todo sano de mente, fray Luca no sabía bien qué pensar.

–Tal vez únicamente porque era una campesina –respondió.

–¿Y qué decís de que el maestro, a la muerte de su madre, se dejara crecer esa barba, que es de mendigo o judío? Medio hebreo y medio toscano, un revoltijo de razas

malditas –dijo el muchacho con una carcajada. Luego, viendo que su interlocutor no parecía encontrarlo divertido, recuperó el rostro serio–. Vino a morir aquí, la Caterina, su madre, pobre mujer. Llegó hace tres años, y tardó menos de uno en pasar a mejor vida. Al maestro lo quería mucho. Se lo habían quitado con cinco años. Porque su padre, *ser* Piero, que era notario reputado, al no poder casar con ella, le había buscado un fantoche de marido, el *Accattabriga*, pensad lo que debía ser uno al que llaman así, el nombre lo dice todo, ¿no? Debía de ser violento, el *Accattabriga*. El maestro no lo pasó bien de crío...

–¿Te lo contó él?

A fray Luca empezaba a irritarle la indiscreción del muchacho, que le contara todas aquellas cosas de su maestro a alguien que ni siquiera le conocía, un completo desconocido.

–No –dijo el aprendiz–, pero lo deduzco, porque es más casto que las vírgenes que pinta, y no hace más que repetirme: «Cuidado, ten a brida la lujuria...». Un abrazo le parece algo espantoso, siente más miedo de fornicar que de la tortura, ama los cuerpos muertos, le horrorizan las mujeres. Uno así no lo tiene todo en su sitio. Le violarían de crío, no hay más explicación...

–A menos que sea un ser por completo espiritual, entregado de tal modo a su afán de conocimiento...

–No tendrá nunca hijos...

–Hablas con un fraile franciscano. En ocasiones, y mayormente en tiempos como éstos, es preferible engendrar sabiduría que cuerpos.

Intentó cambiar de tema. Frente a aquel cuadro que era motivo de controversia, vio un caballete con una tela blanca de las mismas dimensiones que la tabla. Y sobre ella un esbozo de las figuras de la pintura. Preguntó a Gian Giacomo por qué la estaban copiando, y el mozo le respondió que habían hallado comprador para el lienzo. El fraile volvió a guardar los anteojos.

–Y él, el maestro Leonardo, ¿trabaja en esta estancia?

–No, él se encierra casi siempre en su *studiolo* –respondió el muchacho–. Si preferís esperarlo allí, puedo acompañaros.

Pacioli asintió.

–Seguidme, entonces.

Gian Giacomo se encaminó hacia el fondo de la sala, y el fraile lo siguió.

–Él prefiere trabajar en espacios pequeños, dice que favorece la concentración.

Entraron en una pequeña estancia, recogida y amueblada sobriamente. Al fondo había un escritorio, tras el cual, bajo la ventana, entrevió dos arquibancos. Delante había un único caballete que sostenía una tabla ya imprimada, sobre la que aún no se veía dibujo alguno. Sólo había un leve desorden en el escritorio, libros y folios aglomerados, lo que cabía esperar sobre la mesa de un estudioso en plena actividad. Le complació ver su *Summa de Arithmetica* abierta ante la silla, y a su lado una hoja de papel con dibujos de un pentágono y una serie de cálculos indescifrables en el margen.

–Si queréis sentaros a la mesa... –dijo el muchacho–. Mi maestro es del todo

impredicable. Trabaja en una *Última cena*, en Santa Maria delle Grazie. A veces sale de casa por la mañana, va a la iglesia de los dominicos y se pasa allí pintando el santo día, sin pensar siquiera en comer. Otras, da dos o tres pinceladas y se marcha. Ciertos días pasa una hora contemplando su obra, y luego deja que se le vayan muchos sin tocar el fresco. Si se le apremia, responde que buena parte del trabajo de un pintor se hace en la mente, no con la mano. ¿Y quién soporta después a los comitentes? *Comodave*, yo tengo cosas que hacer. Si me necesitáis, llamadme.

Cuando el aprendiz se marchó, fray Luca, solo en el *studiolo*, no se sentó enseguida, sino que rodeó el escritorio para echar un vistazo a los arquibancos, que estaban abiertos y, según vio, llenos de libros. Miró con más atención. En uno de ellos había un número impreciso de volúmenes, en el otro se apilaban los cuadernos del maestro. Tomó uno y comenzó a hojearlo. Dibujos y apuntes. Apuntes y dibujos. Bosquejos de máquinas, paisajes, rostros humanos. Tablas anatómicas. Comprendió que también los dibujos eran apuntes. Revolvió en el bolsillo sin hallar lo que buscaba. «¿Cómo habrá hecho...?», se preguntó. Se sirvió de una lente que encontró sobre la mesa para leer. La escritura era invertida, discurría de derecha a izquierda. Como hace un zurdo para no manchar la página que escribe.

Atrajo su atención un folio que vio al filo de la mesa: un dibujo de un hombre con las piernas a la par juntas y abiertas, y los brazos extendidos perpendicularmente al cuerpo, y a un tiempo alzados con la punta de los dedos a la altura de la cima de la cabeza: el hombre inscrito en el círculo y en el cuadrado, el hombre de Vitrubio. Pero no era como debía ser, o al menos como él pensaba que debía ser: el círculo y el cuadrado no tenían un mismo centro, al contrario de lo que él mismo explicaba a sus estudiantes. El cuadrado debe inscribirse en el círculo, y para ambas figuras el centro del hombre ha de ser el ombligo. De lo contrario se quiebra la perfección geométrica del diseño divino. Pero Leonardo había dibujado el círculo, símbolo divino, en torno al ombligo, y el cuadrado, figura terrenal, con su centro en las partes pudendas. Se había equivocado. Sin duda se había equivocado. Vitrubio no habla en absoluto de los genitales, y la perfecta geometría que ha de ser fundamento de la belleza, un reflejo del orden musical de las esferas, se iba al mismísimo infierno en aquel dibujo, era como desasir irremediablemente el componente material, con su centro en los instrumentos de la lujuria, del espiritual, el círculo, con su centro en el *omphalós*. ¿Con qué objeto?

A menos que... Sí, sí, lo repetiría en su celda para verificar aquello que el dibujo parecía revelar. Tal vez la relación entre el lado del cuadrado con centro en los genitales y el radio del círculo con centro en el ombligo fuera... El radio, sí, debía ser el medio proporcional entre el lado del cuadrado y el mismo lado menos el radio: la divina proporción, el medio proporcional entre el todo y la parte restante, la sección del segmento que es a la menor como el todo a ella. La proporción que se autorreplica infinitamente, piedra angular del mecanismo reproductor de la propia vida; aquella a la que tiende, infinitamente, la entera serie de Fibonacci, la relación áurea entre la diagonal y el lado del pentágono, en virtud de la cual Platón asume el poliedro de doce caras pentagonales, el dodecaedro, como átomo fundamental de la vida y símbolo de la quintaesencia, *spiritus mundi*...

Se sintió turbado por lo que había visto. Volvió a hojear el cuaderno, que aún tenía en las manos. Descubrió un pequeño espejo en la mesa y decidió servirse de él para intentar leer alguna nota. La página que había abierto no contenía nada de importancia: hablaba de un cierto *Salai*. Un cierto *Salai* que robaba... «Eso es», se dijo. «Ladrón, mentiroso, testarudo, glotón», leyó. Las campanas de la cercana iglesia de San Gottardo interrumpieron sus exploraciones. Devolvió el cuaderno al arcón, arrepentido de haber hecho algo que no debía, por más que le empujara una curiosidad benévola, en modo alguno malintencionada. Había venido para conocer al maestro que, según decían, deseaba su presencia en Milán. Tenía tiempo, volvería al día siguiente. Ahora debía regresar a San Francesco Grande.

Abandonó el *studiolo* y llamó:

–¡Salai!

–¿Cómo sabéis...? –comenzó el muchacho.

–¿Que tu nombre es Salai? Lo he sabido al descubrir que me habías quitado, aún no sé cómo, los anteojos que llevaba en el bolsillo.

–¿Yo? De ninguna manera, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Estáis seguro de que los llevabais encima?

–Me viste con ellos cuando miraba el cuadro de la Virgen de las rocas.

–Tal vez se os cayeran. Será mejor que busquemos.

Fray Luca aceptó de buen grado la farsa, esperando que el muchacho, aun sin admitir el robo, recuperase los anteojos por excusarse al menos de la acusación de hurto. Como en efecto ocurrió. Al cabo de unos instantes, fingiendo rebuscar en un lugar por el que el fraile no había pasado, el aprendiz gritó que los había encontrado.

–Dile al maestro Leonardo que he venido a visitarle, y que puede encontrarme si lo desea en San Francesco Grande. De no verle por allí, regresaré, y si tampoco le hallo entonces, pediré a los dominicos que me permitan el acceso al refectorio. ¿Lo has comprendido? ¿Recuerdas mi nombre?

–Luca Pacioli, ¿cómo iba a olvidarlo?

El fraile bajó las escaleras. Ignoraba si el muchacho era glotón, pero de que era ladrón, mentiroso y terco no le cabían dudas. Se convenció de que entre todas las cosas que le había contado de su maestro no hubiera una sola cierta.

68 en la Crónica

61 en Biblia

119 en Aritmética de maestro Luca

248

Pide al maestro Stefano Capponi, que está en la Piscina, el De ponderibus de Euclides. Sobre el impulso el De moto de Alberto Parvo de Sajonia, y de Magno el Comentario a los libros de la física de Aristóteles, el De coelo et mundo. El álgebra a los Marliani, obra de su padre. Haz que te muestre el maestro de ábaco cómo se recuadre un triángulo, y el maestro Fazio el libro de las proporciones de Al-Kindi.

Capa de Salai:

4 brazas de tela argentada liras 15 sueldos 4

terciopelo verde de ornamento liras 9

fíbulas sueldos 9

corchetes sueldos 12

manufactura liras 1 sueldos 5

fíbula para delante sueldos 5

punta liras 26 sueldos 5

Salen de suyo monedas de plata 13. Salai roba el dinero.

Lunes compré brazas 46 de tela, liras 13, sueldos 14 y medio.

Ábaco

Plinio

De re militari

Década primera

Década tercera

Estandarte

Morgante

Epístolas de Ovidio

Epístolas de Filelfo

Sphera

Liber facetarium de Poggio

Vidas de filósofos

Salmos

De la inmortalidad del alma

Burchiello

Driadeo

Petrarca

Oh, Moro, yo muero si no amaras de tu moralidad mi vida amara.

Carboncillo

Yeso

Plumas

Cera

Consigue una calavera

Mostaza

Zapatos

Guantes

Peines

Toallas

*El arco sustenta tanto bajo él cuanto sobre él.
Alessandro Carissimo de Parma para la mano de Cristo.
Cristofano de Castiglione tiene buena cabeza.*

*Procúrate la Perspectiva, el De ponderibus y el De coelo et mundo de Biagio Pelacani.
Las matemáticas de Vitelo en la librería de Pavía. De messer Fazio Cardano los libros
de Giovanni Taverna. Procúrate los ingenios de Herón y Filón, y los libros de las aguas,
el Euclides vulgar y el ábaco de Sassetto.*

*Morcillo florentino de messer Mariolo, caballo grande, tiene hermoso cuello y muy
hermosa cabeza. Rocín blanco del halconero tiene hermosos cuartos traseros: está en
Porta Comasina.*

*Ayer a cena con Galeazzo Sanseverino, Salai comió por dos, causó daños por cuatro.
Rompió tres escudillas, derramó vino sobre el mantel, después vino a cenar con los
invitados de consideración.*

Ladrón, mentiroso, testarudo, glotón.

Al día siguiente, Leonardo no acudió a Santa Maria delle Grazie. La humedad de aquellos días le había provocado la impresión de que los colores que había elaborado hasta entonces no resistirían. Habría empleado el azul para las ropas de Cristo y de Judas, pero para este último utilizaría azurita y para Jesús lapislázuli, treinta veces más valioso. Ambos pigmentos eran de uso desaconsejado en la pintura al fresco. Con el tiempo, el aglutinante cambiaría de color. Debía probar con diversos aceites, aceite de nueces o goma de ciprés, o variar las dosis, había pasado la mañana experimentando nuevas fórmulas en la Corte Vieja. Tras haber logrado un resultado que consideró satisfactorio, comió algo, y al inicio de la tarde decidió corresponder a la visita de Luca Pacioli. Al llegar a la iglesia de los franciscanos, preguntó al padre celador por fray Amedeo, el único del convento con quien mantenía buena relación tras lo ocurrido con la Confraternidad de la Concepción. Fray Amedeo era un calabrés rechoncho y de corta estatura, siempre de buen humor, pero en esta ocasión lo encontró decaído. Le acogió con la cordialidad acostumbrada, pero no le pareció demasiado ufano. Le explicó que los frailes, y entre ellos el matemático de Sansepolcro, se hallaban reunidos en la biblioteca para debatir una cuestión de la máxima urgencia; más no podía decirle, pero le acompañaría hasta la celda del fraile, donde podría aguardarle mientras él le advertía de su llegada.

Leonardo entró en la habitación del matemático. Un catre, un reclinatorio al pie de un crucifijo, un escritorio contra la pared, una repisa para los libros, un arcón bajo el ajimez que daba al claustro. Un mobiliario adusto para un estudioso, incluso para un fraile. Sobre el escritorio, simplemente apoyado al muro, se hallaba el retrato de un fraile que debía ser el propio Luca Pacioli. Junto a él, en el cuadro, un joven noble bien vestido. Frente a él, dos libros, uno cerrado y otro abierto, una pizarra con un triángulo inscrito en un círculo, un sólido de cristal suspendido del techo, un dodecaedro de madera sobre el libro cerrado. Comenzó a analizar la pintura con sus ojos de experto. Leyó lo escrito sobre el libro cerrado: «LI. R. LVC. BVR., *Liber reverendi Lucae Burgensis*». Era la *Summa de Arithmetica*, una copia digna de regalarse a un príncipe, mejor encuadernada que la que le había vendido Cardano. Esa misma copia retratada en el cuadro se hallaba físicamente frente a él, sobre el escritorio. Luego leyó en la pintura la inscripción del pedazo de papel que había junto al libro: «IACO. BAR. VIGENNIS P. 1495, con veinte años, Iacopo di Bartolo, o di Bartolomeo, o Barbarigo, o el Bárbaro, o de Barbarano, (me) pintó en 1495».

«Antonelliano», pensó. Y si su autor tenía realmente veinte años, convenía no perderlo de vista. Apreció mucho el juego de luces sobre el sólido de cristal, en el que se

veía reflejada tres veces la ventana de la izquierda. Una ventana que no aparecía en el cuadro, pero cuyo reflejo mostraba por triplicado la imagen de un palacio principesco. Luego se concentró en la figura del franciscano, en su expresión. Cerró un ojo, alzó una mano con la que cubrió primero la mitad izquierda, después la mitad derecha del rostro del fraile. Era como había pensado: la mitad izquierda (la derecha del matemático) sonreía, la otra mostraba una expresión melancólica. La parte hacia la luz y el sólido de cristal era radiante, la parte hacia la oscuridad y el sólido de madera, afligida. «Una buena idea», pensó. Era evidente que el cuadro expresaba una visión platónica de la matemática como herramienta de elevación del limo opaco y viscoso de la materia a la pureza luminosa de las formas abstractas. La clave eran los dos sólidos, uno cuyas caras eran cuadrados y triángulos, y otro, el dodecaedro, con doce caras pentagonales. Uno transparente, el otro opaco; uno suspendido en el aire, el otro grávido sobre el libro cerrado; uno más cercano que el otro a la sacralidad de la esfera. Pero no aferraba en absoluto los vínculos entre ambos sólidos, el libro abierto y las figuras dibujadas sobre la pizarra. Había también números muy pequeños, invertidos, en la pizarra: parecía una suma...

–¿Os gusta? –oyó decir a su espalda.

Al girarse, se halló frente al hombre del cuadro, en todo idéntico.

–Dejando a un lado el dibujo de las manos, su autor es un joven prometedor –respondió.

A Luca Pacioli le impresionó el aspecto de Leonardo. Distinguido, con su sobreveste a la turca de satén carmesí sobre una túnica que le llegaba a las rodillas, su figura robusta y gallarda, su rostro enjuto de abundante melena castaña, ondulada, peinada en mitades simétricas separadas por una raya, su barba corta y cuidada, su mirada profunda y magnética. Salvo la barba, que al parecer se había dejado crecer recientemente, lo encontró muy semejante al hombre de Vitrubio del dibujo que había contemplado la víspera, el del cuadrado y el círculo desfasados que le turbara sobremanera.

–¿No os complacen mis manos?

–Permitidme estrechároslas, ante todo, y que os exprese mi dicha de veros entre nosotros. Estaréis bien en Milán. Desde la muerte del Magnífico, Florencia ha dejado de ser el faro de Europa.

Se apretaron calurosamente las manos.

–El honor es mío –respondió el fraile–, en particular porque me dicen que fuisteis vos quien solicitó a Sanseverino mi presencia. Pero, decidme, a propósito de esas manos... ¿No os gusta el cuadro?

–Al contrario –respondió el pintor–, es una obra muy bien ejecutada. El artista que la pintó tiene talento. ¿Dónde la mandasteis hacer?

–En Venecia, por un joven de veinte años recientes, discípulo de un discípulo de Antonello da Messina... ¿Qué decíais de las manos?

–Debéis perdonarme –respondió Leonardo–, me obsesionan las manos, tiendo a dibujarlas con precisión maníaca, y en este cuadro vuestra derecha es algo tosca, hasta en el modo innatural de empuñar el estilete. Pero en todo lo demás, es una obra notable. ¿Quién es el segundo personaje retratado?

–*Messer Giovanni Gonzaga* –respondió el fraile–, tercer hijo de Federico, padre del actual señor de Mantua, que en aquellos días se hallaba casualmente de paso en Venecia y aceptó de buen grado posar a mi lado. Enviaré a Urbino una copia de mi *Summa*, la misma que veis sobre la mesa, y el cuadro: el libro lleva una dedicatoria al duque Guidobaldo da Montefeltro, señor de la ciudad, la pintura es un presente para su esposa, Elisabetta Gonzaga, hermana de Francesco, marqués de Mantua, y de Giovanni, el joven del retrato.

–En cualquier caso, no tengo dudas de que la simbología matemática y geométrica contenida en el cuadro le fue dictada por vos al pintor. ¿Me equivoco?

–En efecto, así fue.

Leonardo indicó el sólido suspendido con expresión interrogativa.

–Es un *icosiexaedron*, un sólido de Arquímedes –explicó el matemático–. En longitud, anchura y altura, son tres octágonos de caras cuadradas, es decir, sustrayendo las respectivamente comunes, ocho más seis más cuatro, dieciocho en total, y ocho aristas triangulares, triángulos equiláteros, con lado igual al de los cuadrados.

–No es necesario que me expliquéis qué significan los tres octágonos, eso creo comprenderlo –dijo Leonardo–. Tengo dudas sobre el libro con figuras geométricas abierto sobre la mesa... ¿Euclides, tal vez?

–Exacto –respondió el fraile–. Con el índice de mi mano izquierda indico el octavo teorema del libro decimotercero de los *Elementos*, según la edición impresa en Venecia en 1484 de su traducción latina, la más común entre los matemáticos italianos, que no tendrán dificultad alguna en encontrar la página precisa.

–¿Qué es lo que dice ese teorema?

–Dice –respondió Pacioli– que, si se inscribe un triángulo equilátero en una circunferencia, el cuadrado del lado del triángulo es tres veces el del cuadrado del radio de la circunferencia: $L^2 = 3r^2$.

–¿Por qué precisamente ese teorema? –preguntó Leonardo, después de pensarlo un poco.

–Porque de él se obtiene, a través del pasaje que ilustro en la pizarra, la proporción numérica que sostiene la realización con escuadra y compás del sólido de cristal suspendido, el *icosiexaedron*, que se contrapone al de abajo, apoyado en primer plano sobre mi *Summa de Arithmetica*, el *dodecaedron*. Una alegoría de la Matemáticas.

–¿En qué modo?

–Según el *Timeo* de Platón –prosiguió el franciscano–, la Matemática es la sintaxis del mundo. El dodecaedro, con sus caras pentagonales, es en esa misma obra el símbolo de la quintaesencia, el espíritu de los elementos, que impregna la materia y es, por así decirlo, alma del universo. Quise que fuera de madera para aludir a nuestro mundo material, en el que el espíritu se difunde, y lo coloqué sobre mi *Summa* cerrada, que representa la Matemática aplicada. Pero junto a mi volumen, abierto sobre la mesa, se halla el libro de Euclides, que representa, por el contrario, la Matemática racional, especulativa, teórica. Sirviéndose de ella, el matemático, y en particular quien os habla, se remonta hasta las ideas puras, que son dadas por las proporciones numéricas

permanentes implícitas en las formas abstraídas de la realidad sensible, representadas aquí por el sólido de cristal, el *eicosiexaedron*. La sintaxis del mundo. La triple naturaleza octagonal del *eicosiexaedron* alude a la Trinidad de lo Eterno, de manera que el demiurgo de Platón se identifica con el Dios creador, uno y trino, de los cristianos. Así pues, la Matemática, como explicaba el antiguo filósofo, revela el armazón numérico del mundo, sobre cuya base el demiurgo, a partir de las ideas puras, creó todo cuanto vemos, los cuatro elementos y el espíritu que los sustenta, que los alquimistas y filósofos naturales denominan «quintaesencia».

–Tendremos ocasión de volver sobre ello si permanecéis un tiempo en la ciudad. Veo que en el convento saben bien quién sois, visto que os hacen participar, pocos días después de vuestra llegada, en reuniones secretas sobre cuestiones de máxima urgencia.

El franciscano adoptó un semblante serio. Cerró la puerta de la celda a su espalda y retomó la palabra, esta vez en voz muy baja.

–Maestro Leonardo, os ruego que no habléis con nadie de lo que voy a deciros. La reunión secreta tenía por motivo un hecho grave acaecido esta mañana en el convento. Un delito cometido en otra celda que da a este mismo corredor: un hermano, Egidio da Rímini, huésped temporal como yo mismo, ha sido hallado muerto en ella, apuñalado en dos ocasiones por un ignoto visitante. Lo agredieron por la espalda cuando entró, el homicida le cubrió la boca al tiempo que lo acuchillaba desde atrás, asesinándole al momento, con un fuerte golpe de hoja bien afilada en la nuca, en la base posterior del cráneo...

–La morada del alma...

–¿Cómo decís?

–Nada importante –respondió Leonardo–. Es algo en lo que pensaba de niño, cuando me divertía con mis compañeros torturando lagartijas o ranas en Vinci. Una rana a la que se perfora la médula muere al instante. Más velozmente que si se daña el corazón o cualquier otra parte de su cuerpo. Mucho después observé, al diseccionar cuerpos humanos, los nervios que de allí parten. La sede del alma sensitiva no es el corazón, como dice Aristóteles. Y el alma no se extiende por todo el cuerpo, de lo contrario los nervios no confluirían en su totalidad hacia el cerebro. El ánima debe morar aquí –dijo, señalándose la cabeza.

–¿Y el *anima mundi*? ¿La quintaesencia no se extiende acaso, de manera uniforme, por el universo?

–En una parte más que en otras.

–Sea como fuere –prosiguió Pacioli–, el asesino, por seguridad, le asestó otra puñalada que le seccionó la yugular. Pero sospechamos que la víctima no fuera un verdadero fraile. Era un hombre de mi edad, bastante fornido. El homicida buscaba algo, la celda estaba desordenada, pero lo que encontré en ella...

–¿La inspeccionasteis... personalmente?

–Fui el primero en ver el cuerpo... Estaba estudiando... No escuché gritos, pero sí el impacto de la caída y los ruidos provocados por el asesino mientras revolvía la estancia. Al inicio pensé en uno de esos frailes poseídos que se autoflagelan, o que creen ver al demonio por el joyo alucinógeno de la dieta de pan y agua, y se enviscan con él en

luchas furibundas... Ocurre a veces en los conventos... Pero no conseguía concentrarme y decidí suplicar a mi vecino que combatiese a su Satanás con menos ímpetu. Al abandonar mi celda, vi al homicida de espaldas, no tardó más de un instante en escabullirse. Llevaba un hábito de dominico, de tela basta, más corto de lo corriente...

–Como el de los secuaces de Savonarola.

–¿Un *fratesco*...? El capucho le cubría la cabeza, de modo que el único dato del que dispongo es su complexión: era bastante alto y robusto.

–¿Fuisteis el único en verlo? –preguntó Leonardo.

–Hemos reconstruido sus movimientos. Entró en el convento por una celosía defectuosa de la parte trasera de las bodegas, la descubrimos arrancada. Subió hasta las celdas mientras se celebraba en la iglesia la misa de la mañana. Luego huyó por la sacristía, el fraile que oficiaba lo vio atravesar la iglesia, siempre encapuchado, y salir por el portón del fondo. No interrumpió la misa por no alarmar a los feligreses, pero asegura que su primer impulso fue perseguirle. Un dominico en una iglesia franciscana...

–¿Qué encontrasteis en la celda de la víctima?

–Entre otras cosas, una cimitarra turca... ¿Sois capaz de imaginar a un verdadero franciscano armado?

–Todo es posible en estos tiempos... Frailes predicadores que se dedican a la política, pontífices con hijos de los que ocuparse que organizan en el Vaticano, según se murmura, fiestas con cortesanas desnudas y torneos de fornicación anal entre los invitados. Son tiempos míseros para Italia. Volvemos a ser paganos, querido fray Luca, mientras en Roma arrastramos fatigosamente, sin hallarle ya sentido, el pesado fardo de Pedro.

–Llegarán tiempos mejores, no lo dudéis –respondió el matemático–. Tal vez sea el precio que hay que pagar por el despertar que ha significado el siglo entre nosotros. Porque no puede negarse que el que está por concluir haya sido un siglo de gran fermento: el redescubrimiento de los clásicos, Platón, el gran Platón, al que ignorábamos; la arquitectura de Vitrubio, la perspectiva. En lo que más me compete, la Matemática, por primera vez podemos confrontar el álgebra tomada de los árabes con la geometría de Euclides. Se lograrán avances extraordinarios, ya lo veréis... Y la invención de la imprenta, la navegación sobre el océano hasta las Indias occidentales... Pero son revoluciones que atañen a pocas personas, a príncipes y hombres de letras, a pocos más, y el paganismo se ha extendido únicamente entre las clases altas y los eruditos. El pueblo es devoto, estimado maestro Leonardo. Pensad en Florencia, la ciudad que dio inicio a todo, la ciudad del *Magnífico* Lorenzo, de Brunelleschi, de Leon Battista Alberti, a quien conocí personalmente, o de mi maestro, Piero della Francesca, que allí se formó... La misma Florencia que ahora, con Savonarola, se ha convertido en el corazón de la reforma religiosa y la teocracia más intransigente. El pueblo no ha tomado parte en las revoluciones del espíritu que han marcado nuestro tiempo, corrompiendo también su alma. Y tal vez sea bueno, porque el pueblo es devoto, y seguirá cargando dignamente con lo que vos denomináis «el fardo de Pedro».

–Pero, decidme, fray Luca, ¿qué se ha hecho del cadáver? ¿Podría examinarlo? Entiendo de disecciones, y no es fácil conseguir cuerpos que examinar. En ocasiones,

vuestro devoto pueblo salva a los anatomistas. Viven en tal miseria, que nos regalan a sus moribundos para nuestros estudios con tal de que nos encarguemos de los gastos de la sepultura. Pero son cuerpos marchitos, arrasados por el hambre; el vuestro, por el contrario, es un extranjero fallecido de muerte violenta, con su organismo en pleno rendimiento físico...

El franciscano se sintió turbado por las últimas palabras del artista. Atisbó cierto poso de cinismo, de glacial indiferencia hacia lo que de la muerte inquieta, por lo común, a los hombres corrientes. Leonardo se percató y pidió disculpas.

–Tarde o temprano, reuniré en un volumen mis observaciones y mis tablas anatómicas. Tal vez los médicos hallen algún beneficio en un conocimiento más profundo del cuerpo humano. Dibujos precisos y bien realizados pueden ser de gran ayuda. ¿Sabéis cómo murió nuestro «magnífico» Lorenzo? Sufría de gota, como su padre, pero su médico le curaba con astrología e invocando el poder mágico de las piedras preciosas, influenciadas por los signos del zodiaco, según la creencia común. ¿Qué gemas habrían corregido los malos influjos astrales? ¿Lapislázulis, perlas, topacios? Su médico las reunía y las mandaba triturar para obtener unos polvos que le hacía engullir con la comida. Por lo que no fue la gota el mal que mató a Lorenzo, sino sus desarreglos intestinales. Supersticiones, creencias nunca apoyadas en la experiencia. Es necesario fundamentar de nuevo el estudio en el saber concreto, en la observación directa... El doctor tuvo una mala muerte. Dicen que lo asesinaron los hijos del Magnífico, pensando en un envenenamiento, imaginándole a sueldo de algún príncipe extranjero. Pero el médico de los Medici no era más que un mal médico, perdonadme el juego de palabras. Puede que incluso el joven duque de Milán... A la muerte de un príncipe, se piensa siempre en un envenenamiento, mueren todos de dolores de vientre, quién sabe por qué. La respuesta podría ser más simple de lo que se piensa: son los únicos que pueden permitirse curas tan costosas...

–Enviamos el cadáver al Hospital Nuevo –dijo fray Luca–. Alguien lo estará ya examinando. Si os apresuráis, tal vez halléis aún algo que dibujar.

Con objeto de no demorarse en el trayecto de Porta Vercellina a Porta Romana, donde se alzaba el Hospital Nuevo, recorrió un breve tramo a pie y se dirigió a un barquero del Naviglio, al que pagó para que le condujese velozmente hasta la parte trasera del edificio proyectado por Filarete unos decenios antes. El Naviglio facilitaba las cosas, recorría el perímetro de las antiguas puertas, permitiendo la circulación rápida de mercancías y gentes en la ciudad. Le fascinaba en particular el sistema de esclusas, había proyectado incluso una ciudad ideal en dos niveles: uno subterráneo, con una red capilar de canales para intercambios comerciales y desplazamientos rápidos en barca, y otro, por así decirlo, noble, con jardines y amplias calles, exclusivamente peatonales, evitando el hacinamiento y la excesiva proximidad de las casas, así como el trasiego de caballos e inmundicias, que provocaban la propagación de morbos y pestilencias por falta de higiene.

Había expuesto sus ideas a Sanseverino durante una cena, pero el general le había mirado como si escuchase de su boca un poema extravagante, habitado por unicornios e hipogrifos. A decir verdad, Leonardo no ignoraba la índole de su problema: a menudo parecía que trabajase para la eternidad, y la eternidad es un lapso de tiempo demasiado vasto. Sus proyectos, en exceso costosos y a muy largo término, no solían interesar a nadie. La mayor parte de los hombres tiene prisa, sólo desea un goce apresurado, «del mañana nadie se alimente», como decía un célebre verso del difunto Magnífico. No se atrevió a volver a hablar de aquella red de canales subterránea para agilizar el tráfico ciudadano, pero cada vez que recorría en barca los Navigli le volvía a la mente, y al repensarla le parecía una buena idea.

Puso pie en el embarcadero, rodeó los muros del edificio y se dirigió a la portería, donde lo conocían por su antigua frecuentación de las sesiones de anatomía, aunque desde hacía un tiempo no se le viera por allí. La construcción de Filarete tenía forma de cruz, con cuatro patios abiertos en los muros de perímetro. Atravesó el situado al noroeste y se encaminó a los sótanos. Halló la puerta cerrada, llamó. Le abrió Giuliano Marliani, ataviado con una especie de hábito de fraile mendicante, remangado hasta los codos, con las manos sucias.

—Ah, Leonardo... Me encontráis atareado... Está aquí el capitán de justicia...

—Estoy al corriente, Egidio da Rímmini... Es el motivo de mi presencia. ¿Me permitís?

Marliani abrió del todo la puerta. Al entrar, Leonardo vio boca abajo, sobre la mesa de mármol, el cuerpo desnudo. Un hombre fornido, de unos cincuenta años, con complexión de soldado. A la altura de su cabeza, del otro lado de la mesa, el capitán de justicia observaba la nuca.

–Buenos días, maestro Leonardo.

Respondió al saludo con un gesto de la mano.

–La cuchillada –dijo Marliani–, aunque sería más correcto hablar de un golpe de daga, se abrió camino en la médula entre la base del cerebro y la primera vértebra. Quien la asestó no ha de poseer necesariamente fuerza excepcional, aunque sí conocimientos avanzados en materia de anatomía. Como vos, maestro Leonardo... Este hombre murió en el acto. No era fraile, seguramente ocultaba su identidad. Pero tal vez procediera de Rímini, considerando lo que llevaba al cuello.

Marliani entregó a Leonardo un medallón de bronce en el que, bajo una cabeza de perfil, se leía: *Sigismundvnnvs Pandvlvs Malatesta pan et polorcites et semper imp invict.*

–Sigismondo Pandolfo Malatesta, hijo de Pandolfo, *poliorcetes* y comandante siempre invicto –tradujo Marliani–. *Poliorcetes*, «asediador de ciudades» –explicó–, era el sobrenombre de Demetrio, soberano de Macedonia en el siglo tercero de la Edad Antigua. El título en griego, adoptado por Sigismondo Malatesta, alude sin duda a su cruzada de Morea, acaecida hace ya treinta años. Por aquel entonces, la víctima rondaría los veinte. Un indicio que, junto a otros, invita a considerarlo uno de aquellos cruzados. Es posible que después llegara a hacerse franciscano, pero me inclino por descartarlo, visto que deambulaba armado de cimitarra, una cimitarra turca de factura antigua, diversa de la que blanden los estradiotes albaneses llegados para luchar contra los franceses. Lo cual supone otro indicio. Además de esto...

Marliani indicó a Leonardo una larga cicatriz en el costado izquierdo del muerto y prosiguió:

–Una herida de arma blanca muy antigua.

Leonardo recordaba vagamente la cruzada de Morea de Sigismondo Malatesta. Entonces era muy joven, tendría apenas doce años, había oído hablar de ella a los adultos. Sigismondo Malatesta, señor de Rímini, fue tal vez el último paladín de una nobleza antigua que conquistaba riquezas y honores alcanzando la gloria en grandes empresas militares. Pero también poseía una sólida formación filosófica. Comenzó a guiar a sus tropas a la edad de trece años, y pronto se convirtió en uno de los capitanes de ventura más poderosos de Italia. Desposó a una Este de Ferrara y a una Sforza milanesa que no le dieron herederos, pero llenó Romaña de hijos ilegítimos que a su muerte se harían guerra entre ellos; cumplidos los treinta, se enamoró de la hija jovencísima de un mercader de Rímini, de nombre Isotta, y en su honor convirtió la iglesia de los franciscanos, que iba a ser el mausoleo de la orden, en una suerte de templo pagano, como se contaba entonces: o más probablemente, en un majestuoso templo a la *pia philosophia* de los platónicos cristianos, que hundía sus raíces en Florencia, donde el concilio que pretendía unificar las Iglesias de Oriente y Occidente ante la inminente amenaza turca había reunido, en 1439, a cardenales y prelados de ambas ramas con un buen número de filósofos griegos pertrechados de valiosos manuscritos bizantinos.

El círculo se había abierto, pues, con la llegada a Florencia, en 1439, de Giorgio Gemisto Pletón, filósofo platónico con escuela en Mistrá, cerca de Esparta, en el Peloponeso, y se cerró con la conquista de Mistrá, en 1464, por Sigismondo Malatesta, quien trasladó a Rímini los restos de Pletón y los sepultó en el templo de Isotta. Eso

recordaba Leonardo de la cruzada de Morea. Que había servido a poco más que a robar el cuerpo de aquel filósofo tan admirado por Sigismondo. El propio Sigismondo sufrió después la persecución de un Papa y de un rey aragonés de Nápoles, y por lograr el perdón del pontífice, el senés Pío II de Piccolomini, emprendió con solo cuatro mil hombres una expedición contra el Despotato de Morea, custodiado por tropas turcas que les superaban al menos siete veces en número. Con sus cuatro mil valientes, había asediado y rendido Mistrá. Allí se había atrincherado a la espera de refuerzos venecianos y del duque de Borgoña que nunca llegaron, mientras el Papa que debía perdonarle moría entretanto en Ancona.

Sigismondo resistió durante casi dos años, hasta que, derrotado más por la peste que por el enemigo, regresó enfermo a Italia: con los restos de Gemisto Pletón, y probablemente con un nuevo y preciosísimo cargamento de códices bizantinos que confiaría a los frailes de San Francesco. Mientras tanto, Isotta había vendido sus joyas para pagar a los soldados que la defendieron de la intriga urdida por un hijo ilegítimo de Sigismondo, fruto de un antiguo desliz con una dama de Fano. El señor de Rímini entregó su alma dos años más tarde, conservando, de los vastos dominios que los Malatesta poseyeran entre Cesena y Senigallia, únicamente su ciudad. Y el hijo de aquella dama de Fano se apoderó sin demora del magro botín asesinando al hijo de Isotta, quien moriría a su vez de dolor al cabo de pocos años.

Sólo sobrevivía de tan triste historia el conocido templo, en el que habían trabajado Leon Battista Alberti y Piero della Francesca, y donde yacían Isotta y Sigismondo junto a Gemisto Pletón y Roberto Valturio, autor del *De re militari*, obra de la que Leonardo había extraído la mayoría de sus conocimientos en materia de arquitectura militar. Había leído y releído aquellas páginas, y en ellas había encontrado, entre otras cosas, una celebración del templo de Rímini, que nunca había visto, pero del que sabía por Valturio que enunciaba las más complejas simbologías de una oculta sabiduría filosófica.

Marliani le invitó a observar otro indicio que corroboraba su idea de que el muerto había tomado parte en aquella épica expedición. Le pidió que rodeara la mesa y se acercara al capitán de justicia, tras lo cual le mostró, en el hombro derecho de la víctima, una palabra marcada a fuego en la carne: Πλήθων.

–Pletón –tradujo.

–La prueba de que vuestra hipótesis es correcta –replicó el artista.

–Y vos, maestro Leonardo, llegáis tal vez en el momento justo –dijo el médico–. Podríais dibujar el rostro de este hombre de manera que el capitán, aquí presente, pueda preguntar entre los embajadores de Malatesta y otros rimineses residentes en Milán si alguno de ellos lo conocía.

Tras el gesto de aprobación del florentino, Marliani rogó a Leonardo y al capitán que le ayudasen a dar la vuelta al cadáver. Una vez hecho, Leonardo extrajo cuaderno y lápiz del bolsillo que pendía de su cinto y comenzó a retratar al muerto. Lo hizo de perfil, el cráneo rasurado al cero, la nariz aguileña, el mentón saliente subrayado por una perilla sin bigote. Se demoró casi quince minutos de invierno, cuando las horas duran poco, arrancó el folio del cuaderno y se lo entregó al capitán.

–Excelente –dijo este último–, ahora os dejo acabar vuestra obra mientras yo doy inicio a la mía. Si averiguo algo, doctor Marliani, os lo haré saber. Por vuestra parte, informadme de los detalles que verifiquéis. Adiós, señores.

Se saludaron, el capitán franqueó la puerta y la cerró tras él. Una vez solos, Leonardo formuló de inmediato al médico la pregunta que le ardía por dentro desde que entrara en la sala:

–Fue él quien le cercenó la mano a vuestro capataz, ¿verdad?

Marliani alzó la cabeza, atónito.

–¿Cómo lo habéis sabido?

–Un hombre sin mano derecha no pasa inadvertido. Suerte que es zurdo.

–Maestro, vuestra capacidad de observación es sin duda poco común.

–Como debería ser propio de un pintor, ¿no creéis?

–Tal vez... –respondió el médico–. En cualquier caso, decís bien: fue él.

–¿Por qué hurto deseaba castigarle? Libros, supongo. La pasión de los Marliani... Libros seguramente muy valiosos...

El rostro del doctor mostró aún mayor asombro.

–Así es –admitió–, pero no fuimos nosotros los ladrones. Se los compramos legítimamente al librero de Cordusio. Envié a mi administrador, Giovanni, con el dinero. Yo tenía mucho que hacer aquí ese día. Giovanni los recogió en Cordusio y se dispuso a traérmelos. Pero notó a sus espaldas a un fraile encapuchado, embozado en una capa negra, que parecía seguirle. Por descubrir si era un escrúpulo infundado, entró en el Duomo. El fraile negro le siguió hasta el interior de la catedral. Aun así, podía tratarse de una coincidencia: que un fraile entre en una iglesia está en el orden natural de las cosas, lo extraño a semejante hora era que lo hiciera él. Pero al llegar a la zona donde aún se construye, mi capataz constató de inmediato que no había azar alguno. Presa del pánico, se encaramó al andamio del cimborrio, cayendo solo en la trampa. Llevaba los libros en un morral que sujetaba con la mano derecha, con la izquierda se aferraba a la baranda. Al llegar a la cima, sintió que perdía de pronto el morral y la mano. Gritó de dolor, se detuvo, se giró, tratando instintivamente de recuperar la mano. Vio al franciscano, su nariz ganchuda y la perilla recortadas en la penumbra, la cimitarra ensangrentada. El fraile negro agarró el morral y desgajó la mano. Él se quedó petrificado, contemplando a su agresor alejarse con el botín. Vio que a los pocos pasos arrojaba al vacío su mano. Cuando llegó hasta aquí, Giovanni casi se había desangrado. Me ocupé de él, le cerré la herida justo a tiempo.

–¿De qué libros se trataba?

–Eran códices bizantinos, obras en griego que se creían perdidas, del tiempo mítico en que Euclides acababa de morir en Alejandría, y era posible cruzarse allí con Arquímedes o Eratóstenes, con Filón o Aristarco de Samos... Los manuscritos más preciados son tal vez los *Pneumatiká Theorémata* de Ctesibio, un texto teórico, repleto de cálculos matemáticos, sobre la elasticidad del aire, y un libro encuadernado en piel negra, con una calavera en relieve en la tapa, que contiene los *Automatopoietiká* de Filón de Bizancio, sobre la construcción de autómatas, con ilustraciones extraordinarias de máquinas que tal vez hoy ni siquiera seríamos capaces de reproducir. Y también de

Filón, la sección de la *Pneumatica* que se ocupa de ingenios hidráulicos...

–¿Pensáis que en un país como Italia alguien sería capaz de matar únicamente por unos libros?

–Los libros son mercancías extrañas, mi querido Leonardo; pueden valer mucho más o mucho menos de su precio. Por unas pocas monedas, se adquieren en ocasiones libros que salvan la vida... Los que nos ocupan ahora contienen saberes perdidos. Quien los posea y se adentre en sus secretos, podría volverse muy poderoso. No si los revende a su precio, que, aunque elevado, no vale un asesinato. Pero si su poseedor se vendiera a sí mismo como depositario de tecnologías revolucionarias, si en toda Europa fuera el único en conocer los secretos del vapor...

–¿El vapor? He encontrado máquinas del género en Herón de Alejandría.

–Considerad que Herón las tomó de Filón de Bizancio, y que el original podría permitir llegar mucho más allá de la descripción superficial que de ellas ofrece el alejandrino... Sólo examiné brevemente esos libros, y mi conocimiento del griego es limitado, pero a juzgar por los dibujos, contienen una sabiduría técnica cuyo secreto hemos extraviado, y tal secreto consiste, sustancialmente, en el modo de aplicar la Matemática al mundo físico, como proclaman los únicos textos de esa civilización que han llegado hasta nosotros: los de Euclides y Arquímedes.

–¿Esos códices procedían de Mistrá?

–Sí. Y su exlibris... Gemisto Pletón.

–De manera que nuestro supuesto Egidio de Rímini sólo vino a recuperarlos, mientras que quien se los vendió al librero de Cordusio debía haberlos robado...

–Tras la muerte de Sigismondo Malatesta, antes de que su hijo ilegítimo Roberto usurpase el gobierno, en perjuicio de Isotta degli Atti y su legítimo heredero Sallustio, Rímini atravesó una época de turbulencia. Han transcurrido casi treinta años, es difícil saber cómo llegaron esos libros a Milán, aunque no cueste demasiado imaginar que el falso fraile viniera en su busca. Tampoco es fácil conjeturar quién pudo acabar con él para arrebatárselos. Después de que mi capataz perdiera la mano, acompañé al capitán de justicia a interrogar al librero de Cordusio para saber de quién había obtenido los códices: de un mercader toscano de camino, que parecía querer librarse de ellos cuanto antes. Ahora es clara la razón. El asesino debía saber que los libros se encontraban en Milán.

–Si esos fueron sus motivos... ¿Qué me decís? ¿Aprovechamos que el cuerpo...?

No era fácil procurarse cadáveres que diseccionar. El doctor comprendió al instante. Asintió con la cabeza, luego entregó a Leonardo un bisturí tras caldearlo con esmero al fuego.

Al día siguiente, Leonardo fue requerido en la corte. Debía pintar el retrato de Lucrezia Crivelli, la última amante del duque. Suponía interrumpir de nuevo su *Última cena*, por lo que aceptó a regañadientes. Se imaginó que Cecilia Gallerani le retiraría el saludo, y ya en el castillo le traspasó la mirada feroz de la duquesa. Las guerras de las mujeres le atemorizaban más que las de los hombres, en ellas nunca se sabía de dónde llegaría el golpe.

A solas con *monna* Lucrecia en una estancia, comenzó rápidamente el dibujo. En cierto momento, se escuchó un grito en la habitación contigua. Beatrice d'Este chillaba: «¡Échala de aquí ahora mismo! ¡O ella o yo!», le pareció entender.

Lucrezia permanecía en silencio, absorta. Pero en sus ojos, y apenas disimulado en un imperceptible pliegue de los labios, brillaba un destello de triunfo. Cuando pintó a Cecilia, la esposa del duque aún no había llegado a Milán. Y cuando ocupó su lugar en la corte, Cecilia se apartó sin rechistar. Entre ambas había nacido cierta amistad. Pero ahora se intuía que entre Beatrice d'Este y Lucrezia Crivelli las cosas no serían así.

Leonardo consideraba a Cecilia Gallerani superior a cualquier otra mujer, incluida la duquesa, pues la aventajaba incluso en elegancia con su sencillez y su sobrio buen gusto, del que todo pintor habría aprendido mucho.

Se dio prisa. Acabado el dibujo, dijo que en su taller copiaría el bosquejo sobre una tabla de nogal sin necesidad del modelo. Tras unos días de trabajo, regresaría con el cuadro. Se despidió. Mientras abandonaba el castillo con su gran cartón bajo el brazo, decidió visitar de nuevo al fraile matemático en San Francesco Grande.

Una vez más, fray Amedeo le acompañó hasta la celda de Luca Pacioli, donde el franciscano le acogió con calidez, como a un viejo conocido. El cuadro veneciano que retrataba al fraile, constató al entrar, había desaparecido.

–¿Lo habéis enviado a Urbino? –preguntó, señalando el espacio vacío en el escritorio.

–A Mantua, por el momento –respondió fray Luca–. A Isabella d'Este, la hermana de Beatrice, ella se ocupará de hacerlo llegar a Urbino. Giovanni Gonzaga es cuñado suyo, como también Guidobaldo da Montefeltro. Y de cuñado en cuñado, confío en que el cuadro alcance pronto su destino...

–Había una suma aritmética en la pizarra... –dijo Leonardo.

Fray Luca tomó papel y pluma, escuadra y compás. Dibujó en un santiamén un triángulo equilátero inscrito en una circunferencia y otros segmentos, luego escribió una serie de números en columna:

–Tal es el contenido de la pizarra –dijo–; os lo regalo. En la parte inferior, a la izquierda, está la suma de la que hablabais. El segmento *Aa*, una vez completado,

llegaría a tocar la circunferencia, pero preferí dejarlo inconcluso en el cuadro por no facilitar en demasía la tarea a los matemáticos de la corte de Urbino que han de contemplarlo. La parte sólo esbozada no está en la pintura, pero el segmento completo es el lado del cuadrado inscrito en el círculo.

¿El cuadrado inscrito en el círculo? Leonardo observó el dibujo. El diámetro del círculo era la diagonal del cuadrado inscrito en él, el lado de dicho cuadrado era la diagonal del cuadrado construido sobre el radio. El teorema de Euclides que el matemático señalaba en el libro decía, si no recordaba mal, que el cuadrado construido sobre un lado del triángulo equilátero ABC sería tres veces el construido sobre el radio.

–De manera que la relación entre las áreas de los dos cuadrados, el construido sobre el lado del triángulo ABC y el inscrito en el círculo, es de tres a dos, considerando que el segundo es dos veces el cuadrado del radio.

–Exactamente –contestó el franciscano–. Por lo que la relación entre los radios de las dos circunferencias que sirven para construir los dos cuadrados es de raíz de tres sobre raíz de dos, es decir, raíz de uno y medio, lo que hace uno con veintidós hasta el segundo decimal, aunque se trata de un número irracional que prosigue indefinidamente.

Leonardo hacía esfuerzos por seguirle. De muchacho había frecuentado apenas un curso de ábaco, y no sabía calcular con raíces. Por no mencionar el álgebra, que ignoraba casi por completo. De repente, comenzó a sentir una fuerte admiración por el fraile. Decidió en ese mismo instante que serían buenos amigos.

–En definitiva –concluyó el matemático–, si disponéis de escuadra y compás y deseáis construir un *eicosiexaedron*, únicamente necesitáis conocer un número, o mejor, una proporción, una relación: raíz de tres sobre raíz de dos, un número infinito, uno con veintidós, etcétera. Todos los números esenciales, los que conforman la sintaxis del universo, son infinitos. Como Dios. La Matemática nos pone en contacto con la eternidad e infinitud de la sustancia divina.

–¿Qué significan entonces los números que hay abajo?

–El enigma de esos números no ha de ser revelado a nadie –respondió el fraile–. Perdonadme, pero debe permanecer en secreto. Sólo el duque de Urbino puede conocer la solución. Él mismo me pidió hace un tiempo, y yo cumplí su deseo de inmediato, un código numérico cifrado y prácticamente inviolable para proteger informaciones y objetos secretísimos. Deduzco que confía en mí, considerando que sigo vivo. Quise que la cifra misteriosa fuera incluida en el cuadro a manera de acertijo. Un desafío para los matemáticos de la corte, que tantas ínfulas se dan. Para lograr resolverlo es necesario buscar el teorema de Euclides que señalo con la mano izquierda, repasar después la demostración que desarrollo en la pizarra, y finalmente resolver el juego matemático de la suma... Ninguno de ellos sería capaz de lograrlo. Ni siquiera Pablo de Middelburg, obispo de Fossombrone, matemático y astrólogo de corte, conseguirá resolverlo nunca, y si ni siquiera él lo logra, el secreto velará también por mí: Guidobaldo de Urbino dormirá tranquilo, convencido de la inaccesibilidad de su código cifrado.

–He notado –intervino el pintor–, que las tres cantidades de tres cifras de la suma contienen, una única vez, todos los números del uno al nueve.

–Excelente, ya tenéis un buen indicio –respondió el fraile, y Leonardo creyó ver en su rostro una sonrisa maliciosa–. En cualquier caso –continuó el franciscano–, no es la proporción desarrollada en ese cuadro la que ahora ocupa mi mente.

–¿Y cuál es entonces? –preguntó, intrigado, Leonardo.

–La divina proporción.

–¿La divina proporción?

–Todas las proporciones invariables son divinas, pero ésta lo es más que las otras: es la *proportio habens medium et duo extrema*, como la llaman los matemáticos, aunque yo propongo definirla como «divina proporción», pues se replica a sí misma *ad libitum*, como la vida. Pero no dudo de que vos sepáis ya algo al respecto...

Estaba a punto de hablarle del hombre de Vitrubio que había visto en su taller, pero se contuvo. Prefería no verse obligado a admitir que había husmeado entre sus papeles. Se prometió hacerlo más adelante, cuando la relación entre ambos se consolidara.

–En el libro que tengo intención de escribir sobre tal argumento –prosiguió– incluiré ilustraciones de polígonos irregulares y muchas otras figuras. En cuanto a los sólidos, no es fácil darles profundidad... Pero vos podríais ayudarme a dibujarlos.

–Lo haría con gusto –respondió Leonardo.

–Os pagaría –dijo fray Luca.

–Podríais hacerlo con lecciones de álgebra y geometría, me serían muy necesarias. Hace unos años que estudio latín por mí mismo, pero nunca lo conseguiría con la *al-muqābala*.

–¡Sería un privilegio! –exclamó el franciscano, mientras se le iluminaba el rostro–. Recibí mis primeras lecciones de geometría de un gran pintor en mi lugar de nacimiento, y ahora se me brinda la ocasión de saldar aquella deuda con otro gran pintor.

–¿De Piero della Francesca? –preguntó Leonardo.

–Así es, en Borgo Sansepolcro. ¿Habéis oído hablar de él?

–Desde luego que sí. He visto incluso sus frescos de Santa Maria Nuova, el hospital florentino fundado por el padre de Bice Portinari, la Beatrice de Dante. Fue el lugar donde diseccioné mis primeros cadáveres, y en su «banco» continúan depositados mis ahorros. Piero della Francesca trabajó junto a su maestro, Domenico Veneziano, en Sant’Egidio, la iglesia del hospital. Yo la visitaba a menudo, aquellos frescos eran para nosotros, los pintores más jóvenes, el manifiesto de la *nova aetas*.

–Piero della Francesca me instruyó en Euclides y Platón, los había estudiado de muchacho en Florencia, mientras trabajaba en esos frescos. Fue en 1439, el mismo año en que llegó a vuestra ciudad Gemisto Pletón con la delegación griega, con motivo del concilio para la fallida reconciliación de ambas iglesias. Entonces también estaban en Florencia Brunelleschi y Leon Battista Alberti. Poggio Fiorentino acababa de descubrir un nuevo manuscrito del *De Architectura* que contribuiría a difundir la obra de Vitrubio. Era necesario aprender perspectiva sobre bases geométricas. Y Platón, junto a

Pletón y Besarión, era el fundamento de todo. La Matemática, repetía siempre mi maestro, es platónica cuanto ninguna otra ciencia. Es la demostración viviente de que las ideas existen por sí mismas, aunque ningún humano las pensara nunca. Si Pitágoras no hubiese demostrado su teorema, la suma de los cuadrados sobre los catetos de un triángulo rectángulo seguiría siendo, en cualquier caso, igual al cuadrado de la hipotenusa. Pitágoras se limitó a revelar una verdad que persiste en la mente del demiurgo. El teorema es eterno, inmutable, viviría por sí mismo en el Hiperurano aunque no existiera nadie en condiciones de demostrarlo. Quien fue el primero en lograrlo, apenas lo transmitió por escrito. Hoy le damos su nombre, pero en la mente divina bullen infinitos teoremas aún por descubrir, dispersos en el *Nous*. El matemático es un navegante uránico que escudriña las simas de lo posible. Platón es su guía, y Euclides su comandante...

Leonardo pensó del franciscano que era filósofo antes que matemático. No le constaba que hubiera descubierto nada como matemático, sólo ponía su empeño en recoger, compilar y transmitir los saberes dispersos que resultaran útiles para progresar eventualmente en el estudio. Más bien parecía animado por la voluntad de integrar las disciplinas matemáticas en un nuevo sistema teórico, de justificarlas en el marco de la nueva filosofía platónica, para armonizarlas, ayudándose de ese tamiz, con la visión cristiana del mundo. Así, colmaba la mente de Dios de leyes matemáticas universales, redimiendo su ciencia de las meras implicaciones prácticas para las que se impartía hasta la época, lo que había obstaculizado su progreso desde Grecia. Para el álgebra y la geometría, y para sus mismas aplicaciones prácticas, se abrían con ello nuevos caminos. Reconocer que la Matemática no concluía, que el *Nous* bullía de teoremas, suponía en verdad un paso enorme.

Ahora comprendía el significado profundo de aquel retrato.

—A propósito de Gemisto Pletón... —lo interrumpió.

Le refirió cuanto había sabido la víspera en el Hospital Nuevo sobre Egidio de Rímini, la cruzada de Morea, en la que aquél debió participar, y los valiosos códices bizantinos que pertenecieron al filósofo de Mistrá, a cuya posesión debían probablemente vincularse la presencia del falso fraile en Milán y su bárbaro homicidio. Fray Luca le pidió detalles sobre los libros robados, y él le contó lo que conocía.

—Será difícil hallar al culpable —comentó el franciscano—, puede que ya haya huido de Milán, si encontró aquí esos manuscritos.

—El capitán de la justicia —observó Leonardo— procederá del modo usual. Se trata de un extranjero, un riminés, nadie exigirá responsabilidades. Buscarán a un pordiosero del Borgaccio, le torturarán, con dos o tres giros de cuerda lancinantes lo harán confesar ese y otros crímenes, y pondrán fin a su vida miserable. ¿No es así como funciona la justicia en nuestros días? La suya es una labor disuasoria y de higiene social: se lava un crimen con otro totalmente gratuito. Por lo demás, yo hago lo mismo, para mi *Última cena* busco a Cristo en el castillo del duque y a Judas en el Borgaccio. Porque en el barrio más sórdido de Milán se esconde quien es capaz de cualquier vileza por treinta monedas.

—Al parecer —dijo el fraile—, el capitán tiene más interés en averiguar la identidad del

muerto.

–El fallecido es seguramente un noble, por lo que determinar a qué familia pertenece es para él de la máxima importancia: no para descubrir al culpable, sino por saber cuánta seriedad requiere la investigación.

–En cualquier caso, esos libros pueden volverse muy peligrosos si caen en manos equivocadas. Urgiría más encontrarlos que al propio asesino, ¿no os parece?

–Pensad bien lo que decís –respondió Leonardo–. Esa clase de libros acaba siempre, inevitablemente, en manos equivocadas. Porque de llegar incluso a manos justas, de artistas desinteresados como nosotros, por ejemplo, ¿qué haríamos con ellos? Servimos a príncipes, y los príncipes traman por conquistar o fortalecer su poder. No nos pagan por hacer mejores sus ciudades. Tal vez para embellecer sus mansiones, para inmortalizar a sus amantes, para que de sus fiestas se guarde memoria. Esa es la raíz del equívoco: los artistas aspiramos a la obra perfecta, la que, aun nacida para satisfacer el orgullo de un poderoso, resplandezca con luz propia, manifieste en plenitud un mundo nuestro y nuestra idea del arte, pero el motivo de la obra es muy distinto, el cortejo de una dama, la vanidad de un príncipe, la exaltación de su poder ante sus súbditos. Y tal es también la razón de los ingenios, de las máquinas, de los autómatas...

–No siempre es así –lo interrumpió el fraile–; si el príncipe es liberal de mente, si ama el arte por sí mismo...

Fray Luca invitó a Leonardo a sentarse en la única silla de su celda. Él se acomodó en el lecho. Conversaron largamente, aún tenían mucho que contarse. Rememoraron el tiempo feliz de Lorenzo *el Magnífico* y Federico da Montefeltro, que competían por el honor de poseer la biblioteca más abastecida. Hablaron de Gemisto Pletón y su discípulo el cardenal Besarión, que intentó conciliar el neopaganismo de su maestro con la visión cristiana del mundo; del platonismo florentino, de Marsilio Ficino, de los tratados de ciencia y filosofía llegados de Constantinopla antes y después de la caída de la ciudad. Cuando Leonardo se alzó para volver a la Corte Vieja, ambos tuvieron la certeza de haber hallado un gran amigo.

En los días que siguieron, Leonardo comenzó a esbozar los sólidos para la obra de Pacioli y completó el retrato de Lucrezia Crivelli, al tiempo que descubrió cómo pensaba hacerle pagar la afrenta Beatrice d'Este. El duque deseaba ahora que pintase, con motivos meramente ornamentales, las estancias de la zona del castillo que destinaba a su uso privado. Frescos, una vez más, y sólo decorativos. Una idea de la duquesa, le explicó el Moro. Recibiría un modesto anticipo, y debía iniciar la obra de inmediato. Pero él necesitaba dinero para su *Última cena*, y que le permitieran al fin terminarla. Ahora debía trabajar en varias obras. Y la tesorería del duque nunca era puntual en los pagos. Se dejó tentar por la idea de abandonar Milán. Pero ¿para ir a dónde? ¿A servir a cuñados, o a cuñados de cuñados del duque? ¿A Florencia, donde sus tablas alimentarían las hogueras de las vanidades de Savonarola? ¿A Roma, con el «Papa Orgía»?

Del crimen de San Francesco Grande, en los días sucesivos, no se descubrió gran cosa. Tan sólo la identidad del muerto, gracias a su retrato. Ni siquiera se llamaba Egidio. Era un Pierleoni de Rímini, un aristócrata leal a Sigismondo Malatesta y a su esposa Isotta,

obligado a abandonar la ciudad adriática tras la muerte de su señor, cuando su hijo ilegítimo usurpó el gobierno. Durante los últimos años había vivido en Florencia, donde le reconoció, no un embajador de Rímini, sino uno de la República florentina. El resto había sucedido como imaginó Leonardo. Un granuja del Borgaccio, sospechoso de varios delitos, tras tres giros de cuerda tensando sus articulaciones, confesó media docena, entre ellos el de San Francesco Grande. Lo colgaron al día siguiente. Se había hecho justicia. Nuevos lamentos, nuevos huérfanos, cortabolsas de mañana, futura carne de horca para otras urgencias. Un muerto más sobre la conciencia del verdadero asesino, un bálsamo para el hambre y sed de justicia de quien la tuviere.

Hágase un cuadrado de lado AX, hállese con el compás el centro de su base, y en virtud del mismo, tocando los dos extremos opuestos, trácese una semicircunferencia hasta tocar la cual se prolongue dicho lado AX hasta B. Sobre este segmento más largo, hágase un rectángulo que tenga por altura la misma prolongación BX:

La relación entre AB y AX es igual a la dada entre AX y BX: si AX es la divina sección de AB, BX, que es AB menos AX, lo es de AX, AX menos BX es la divina sección de BX, y de tal modo ad infinitum.

En esta figura, además, el rectángulo sobre AB y el cuadrado sobre AX son iguales, pues si AB es a AX como AX es a BX, el cuadrado de la mitad proporcional, AX^2 , que es el cuadrado de la figura, es igual a $AB \cdot BX$, o la base por la altura del rectángulo. Sépase también que el resultado de tal proporción es un número que participa de la infinitud divina: pues si AB fuese igual a 10, AX sería raíz cuadrada de 125 menos 5, que es 6,18034, y así sucesivamente en serie de decimales que no tiene fin, un número que llamamos irracional, y BX, que es 10 menos AX, es igualmente otro número infinito.

A esto llama el maestro Luca la divina proporción, que posee propiedades admirables en el pentágono y el decágono. Yo mismo la hallé en el hombre en el círculo y el cuadrado de Vitrubio, y bien puede decirse que tal hombre de Vitrubio pueda inscribirse en el pentágono con sus brazos y piernas en máxima divergencia. Pero habiendo medido después diversos hombres en la fábrica, hallándoles muy diferentes en sus dimensiones y en la relación entre sus singulares partes, he llegado al convencimiento de que dicha proporción, aunque admirable en sus consecuencias, no forme parte en absoluto de la concepción humana.

Prueba más bien a rehacer los razonamientos de fray Luca en la tabla para el duque de Urbino.

Haz un círculo, y traza el cuadrado que se le inscribe. Dibuja después un triángulo equilátero sobre el cuadrado, halla su centro y, con el compás, circunscribe al triángulo otra circunferencia. Haz de forma que se vean las diagonales de ambos círculos:

Sea R el radio del círculo mayor, r el del círculo menor, L el lado del triángulo equilátero y del cuadrado sobre él construido, l el lado del cuadrado inscrito en el círculo del triángulo, esto es, el segmento α que fray Luca no completó en la tabla. Del

teorema de Euclides indicado por el matemático en el cuadro, que habla de la relación entre el lado L del triángulo equilátero y el radio r del círculo en el que se inscribe ($L^2 = 3r^2$), obtengo en síntesis la información que más me sirve. Pues hecha la raíz de los factores del teorema de Euclides, se tiene que $L = 3r$. Conque la diagonal del cuadrado o diámetro del círculo $2R$ es igual a la raíz de dos veces el lado L :

$$2R = 2L$$

De donde sustituyendo el lado L por su equivalente $3r$, se tiene:

$$R = r$$

$$2 \times 3$$

$$2$$

Uno y veintidós, etcétera... Derramando sudor y sangre, he llegado al fin. De aquí ha extraído fray Luca la proporción del eicosiexaedron. Sus lecciones sobre cálculo de raíces comienzan a dar su fruto. Pero ¿y esos números malditos? ¿Se dirían obra del Diablo! ¿Qué tiene que ver aquella demostración con esta suma insensata?

$$4 \ 7 \ 8$$

$$9 \ 3 \ 5$$

$$6 \ 2 \ 1$$

$$2 \ 0 \ 3 \ 4$$

Cuanto más miro esta suma, menos la comprendo.

Eureka, la solución: dejar de intentar comprenderla.

La Matemática puede hacer perder el juicio al hombre más cabal.

Su destino era llevar a término la *Última cena*.

Sucedió que ambas mujeres, Beatrice d'Este y Lucrezia Crivelli, quedasen preñadas. Pero Beatrice se apagó, tras dar a luz un hijo muerto, la noche del dos al tres de enero de 1497. Por el parto, pero hubo quien dijo que de pesadumbre. Dejó dos varones de cuatro y tres años, Massimiliano y Francesco. El de Lucrezia nació en marzo y se llamó Giampaolo, un hermoso bebé. Pero al Moro le roían los remordimientos. Su esposa había recibido sepultura en Santa Maria delle Grazie, y ahora el duque tenía prisa por ver terminados los trabajos en la iglesia de los dominicos. Acudía a menudo a orar ante la tumba de Beatrice, y dos veces por semana compartía el almuerzo con los frailes. Apremiaba a Leonardo para que el refectorio fuera accesible cuanto antes. De manera que el pintor envió a sus ayudantes a completar, sobre la base de sus dibujos, las estancias privadas del duque. Alegorías botánicas en torno a la morera, *morus* en latín, que celebraban la solidez del *condottiero*. Leonardo se consagró en cuerpo y alma a su *Última cena*.

Contemporáneamente, a decir verdad, realizaba las ilustraciones para el libro de Luca Pacioli, y halló la mejor solución para representar los poliedros, haciendo percibir al ojo tanto su tridimensionalidad como todas sus aristas, una por una: dibujó estructuras líneas vacías y abiertas, una síntesis entre los sólidos de madera y cristal del retrato veneciano del fraile. Luca Pacioli consideró genial la solución, y le recompensó con lecciones sobre cálculo de raíces y la cuadratura de varias figuras geométricas, es decir, sobre el modo de obtener el cuadrado correspondiente a cada una de ellas. Le instruyó también en los secretos de la divina proporción: cinco veces la raíz de cinco menos cinco, sección divina de diez. Todo tenía que ver con el cinco. Así, en el pentágono era el lado respecto a la diagonal, en el decágono era el lado respecto al radio del círculo en el que se inscribiese. Para el fraile, era el átomo primordial de la quintaesencia del que hablaba Platón, que lo encarnaba en el dodecaedro y sus doce caras pentagonales.

La Matemática se convirtió en una nueva pasión, en ocasiones pasaba la noche reflexionando sobre el problema insoluble de la cuadratura del círculo. Era su forma de ser, la palabra *imposible* lo enojaba, le hacía sufrir, le incitaba a intentar cancelarla para siempre del vocabulario humano. No podía ser «imposible» construir un caballo de bronce de doce brazas de altura, pintar frescos al óleo, cuadrar el círculo, que un ser humano volara. Y también hallaba en ello su mayor defecto: lo «posible» le interesaba poco, solía encomendárselo a sus ayudantes. Si una obra no era un desafío a lo imposible, no la consideraba de su incumbencia.

A comienzos del verano de aquel año, el gran fresco al temple graso quedó concluido.

El panorama político mostraba pocas novedades. El papa Borgia había excomulgado a Savonarola, cada vez más aislado en su propia Florencia, como cabía predecir. En junio, un hijo del Papa, el duque de Gandía, había sido asesinado en Roma, se murmuraba que por voluntad de su otro hijo, César Borgia. En cuanto al crimen de San Francesco Grande, parecía haberse precipitado en el olvido. Pero a finales del año precedente había ocurrido un episodio extraño: alguien había registrado la celda del muerto en busca de Dios sabía qué. Los frailes la encontraron otra vez desbaratada. ¿Significaba que el asesino no se llevó lo que buscaba el día del homicidio, y por tal motivo había vuelto al lugar del delito? ¿Alguien más había entrado a hurtadillas en el monasterio, con la esperanza de encontrar algo que ya no estaba allí? Tras el nuevo incidente, fray Luca solicitó un traslado que le permitiera abandonar San Francesco Grande. Sanseverino se ocupó de que se le asignara un modesto alojamiento en la Corte Vieja. Leonardo y él se veían ahora con frecuencia.

A principios de aquel verano, pues, el pintor ordenó retirar al fin los andamios del refectorio de Santa Maria delle Grazie. Los primeros en contemplar la obra fueron el Moro, el abad del convento y los cortesanos más distinguidos. El duque se demoró poco. Desde la muerte de Beatrice, no parecía el mismo. Alzó la mirada y vio sobre su cabeza una escena abigarrada y convulsa: Cristo en el centro, los apóstoles agrupados de tres en tres, seis a su izquierda y seis a su derecha. El *Salvator mundi* acababa de anunciar que uno de ellos le traicionaría, los apóstoles estaban consternados. Admiró la sucesión desmadejada de cabezas, que se esparcían, con sus valles y crestas, como ondas concéntricas provocadas por una piedra en el agua. Observó el movimiento de las manos, semejante a una resaca que parecía converger en su retirada hacia el centro. Pedro, inclinándose sobre el hombro de Juan, «el apóstol amado por Jesús», le insta a preguntar a Cristo de quién habla. «A quien yo diere el pan mojado, aquél es», responde el Mesías en el Evangelio de Juan. La mano de Jesús se dispone a empujar el plato hacia Judas. La mano de Judas se estira para aferrarlo. Olas. Reflujo. Vórtices. El duque sólo vio eso. Recordó cierta ocasión en que Leonardo comenzó a hablar del movimiento turbulento de las aguas, mientras él lo escuchaba distraído. Se le enturbió la vista, la escena se desenfocó, manos y cabezas comenzaron a girar vertiginosas en un torbellino aterrador de corrientes a flor de agua, subterráneas...

–Cristo es *Pietro* –dijo Sanseverino.

–No, Cristo es Cristo –replicó el abad, sombrío.

–Me refería –se corrigió el general– a aquel soldado al servicio de Giovanni Conte, ¿lo recordáis, duque? Se llamaba Pietro, he olvidado su apellido... El parecido es notable.

Leonardo había tomado el rostro de Jesús de aquel soldado con el que se había cruzado un par de veces en la corte. ¿Se llamaba Pietro? Bien estaba saberlo. Lo había retratado de memoria, sin solicitar a su modelo al capitán Giovanni Conte o al cardenal Ascanio Sforza. Al parecer, se le asemejaba bastante. En tanto, un fraile del séquito del abad hacía esfuerzos sobrehumanos por no estallar en carcajadas. Sanseverino y el duque se giraron a mirar al abad. No cabía duda, era él. Leonardo había usado su rostro como modelo para el de Judas. El abad siempre se había mostrado visiblemente irritado por el tiempo infinito que él parecía tomarse para completar su obra, lo que obligaba a

los frailes a comer en otro refectorio improvisado. Sin decirle nunca nada, le lanzaba ojeadas de amenaza, y sus frecuentes quejas ante el duque le habían dado algunas cuitas. Ahora tenía por fin su refectorio, podía comer cuanto quisiera bajo la mirada atenta del Mesías, reflejado en el espejo del infernal Judas que era.

–Bien –dijo el Moro, pálido–, ahora me aguarda mi esposa...

Sanseverino le miró alejarse con expresión preocupada. Había creído notar una indisposición del duque. No era propio de él. Ni una sola alabanza al pintor. El general ensayó una reparación.

–Es muy hermoso –dijo.

Leonardo no habría esperado un juicio más elaborado de un hombre de armas.

Sus amigos lo admiraron esa misma tarde.

–Nunca había visto nada semejante –dijo Donato Bramante–. ¿Cómo es posible? No parece un fresco, sino una pintura al óleo. La luz, los pliegues de las telas, los matices de los rostros...

–Es un encantamiento –dijo Cecilia, visiblemente turbada. Nunca le había retirado el saludo. Había visto el retrato de Lucrezia Crivelli, lo consideró inferior al suyo y comprendió que el maestro no la había traicionado. Ahora, ante aquella obra maestra, supo con certeza que ella también formaría parte para siempre de la historia de la pintura.

Estaban todos maravillados. Ciertamente, nadie había visto nunca un fresco como aquél. Nadie había contemplado nunca, sobre una superficie tan vasta, una pintura tan precisa en los detalles, tan minuciosa en la gradación de las luces y sombras de los rostros, tan llena de movimiento, tan profunda en la lectura de los matices psicológicos. Sólo Leonardo era consciente de lo azaroso de su duración en el tiempo. Dependía de condiciones que ni siquiera era capaz de predecir. Pero ahora alejaba de su mente esos pensamientos. Después de tantos esfuerzos, sólo deseaba disfrutar del momento. Al cabo de años de trabajo, una remuneración digna y aquel breve lapso de satisfacciones eran su única recompensa.

Fray Luca entró en la sala. Alzó la vista y enmudeció. Vio a los doce apóstoles dispuestos en torno a Cristo como los meses o los signos del zodiaco se suceden en el cielo con las estaciones, en grupos de tres alrededor del «sol naciente», equinoccial, hasta confluir en la Pascua. Vio una representación de la *orphica comparatio Solis ad Deum* de la que habló Marsilio Ficino, de la que había contemplado una enigmática imagen en el templo Malatestiano de Rímini. Durante el equinoccio de primavera fue creado el mundo, en el equinoccio de primavera fue concebido Cristo, equinocciales son la cena y el sacrificio pascual que por primera vez anuncia. Durante el equinoccio, sólo durante el equinoccio, el Sol alumbra el orbe entero, la luz vence en cada rincón a las tinieblas, se anuncia el año cósmico, la renovación de los tiempos, la nevadura de un nuevo ciclo milenar. Reconoció el relato de la cena del Evangelio de Juan. Reconoció a Tomás por el dedo que palpará las llagas de Cristo, alzado al cielo en la pintura, y a los hermanos especulares, Juan con las manos entrelazadas, Santiago *el Mayor* con los brazos desplegados como un libro abierto, y pensó que Santiago *el Menor*, el «hermano de Jesús», se asemejaba mucho al propio Leonardo, situado junto a un Bartolomé, en

pie en el extremo izquierdo de la escena, que le recordaba a Bramante.

A la derecha de Jesús, a su izquierda para el espectador, se hallaba el grupo de apóstoles más interesante: Pedro, Judas y Juan. Pedro tensándose hacia Juan para reclamar su atención por detrás de Judas. Judas oscuro, ensombrecido por los otros, girándose mientras se inclina sobre la mesa y derrama la sal... Se fijó en un detalle inquietante: Judas extendía su mano izquierda para asir el plato que le tendía Jesús, de manera que era zurdo, como el autor de la obra. Recordó el relato de Salai sobre la madre «judía» de su amigo...

Su atención se concentró después sobre Juan, el evangelista del *logos*: en el principio era el *verbum*, la palabra, la idea, como proclama el arranque de su Evangelio. Los platónicos veían en ello el vínculo entre Platón y Cristo. Su rostro era femenino en el fresco, le recordó al hermafrodita del cuadro que había visto en el taller del pintor. No lo dudó, se trataba del andrógino del *Banquete* platónico, según la interpretación de Marsilio Ficino en su comentario. «El discípulo al que Jesús amaba» es la perfecta unión de lo masculino y lo femenino, en él «no hay ya varón o hembra», como escribe san Pablo. La *coincidentia oppositorum*, el ser trascendente y completo en sí mismo, el más cercano al estado espiritual del Verbo hecho carne.

Decidió dar un paso audaz. Se acercó al maestro florentino y le susurró al oído:

–Εν Πλατόνι ἀδελφοί.

En Platóni adelphói... Leonardo se sobresaltó. Lo sospechaba, y ahora la duda se convertía casi en certeza. «Hermanos en Platón». También fray Luca era un iniciado en la *phia philosophia* de Marsilio Ficino. Aguardó a que los dejaran solos para confirmarlo.

–Fue mi maestro, Piero della Francesca –explicó el franciscano–, quien me inició en los misterios... Vos también sois platónico, ¿verdad? He creído ver en vuestro fresco ciertas referencias a la obra del filósofo...

–Frecuenté, aunque tarde y de manera ocasional, el jardín de San Marco, lugar de encuentro para los artistas amantes de la Antigüedad romana auspiciado por los Medici. Fue durante mis últimos años en Florencia. El Magnífico me tenía aprecio, pero la ausencia de estudios regulares y el desconocimiento del latín podían suponer un obstáculo en su corte. En cierta ocasión, sin embargo, él mismo me presentó a Marsilio Ficino, fundador de la Academia de Careggi. No recibí una verdadera iniciación, pronto abandoné la ciudad por Milán. Marsilio había tomado los hábitos, yo asistía a las misas que oficiaba, a menudo al límite de la herejía para los ajenos a su círculo. En lugar de «hermanos en Cristo», nos llamaba «hermanos en Platón», como vos mismo me habéis recordado. Había traducido el *Corpus hermeticum*, y resolvía en la continuidad del *logos* la andadura secular de Hermes Trismegisto a Orfeo y de Platón a Cristo. Aristóteles, nos decía, es peligroso, pues su lectura invita a sospechar que para él el alma individual es mortal. Una verdadera filosofía cristiana sólo puede fundarse sobre el pensamiento de Platón.

Estaban solos, y continuaron con su charla. Descubrieron que compartían la idea central del platonismo florentino: la quintaesencia, el espíritu de los elementos, el

hombre *copula mundi*. Sin embargo, el matemático, como ya sabía Leonardo, tenía de ella una visión estática, identificaba el *spiritus mundi* con las formas inmutables de la geometría de Euclides, con las relaciones numéricas constantes que sostienen el armazón del mundo...

–Empiezo a pensar –dijo Leonardo– que debemos identificar la quintaesencia con la Fuerza de la que hablan los físicos.

–Lo que Aristóteles denomina *enèrgheia* –precisó el fraile– y nosotros traducimos como *vis*... Pero mezcláis a Aristóteles con Platón...

–Soy un autodidacta, fray Luca –respondió Leonardo–, poco me importa ser platónico o aristotélico. Lo que me atañe es acordar las palabras a las cosas, dar nombre a los mil fenómenos que observo, moldear la terminología precisa para formularlos. No admito un concepto porque venga de Platón o de Aristóteles. Sólo lo acepto si se ajusta a lo que me sugiere la experiencia. Hace años, un arquitecto de Siena me expuso la cuestión del hombre de Vitrubio. Se trataba de buscar, como hacéis vos con la geometría, las proporciones constantes del cuerpo humano. Esboqué algunas representaciones gráficas del asunto. Luego me dije que el planteamiento era errado. No se debía partir del círculo y el cuadrado, sino de las medidas de hombres reales. Así lo hice. Llevé a muchos a la Corte Vieja, los desnudé, los medí. Mi conclusión fue que no hay un hombre semejante a otro, unos tienen los pies grandes, otros la cabeza pequeña, o las piernas y los brazos cortos. Las medidas de un mismo individuo cambian en función de la postura que adopta.

Se giró hacia su fresco, lo contempló una vez más, incapaz de decidir si era una obra conseguida. Es el drama del artista. Se había abismado en ella hasta tal punto, había consagrado al mínimo detalle tanto tiempo, que ya no sabía mirar su propia obra con la distancia necesaria para emitir un juicio terminante. Soluciones que había imaginado revolucionarias, trabajadas hasta la extenuación, ahora le parecían insustanciales. Necesitaba el dictamen de alguien que contemplara por primera vez su trabajo. Cerró un ojo, levantó el brazo izquierdo, recorrió las ondas que punteaban las cabezas de los apóstoles con el dedo, luego volvió atrás siguiendo el hilo de las manos.

–Así –continuó–, llegué a la conclusión de que intentar deducir al duque de Milán a partir de un teorema geométrico era una empresa vana. La quintaesencia que conforma la naturaleza, lo que denominamos «Fuerza», aunque podéis llamarla *enèrgheia*, o *vis*, si lo preferís, se propaga en los elementos como las ondas en el agua, como el sonido y la luz en el aire, como el vigor en el terremoto o la ira en la tormenta. La materia la contiene, como también nuestros cuerpos, pero crece en potencia cuanto más se la embrida, como el deseo en los seres pensantes y en los animales fuertes. Sólo aspira a disolverse, a regresar al caos primordial. Cuando se la libera, se disipa velozmente. Se dispersa, como las ondas que provoca una piedra arrojada a un estanque. El duque de Milán aspira al poder porque anhela la libertad absoluta, y sólo saciando su deseo puede ser finalmente libre. Libre de autodestruirse.

En agosto, el duque de Milán le regaló un hermoso viñedo junto a Porta Vercellina, demostrándole al fin con tal presente, al cabo de quince años, su aprecio y su gratitud. Cumplidos los cuarenta y cinco, Leonardo llamaba suyo por primera vez a algo que no

fueran ropas o libros. Deseó de corazón, esperando equivocarse en sus presentimientos, una larga vida al duque.

Por desgracia, sus presagios eran ciertos.

El declinar del Moro fue rápido. El engranaje que había puesto en movimiento, llevando a Italia a un rey de Francia, avanzaba contra él de manera incontrolable. Aquel rey, Carlos VIII, había muerto absurdamente. Por accidente, decían. El Domingo de Ramos de 1498, en su castillo de Amboise, mientras paseaba, se había golpeado la cabeza contra un arquivado del techo. Así se contaba, y era en verdad una muerte inverosímil, difícil de imaginar, considerando además que se trataba de un hombre de escasa estatura.

De qué modo inusitado
mueren los reyes en Francia,
si hubiera sido italiano
le habría matado la panza,

insinuó en versos improvisados Cecilia, en ocasión de una inesperada visita a la Corte Vieja. Abandonaba Milán junto a su familia, y deseaba invitar a Leonardo a acompañarlos. Isabella, hermana de la desdichada Beatrice d'Este y esposa de Francesco Gonzaga, marqués de Mantua, les acogería con gusto. En cierta ocasión, la marquesa había rogado a Cecilia que le permitiese admirar el retrato que le dedicara el de Vinci; Cecilia se lo había enviado a Mantua, y la marquesa se sintió tan cautivada que deseaba a toda costa su propio cuadro del artista florentino.

*Lo devolvió en buen estado...
Pero si desea uno suyo,
negádselo de buen grado
sin herirla en el orgullo.*

Milán había dejado de ser segura, en particular para quienes formaban parte del *entourage* del Moro.

Sucedió que Luis de Orleans, como se esperaba, accedió al trono, al tiempo que se autoproclamaba duque de Milán. Era el duodécimo Luis de Francia, y la Liga Santa no tardó en disolverse como nieve al sol. En Florencia, el 23 de mayo, se había despojado de sus dignidades eclesiásticas, ahorcado y entregado al fuego a Girolamo Savonarola, mientras la ciudad permanecía prudentemente fuera de la Liga. El papa Borgia, por su

parte, había intuido grandes oportunidades para su hijo César con el nuevo monarca. Concedió la anulación de su matrimonio al soberano de Francia, que además del trono pretendía como herencia de su difunto cuñado a su hermosa esposa, Ana de Bretaña. Como contrapartida, el Papa obtuvo un buen casamiento francés para su hijo, que en agosto contrajo nupcias con Charlotte d'Albret y se convirtió en duque de Valentinois, siendo conocido desde entonces como «el Valentino». Entretanto, los venecianos negociaban con el nuevo rey el reparto de los territorios del ducado de los Sforza, mientras el pueblo milanés, consumido por los tributos a la carne, el pan y el vino impuestos por el Moro, estaba dispuesto a aclamar, fuera francés, alemán o suizo, a quien suprimiera el odiado *inquinato*.

Los franceses estaban a las puertas. El Moro, tras una última visita a la tumba de su esposa, había sido el primero en marcharse, acompañado de casi toda su corte y de un nutrido contingente armado. Se dirigía a pedir auxilio al emperador, llevándose consigo lo que quedaba del tesoro ducal con intención de equipar a un nuevo ejército. Sanseverino, al mando de las tropas del ducado, aguardaba a los franceses en Alessandria; el capitán Bernardino da Corte, con hombres y cañones (el metal que debía servir para la estatua ecuestre nunca realizada), se aprestaba a resistir en el castillo de Porta Giovia.

–No puedo acompañaros –le respondió Leonardo a Cecilia–. Cuanto poseo está en Milán. También mi viñedo, si lo abandono los franceses se incautarán de él. ¿Y cómo podría llevarme conmigo todo lo que me es necesario? No bastarían cuarenta baúles...

Cecilia se le acercó. Se le humedecieron los ojos.

Le tomó de la mano. Leonardo se sonrojó.

–Cuidaos mucho.

Lo abrazó, le dio un beso en la mejilla, notó que el cuerpo del maestro se tensaba y dio un paso atrás.

–Os echaré de menos.

–Yo también a vos.

Se secó las lágrimas. Vio que también bañaban los ojos de Leonardo.

Al día siguiente, Donino le visitó para comunicarle su partida. Tenía amigos en Roma, intentaría salir adelante en la ciudad del Papa. Todos se marchaban. Fazio Cardano se había instalado en Pavía, en casa de una viuda amante suya. También Marliani estaba en Pavía. Los franceses, guiados por un general milanés, Gian Giacomo Trivulzio, habían llegado a Asti, los venecianos amenazaban la frontera oriental. Salaì, Luca Pacioli y él eran los únicos que aún no se habían decidido.

Cierto día, Leonardo recibió una visita inesperada: Isabel de Aragón, embozada en negro, semejante a un espectro. Viéndola ante su puerta, enmudeció.

–Alteza...

–¿Puedo pasar, maestro Leonardo?

–Disculpad el desorden...

La malograda duquesa de Milán no despertaba simpatía a primera vista. Aun devastado por el dolor, su rostro, que había dejado de reflejar sus treinta años, conservaba el gesto desdeñoso de quien mira a los demás con arrogancia. Desde la

muerte del «duquecito», su vida no había sido en modo alguno placentera, pero su altanería de carácter había aventado sin duda, de manera decisiva, el desarrollo trágico de los acontecimientos. Entrando al piso de arriba, el hedor y la presencia de aquellos objetos cuyo sentido ignoraba le provocaron vahídos. Vio la calavera a su derecha, la enorme ala de murciélago ante ella, y se creyó en un cubil de brujas. De repente, tras un instante de desconcierto, se echó a reír, como si aquel desbarajuste le disipara por dentro una tensión acumulada durante años. Leonardo la invitó a seguirle a su *studiolo* con un gesto.

–¿A qué debo semejante honor?

–Todos se han ido de Milán, y necesito hablar con alguien. En el fondo, siempre había deseado visitaros, pero no es propio de la hija de un rey, ni siquiera de uno destronado, llamar a la puerta de un artista. Ahora no queda nadie, nadie puede vigilarme ni espiarme. ¿Por qué no os habéis marchado aún, como han hecho todos? Los franceses no tardarán en llegar; alrededor de Milán, quizás incluso en la ciudad, se librará una áspera batalla...

–¿Lo creéis así? La última vez que llegaron los franceses, las ciudades italianas, con escasas excepciones, les abrieron sus puertas sin luchar. ¿Pensáis que un pueblo vejado estará dispuesto a dar la vida por un señor que sólo ha sabido sangrarlo por legitimar su stirpe? Os aseguro que en Milán no se disparará un solo cañonazo.

–Pero Sanseverino y Bernardino da Corte son hombres leales...

–Lo serían más con el apoyo de la población milanesa. Cuando Carlos VIII entró en Florencia, exigió una suma enorme por abandonar la ciudad. Ante la negativa de los florentinos, amenazó con el estruendo de sus trompetas de guerra. Pier Capponi, que parlamentaba con él en nombre de la República, le respondió: «Si hacéis sonar vuestras trompetas, nosotros haremos sonar nuestras campanas». Sabía que el pueblo de Florencia estaba a su lado, que si las campanas de la ciudad tocaban a retreta, el rey de Francia se vería obligado a afrontar intramuros una guerra de escaramuzas incierta. Carlos reunió a sus tropas y se marchó. Sanseverino y Bernardino da Corte son sin duda hombres de confianza, pero no ignoran que haciendo sonar las campanas de Milán sólo conseguirían ahuyentar a las palomas. Los artistas pisamos la calle, escuchamos al pueblo llano, calibramos el ánimo de la gente, mientras vosotros os atrincheráis en vuestros palacios...

–Sé que los milaneses amaban a mi marido –respondió la viuda–, al menos antes de que se abandonara a los excesos que todos conocemos...

Leonardo se armó de valor y decidió preguntar sin rodeos:

–¿Quién asesinó a vuestro esposo?

–Su vida de depravación y sus médicos –respondió Isabel–. Si alguien les pagó o no por hacerlo, nunca lo sabremos.

–¿Por qué no os habéis marchado con el duque?

–Me lo propuso, pero me negué. ¿Cómo podía seguirlo, sospechando de él? Prefería enfrentarme a los franceses. Antes de marcharse, me cedió el feudo de Bari, supuestamente de su pertenencia. Pero pienso pedirle a Luis de Francia que entregue el ducado a mi hijo Francesco, su legítimo heredero.

–Para el rey de Francia no hay más heredero legítimo que el rey de Francia. Se proclamó a sí mismo duque de Milán, y reclama además el reino de Nápoles, que fue de vuestro padre y vuestro hermano, y ahora gobierna vuestro tío. ¿Qué esperáis obtener de él? Si yo estuviera en vuestro lugar...

Isabel no le permitió acabar. Se alzó como un relámpago, y con un gesto airado de la mano, le dio a entender que no tenía intención alguna de escuchar cuanto fuera a decirle.

–¿Cómo os atrevéis? No estáis en mi lugar, ni lo estaréis nunca. Y haréis bien en permanecer en el vuestro. Son asuntos de reyes, ¿qué podéis saber vos de eso?

Se marchó, encopetada y altiva. Fue la última vez que la vio.

Los franceses no tardaron en llegar ante las puertas de Milán. Todo sucedió como Leonardo había previsto. Sanseverino les permitió entrar en Alessandria sin oponer resistencia, y Bernardino da Corte, a cambio de una considerable suma de dinero, arrió los puentes levadizos del castillo sin disparar un solo cañonazo. Cuando vio la munición y los cañones de los que el capitán disponía, que le hubieran permitido resistir durante meses, Luis XII pensó que había hecho un buen negocio. El bronce de la malograda estatua ecuestre no había servido, a la postre, para nada. Los ballesteros gascones del rey se sirvieron del gran caballo de arcilla, aún en la plaza de armas del castillo, como diana para una competición de tiro, haciéndolo añicos. Pero al saber que el rey, tras contemplar su *Última cena* en Santa Maria delle Grazie, había quedado tan impresionado que pretendía cortar la pared para llevarla a Francia, Leonardo decidió intentar un acercamiento a la corte. Pensó en hablar con Jean Perréal, pintor oficial del rey, al que había conocido en 1494, con motivo de su llegada a Milán con el séquito de Carlos VIII. Pero después de su visita, comprendió inmediatamente que sólo sería para el pintor de corte un temible rival.

Hizo nuevas tentativas, pero en vano. Cierta día, mientras se hallaba en la Corte Vieja con Salai y fray Luca, se mostró de acuerdo con el matemático en que había llegado la hora de marcharse.

–¡Salai! –llamó. El aprendiz asomó la cabeza por la puerta del *studiolo*.

–Salai, vende todo lo que puedas del material de la fábrica y prepara tus baúles. Nos marcharemos lo antes posible.

–¿Para ir a dónde?

–A Venecia –respondió fray Luca.

–A Florencia –dijo al mismo tiempo Leonardo.

–¿Y qué vamos a hacer en Vicenza? –preguntó Salai.

* * *

Todo estaba listo, Leonardo había reunido sus pertenencias en tres baúles, sus libros, su ropa, apenas un par de cuadros. No esperaba aquella última visita.

–¡*Monna* Cecilia! ¿De nuevo aquí?

Se abrazaron en la puerta.

He vuelto a Milán en veste
de dama de Isabella d'Este,
que a son de vihuela y cajas
al nuevo duque agasaja...

»Quiero decir que el rey Luis la invitó a un baile que tuvo lugar ayer en el castillo, donde nosotras fingimos divertirnos mucho. Salvo por la enojosa usanza de los soberanos franceses de obligar a los comensales a celebrar de pie sus banquetes. En los que, por lo demás, se come mal, sin tenedor, con las manos... Regresamos a Mantua a principios de la semana entrante.

–¿Permitiríais que me uniera a vos?

–Nada me haría más feliz.

–Me acompañan un aprendiz y un franciscano.

–Prefiero a los dominicos, pero me contentaré.

Isabel de Aragón, entretanto, había logrado que Luis XII le concediera audiencia para defender su causa. Tras referirle todas las desgracias padecidas, las muertes de su marido y su padre, su exclusión en la práctica de la corte ducal, relegada junto a su hijo entre Pavía y la Corte Vieja, tras declararle todo el odio acumulado durante años contra el usurpador del gobierno de Milán, le suplicó la gracia de concederle a su hijo Francesco la regencia del ducado en su nombre. Al rey le maravilló que aquella incauta dama le ofreciera en bandeja de plata la ocasión de deshacerse de un posible pretendiente futuro. La calmó con hermosas palabras, le aseguró que se ocuparía personalmente de la tutela de su hijo. Y no faltó a su palabra. Francesco fue alejado de su madre y enviado al otro lado de los Alpes; tras su confinamiento en un monasterio, no hubo más noticias suyas. Isabel, después de tantas privaciones, despojada al cabo de su único hijo varón, se marchó con sus dos hijas a ejercer de duquesa de Bari.

Leonardo reflexionaba sobre tales acontecimientos. La *enèrgheia* o *dýnamis*, la fuerza, en suma, una única fuerza o potencia, actuaba en el macrocosmos y en el mundo menor, en el compendio de universo que todo hombre es. Una única energía que aspira sólo a extinguirse, a regresar al caos primigenio. Una fuerza que al ser retenida se acumula, se vuelve devastadora y porfía por destruir cuanto se opone a su apagamiento. Creía ver un principio único actuando en el mundo animado e inanimado. Tal era la quintaesencia. Las tempestades, las masas de aire que arrasan todo a su paso, el furor de los seísmos, las crecidas de los ríos, la ira del mar cuando la tensión de los elementos se acumula y se libera de pronto en abruptas galernas, las decisiones extemporáneas de los príncipes, los ejércitos que arruinan las cosechas, los actos aparentemente irreflexivos de gentes comunes. Todo le parecía animado por una sola *dýnamis* que sólo quiere consumirse, deshacerse donde le sea posible, como las ondas en el agua y en el aire, los sonidos, el calor, los colores, la vida. El duque, el «duquecito», Isabel de Aragón, Savonarola, todos: el *cupio dissolvi*, un poderoso anhelo de autodestrucción, tal era el significado profundo de los acontecimientos, de todo, o al menos de lo que ocurría en Italia en aquel decimoquinto siglo que ya agonizaba.

Pero había algo que no conseguía explicarse: la vitalidad inagotable de Cecilia, de sus amigos más queridos, el afán de reiterarse en otra vida que animaba a todos sus semejantes, a cada uno de aquellos compendios imperfectos de universo, incluso a los que como él, como Donino, como fray Luca, nunca sembrarían hijos sobre la tierra, consumidos sin embargo por un mismo afán de dejar traza de sí mismos a generaciones futuras, consagrandó mil noches insomnes, febriles, a la solución de un problema, a suprimir una traba mental para quienes les seguirían, a recopilar el saber de los antiguos, perseverando en enriquecerlo, depositando cada nueva conquista en libros, creando sabiduría, desbrozando los caminos del futuro. ¿Cómo explicar todo eso?

Todo universo viviente se redobla en otros universos posibles antes de que su energía se agote. Se prometió estudiar cómo el alma de la madre se transmite al feto a través del cordón umbilical. Cada misterio abría la puerta a otro, la llama consumía lentamente la vela, se despertaba en mitad de la noche con la cabeza entre las manos, con las manos en el folio, el folio sobre la mesa, a oscuras, sin haber fondeado en puerto alguno.

—¿A dónde vamos, entonces? —le preguntó Salai cuando la enorme sala estuvo casi vacía.

—Por ahora, a Mantua, después se verá.

Viajaron con la marquesa de Mantua y su comitiva. Atravesaron la bruma y las tierras bajas, canales, sendas, calimas, las vías navegables del Mincio. Fueron huéspedes temporales en el palacio de Marmiolo, residencia de campo de los Gonzaga, pocas millas al norte de la ciudad, en el corazón del gran parque de caza de Francesco II, esposo de Isabella. El marqués en persona les recibió con los brazos abiertos, en particular a fray Luca, al que ya habían conocido su hermano Giovanni y su hermana Elisabetta en Urbino. Por la mañana, el resto del grupo, con la marquesa y Cecilia, partieron temprano hacia Mantua.

Isabella d'Este parecía entusiasmada. Siempre había envidiado a su hermana Beatrice, menos capaz e inteligente que ella, aunque de mayor bondad, convertida por un golpe de fortuna inopinado en duquesa de Milán, en el epicentro de una corte opulenta, mucho más abastecida que la que el matrimonio con un Gonzaga le ofreciera a ella. Sin embargo, a modo de testimonio de que la envidia es en general un sentimiento inútil, todo había acaecido de aquel modo: su hermana había muerto prematuramente, los Sforza se habían visto obligados a dejar Milán, y una representación ilustre de aquella lujosa corte se trasladaba ahora a Mantua. Muy pronto acogería al pintor y al matemático en el castillo de San Giorgio, su morada en la ciudad. Deseaba un recibimiento con todos los honores, y para ello necesitaba algunos días. Verían en ella a la dama más sabia, avezada, culta y refinada de Italia, que habría brillado con mejor suerte, aunque mujer, a la altura del Magnífico florentino y del Moro milanés.

Por lo demás, maese Luca y Leonardo conocían su fama, sabían ya de su buen gusto y su cultura artística y literaria, de su destreza en latín y música, de su conocimiento del griego antiguo, de su pasión por el arte clásico y moderno, de su avisado mecenazgo. Y en parte les intimidaba, pues también se la decía de carácter exigente e intransigente, de marcada personalidad, que en lugar de permitir que emergiese libremente el talento de los artistas que la rodeaban, tendía a imponerles una doctrina cultural e iconográfica precisa, a dictar contenidos y reglas, a embridar la índole de sus cortesanos, hombres de letras o pintores, en matrices que sólo eran suyas. Leonardo temía además que pretendiera de él un retrato, ciertamente más hermoso que el de *monna* Cecilia, aun siendo la marquesa una mujer poco agraciada y con fama de irascible, que acababa despreciando a los artistas que acometían tal empresa por dos motivos opuestos: por no retratarla bella o por pintarla poco semejante.

Decidieron destinar aquellos días en Marmiolo a aprontar un presente para los marqueses que les acogían, como era costumbre. El fraile, insuperable en el juego de ajedrez, se entregó a completar un *De ludo scachorum* destinado en su día al Moro, en el

que proponía a los señores de Mantua un centenar de esquemas de juego con la táctica agresiva, «la furibunda», que le había permitido desarbolar a los mejores jugadores milaneses, incluido Bartolomeo Turro, el mejor de todos, a quien el señor de Milán había ordenado desplazarse desde la fortaleza cuyo gobierno le encomendara para retar al indómito franciscano.

Leonardo dio instrucciones a Salaì para que ilustrara el pequeño tratado, mientras él acompañaba al marqués Francesco, que le mostraba las estancias y los fastos de su palacio preferido, la Sala de los Bárbaros, con los retratos a tamaño natural de sus caballos de batalla y los de raza *gonzaghescas*, que él mismo criaba, o sus aposentos privados, con lozas de Pésaro decoradas con las enseñas y blasones de su linaje.

El marqués no dejaba de hablarle de la batalla de Fornovo contra Carlos VIII, rey de Francia, en 1495, en la que él mismo, al frente de las tropas de la Liga Santa, había logrado una victoria en su opinión incuestionable, hasta el punto de hacerse celebrar por los pintores y poetas de su corte como un nuevo César, verdugo de la perversa obstinación del invasor Galo. Salvo que, según el juicio no menos irrefutable de los veteranos franceses a los que Leonardo había escuchado en Milán, la batalla de Fornovo la vencieron ellos, como venganza del Franco, invicto sobre suelo itálico, sobre la altiva arrogancia de su remoto invasor Latino.

Aunque lo más probable fuera que en Fornovo no hubiera vencido nadie. Por lo que él sabía, el ejército de la Liga disponía de una abrumadora superioridad numérica, y sin duda habría ganado el día si los estradiotes albaneses hubieran cargado, como debían, contra la primera línea del ejército francés, en lugar de asaltar los carros que transportaban el ingente botín acumulado por Carlos VIII en su campaña de Italia, y si los milaneses hubieran cortado la retirada a los franceses en fuga, en lugar de permitirles el paso para que el Moro pudiera firmar con el rey de Francia su propio tratado de paz. Así, las tropas transalpinas, consumidas por un nuevo morbo que los napolitanos llamaban «mal francés» y los franceses «mal napolitano», se habían retirado sin demasiadas bajas: la Liga podía contar más, y mientras los estradiotes supervivientes se enriquecían desmesuradamente, el propósito de propinar una sonora lección al cacareado Galo o Franco se había quedado en agua de borrajas. Hasta el punto de que los franceses habían vuelto a la carga menos de cinco años después, y el Moro había sido el primero en tener que marcharse.

Pese a ello, y aunque su interés por los caballos de raza *gonzaghescas* fuera más de índole estética que agonística, Leonardo prefería compartir su tiempo con el marqués y sus relatos, pues cuando paseaba solo entre la densa bruma que envolvía invariablemente el enorme parque de Marmirolo, le invadía una desgarradora melancolía. Pensaba en sus dieciocho años milaneses, en la escasa huella que había dejado en la ciudad, en las mil ocasiones perdidas, en el triste final del caballo inconcluso que debía asegurarle la gloria, en la inquietud por la improbable conservación de la única gran obra que había concluido, aquel fresco experimental de Santa Maria delle Grazie que, sin embargo, a lo que parecía, ya duraba más que el duque que se lo había encomendado.

Y pensaba en el delito que no había sabido desentrañar, en los misteriosos libros

robados que habría deseado tener en las manos, en el cuerpo desnudo y sin vida de Pierleoni sobre el mármol del Hospital Nuevo, en el pobre diablo ahorcado en lugar del asesino. Un oprimente sentimiento de extravío le atenazaba al pensar en el futuro, en su vida otra vez por hacer. «Leonardo el inacabado», «Leonardo el inconcluyente», así se le conocería si la historia guardara memoria de su nombre. Demasiadas pasiones para adentrarse hasta el final en una sola. Demasiados libros que escribir en su cabeza para llevar a término uno solo.

Al cabo de una semana, fueron conducidos a Mantua y alojados en el castillo de San Giorgio. Isabella les acogió con un gran recibimiento al que asistió toda la nobleza mantuana. Ella en persona tocó unpreciado laúd que había mandado traer de Venecia, y cantó rimas de estilo petrarquesco compuestas por algún poeta de corte y musicadas por ella misma. Era sin duda una dama fascinante, no muy alta y tal vez ya no hermosa por demasiado rotunda, con el mentón constreñido por un acopio de carne que lo duplicaba. Había en sus ojos algo altivo e inaccesible, acaso deliberado, que mantenía a los demás a distancia. Pero cantando y con un instrumento en las manos parecía más bella: suelta en la música, abismada en las palabras, iluminaba su rostro una quieta añoranza, y no era ya señora ni árbitro de la elegancia, sólo mujer, infinitamente, de un modo que parecía invitar a amarla.

Duró poco. Apenas concluyó su canto, fue de nuevo la marquesa. Siguieron danzas, luego llegó el momento de las declamaciones. El poeta de corte Antonio Tebaldeo recitó versos de alabanza en tercetos dantescos:

Magnánima, sabia Isabella, alma
en que no halla el defecto nido alguno,
de Ferrara y nuestra Mantua palma...

Leonardo se dijo que era más fácil retratar a las amantes de duques y marqueses que a marquesas y duquesas. A continuación, el ferrarés recitó un poema pastoril en latín que hizo dormir al marqués Francesco y bostezar a la mayoría de los presentes.

Días después llegó el momento tan temido: Leonardo se vio obligado a ceder al deseo de la marquesa de poseer un retrato suyo. Ambos se retiraron, con Cecilia y dos criados, a una sala muy luminosa del castillo. Leonardo expuso su idea: para otorgar movimiento al cuadro, como había hecho en el retrato de la dama del armiño, pintaría una torsión de la cabeza con respecto al busto, y tal vez de las pupilas con respecto al rostro en posición frontal. Le habría gustado representarla con el laúd en la mano, mientras cantaba.

–De ninguna manera –anunció con severidad Isabella d’Este–. Debéis retratarme de perfil.

–¿De perfil?

Le pareció una idea absurda. ¿Cómo mostrar los matices psicológicos más imperceptibles de un rostro humano, sus más sutiles ambigüedades, en un retrato de perfil?

–El rostro indudablemente de perfil, el busto a vuestro gusto, sin instrumentos musicales –respondió con determinación la marquesa–. Me asombráis: ¿ignoráis acaso que los reyes y los príncipes deben retratarse de perfil?

Como había temido, la marquesa pretendía que fuera sólo un brazo ejecutor. Comenzó a abocetar el dibujo al carboncillo. No renunció a su idea de la torsión del cuello, representó el busto casi frontalmente y el rostro de perfil, las manos en el regazo. Buscó un compromiso para la papada, la adelgazó cuanto pudo sin forzar la semejanza. Luego se concentró en las manos, más bien rollizas y carnosas. Pero a su espalda estaba Cecilia, cuyas espléndidas manos copió con la esperanza de que Isabella no se percatase.

Concluido el boceto preparatorio, la marquesa se mostró satisfecha. Luego enseñó a Leonardo sus colecciones de arte y objetos preciosos. Se demoró con él largamente, le habló de su pintor de corte, Andrea Mantegna, que por desgracia se hallaba en Ferrara, trabajando en los frescos de la tribuna del Duomo. Le mostró sus pinturas de la *Camera picta*, el óculo con el falso cielo en el techo, y después el apartamento de la Gruta del torreón de San Niccolò, su *studiolo* en el primer piso, donde el pintor de Padua realizaba para ella una serie de obras alegóricas de las que por el momento sólo había concluido una, *El Parnaso*, y bajo el *studiolo*, la Gruta de bóveda de cañón, con sus estantes que cobijaban los objetos preciosos de las colecciones de la marquesa, los camafeos, que adoraba, en especial uno muy antiguo con los retratos de perfil de Augusto y Livia (que hizo entender a Leonardo el motivo de su insistencia en hacerse representar de tal modo). Y también sus alhajas de oro, y algunas obras de enorme valor del *aurifabrum* milanés Caradosso, un orfebre al que Leonardo conocía y apreciaba, para el que había diseñado incluso varias joyas (también a eso se había dedicado en Milán). Admiró un par de medallones que repetían el perfil de Isabella, objetos de vidrio, jarrones, piedras duras, un tesoro de valor inestimable.

Por fortuna, se dijo, había dejado a Salai ocupado en tratar de seducir a un par de doncellas de la marquesa, de lo contrario se habrían visto obligados a abandonar Mantua esa misma noche. Su aprendiz era incapaz de resistirse a ciertas tentaciones, y por más que cumplidos los veinte hubiera dilatado su órbita de intereses, ante tanto regalo del cielo no habría dejado escapar la ocasión de aligerar el tesoro de los Gonzaga de sus piezas más preciadas.

A la mañana siguiente, Leonardo decidió pasear por la ciudad. Deseaba admirar la famosa capilla de Santa Maria della Vittoria, que albergaba otra obra de Mantegna que conmemoraba la «victoria» de Fornovo, en la que el artista había pintado a la Virgen sobre un trono de mármol, en un ábside floreal con hojas y frutas, en el acto de bendecir a un Francesco Gonzaga sonriente con armadura y sobreveste. Así se lo habían referido, y ahora caminaba por la ciudad con la cabeza erguida, más atento a los edificios que a las gentes con las que se cruzaba. De repente, se sintió perdido, y al bajar la mirada comprendió que estaba en una judería, no porque los hebreos de Mantua llevaran signos distintivos como en otras ciudades de Italia, sino por sus atuendos y por el modo en que algunos peinaban la barba. Preguntó a quien tenía más cerca cómo llegar a Santa Maria della Vittoria, a lo que el hombre se giró indignado sin molestarse en responderle.

–¿Sois forastero, señor? –le interpeló una voz a su espalda.

–¿Cómo lo habéis sabido? –respondió, dándose la vuelta.

–Habéis preguntado a un judío por Santa Maria della Vittoria.

–¿Qué motivo hay para no hacerlo? No tengo nada contra...

–Santa Maria della Vittoria se construyó con el dinero de un banquero hebreo que ahora vive casi en la indigencia.

Quiso conocer la historia. Daniele da Norsa, tal era el nombre del banquero judío. El pecado intolerable que lo condenó fue cancelar, en la casa a la que se había mudado, un fresco de Virgen con santos no demasiado logrado. Lo cubrió con su blasón hebreo, acto gravemente impío. El obispo de Mantua, Sigismondo Gonzaga, hermano del marqués, le amenazó con la horca si no restauraba de inmediato la sacra pintura. Pero él no tuvo ocasión de hacerlo, porque en tanto una turba furiosa había reducido a escombros su casa y también ambos frescos, el inicial y el que lo cubría, mientras le despojaba de todos sus bienes.

–Sólo cabía colgarlo –dijo el hombre, al que aún no identificaba como judío o cristiano.

–Pero a su regreso de la batalla de Fornovo –continuó–, el marqués, con la grandeza de alma que lo distingue, le conmutó la muerte por una cuantiosa multa con la que financió la capilla y su decoración. Supongo que ahora entenderéis mejor la hostilidad de los judíos hacia esa pequeña iglesia, y comprenderéis del todo al hombre a quien preguntasteis si os digo que, casualmente, responde al nombre de Daniele da Norsa...

–Lo lamento –respondió Leonardo–. Y vos, ¿sois judío o cristiano? No sabría decirlo...

–Yo tampoco de vos –respondió el hombre, y se alejó tras saludarle con un gesto de la mano.

Perdió el deseo de contemplar la pintura y la iglesia.

Pasó el resto de la jornada en sus aposentos del castillo, sin hacer nada, meditabundo, abandonado a la melancolía que le afligía cuando estaba solo durante aquellos fríos días de Mantua. Alguien llamó a su puerta como lo hace el destino: tres golpes acompasados, resueltos. No era el destino, era Cecilia Gallerani. Pero quién sabía.

La invitó a entrar. Sucede a veces que las personas irrumpen en nuestro espacio como si fueran la materialización de nuestros sentimientos. Cecilia mostraba en el rostro una expresión que parecía dar forma a la inquietud que devoraba aquellos días a Leonardo. Entró sin pronunciar una sola palabra, caminó nerviosa por la estancia, vio el caballete con la tabla sobre la que el pintor había reproducido con el cisquero, picando el dibujo preparatorio, el perfil de la marquesa.

–No pintes el retrato de Isabella d’Este –suplicó.

Leonardo aguardó un segundo verso, un doble senario con la rima en *-este*, pero en vano.

–No estoy de humor para rimas –dijo Cecilia, leyendo sus pensamientos.

Él notó la novedad del tono, y quiso asegurarse:

–Me habéis... Me has tuteado, es la primera vez desde que nos conocemos...

–Entre una modelo y el autor de su retrato –dijo ella– se crea en ocasiones una

intimidad que ni siquiera una prolongada frecuentación amorosa es capaz de alumbrar.

Él buscó su mirada, le pareció que nunca había visto en ella una belleza tan profunda. Cierta turbación serena, una sonrisa triste, una lava imprecisa de emociones contrapuestas que le surcaban el rostro.

—¿Lo recuerdas? —continuó ella—. No hablábamos nunca. Nos envolvía un silencio de tumba mientras posaba. Tú fijabas tu atención, yo te observaba mientras me pintabas: gozaba de un privilegio que, a muy pocos, acaso a nadie más, le será concedido. Te he contemplado, te he admirado, en los únicos momentos en que eres realmente tú, te he visto espiritualmente desnudo, como se está sólo en el acto de crear. Y al mismo tiempo era el objeto de tu atención de artífice, espiritualmente desnuda ante ti yo también, como si nada hubiera existido antes y mi historia comenzara allí, en trance de ser creada *ex novo* en tu taller de artista. Nos dijimos muchas cosas en esos silencios... Sé que es estúpido, pero he venido a montarte una escena de celos, estoy celosa como nunca lo he estado del Moro ni de mi esposo. Isabella no es Lucrezia Crivelli. No pintes ese retrato; no me traiciones, Leonardo, te lo suplico. Mi irremediable desgracia caería sobre tu conciencia.

Vio su mano derecha tensándose hacia él, sus dedos góticos y esbeltos como una catedral de otro tiempo, casi animados de vida propia, la vida inmaterial y aérea de los anhelos menos confesables... Aquella mano que había amado tanto...

Lo atenazaba el miedo.

Sabía muchas cosas, pero de su propio deseo lo ignoraba todo. Desde la pubertad, sólo estaba habituado a reprimirlo. ¿Alguna vez había deseado a una mujer? Ciertas imágenes de su adolescencia confusa retornaron de repente a su memoria. Francesca, sí, la segunda esposa de su padre, casi coetánea suya, apenas uno o dos años mayor que él: Francesca era la primera mujer, tal vez la única, por la que recordaba haber sentido, entre los trece y los catorce años, una atracción ardiente y culpable. Su padre debió reparar en ello, pues prefirió enviarle al taller de Verrocchio antes que tenerle en casa. ¿Fue un escarmiento? Francesca había muerto muy joven, como parecía ser el sino de todas las esposas de su padre. También el de la tercera, Margherita, que se lo comía con los ojos, llegada a su casa con diecisiete años, cuando él tenía veintitrés y su padre había pasado los cincuenta, muerta a los veintiocho durante su séptimo e infructuoso parto. Aunque no el de la cuarta y última, desposada cuando él ya estaba en Milán, y que tal vez por ese motivo aún vivía...

La atracción erótica, pensaba desde entonces, es una fuerza desmedida, devastadora si recíproca e imposible, mortífera como un derrumbamiento o un río desbocado a su paso por la ciudad. Había vivido desde entonces en aquella extraña suspensión del deseo. Ahora sentía pavor, algo terrible parecía aflorar a la superficie desde lo más hondo, con la fuerza de una prohibición imprescriptible, como una culpa inextinguible o un castigo bíblico. Todo deseo, sabía oscuramente desde entonces, es apetito de muerte.

No tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos.

Cecilia lo empujó contra la pared, le asió con fuerza la cabeza hasta fundir sus labios con los suyos. Lo besó con furioso arrebató, como se aferra un apestado a un tenue atisbo de esperanza. Él no se movió, no opuso resistencia. Se dejó guiar por un saber

que le era ajeno. El arte, la vida, los desagravios inesperados que en ocasiones mutuamente se regalan...

Después murió, como se muere siempre entonces, como es normal. Se preguntó si en la verdadera muerte nos abandonamos a una ebriedad semejante, a un vértigo de desmayo y estremecimiento como aquél.

Era una de sus obsesiones, ver cómo muere la gente.

Cuando le entregaban a aquellos pobres moribundos para que los diseccionara...

Sólo un par de ellos, entre tantos, tuvieron tan buena muerte.

Magnífica señora Cecilia, amadísima diosa mía,

Os te os escribo por declararteos el motivo de mi abrupta partida de Mantua, con Salai, mi aprendiz, y fray Luca, el matemático, sin prevenir más que a sus Altezas de imperial investidura, los señores Gonzaga.

Gran error fuera, gravísimo error

Dulce error fuera

Nunca debimos, adoradísima mía, nunca debimos iniciar siquiera

Debes saber Sabed que me sois querida, la más amada entre todas. Nada me da mayor solaz que vuestra presencia, vuestra gracia dispensadora de vida, nada más duelo que partirme de vos. Pero obligaciones de la mayor urgencia

Sentí temor, es la verdad, sólo sentí temor

No me marché, huí. ¿De qué? ¿De vos? ¿De mí?

Soy miserable y vil

Un sodomita, debéis saberlo

Sois mujer unida en matrimonio, magnífica Cecilia. ¿Qué destino aguardaría a nuestro vínculo? Tenéis un hijo del Moro, dos más de vuestro legítimo cónyuge. Si naciera algún fruto, Dios no lo quiera, de nuestra Vuestro esposo es conde, puede garantizaros a vos y a vuestros hijos un porvenir sereno, con sus bienes y su feudo de San Giovanni in Croce. ¿Por qué habríais de poner en peligro todo con un hombre como yo, que otra cosa no posee que su persona, y acaso el talento que con sobrada benevolencia del mundo y escaso aprovechamiento suyo se le atribuye? Yo mismo no sé qué hacerme de mi vida, como prófugo vago sin meta por Italia en busca de un nuevo príncipe a quien servir dignamente, midiendo mis peregrinaciones futuras por evitar los ejércitos en marcha que prometen dar al fuego, hasta donde alcance la vista, la entera península. Francos de un lado, venecianos de otro, tropas del emperador con el Moro e infantes suizos que regresan a Milán, francos y españoles en Nápoles, y entre unos y otros el Valentino con el Papa padre, que llegado en pos del Luis de Francia, se propone hincar ahora la semilla de los Borgia en el corazón de Italia...

Mantua misma, mi amada Cecilia, ¿es en verdad segura? El noble marqués Francesco, a quien Dios proteja, sirvió hasta hace apenas dos años a los venecianos, siendo cuñado del Moro, y ahora los venecianos y el Moro son enemigos. Los Gonzaga han rendido honores al rey de Francia como nuevo duque de Milán, y el Moro amenaza con volver

con tropas a sueldo a tierras germanas. ¿Cómo saldrá del brete el marqués, aliado de ambos contendientes? Si la Fortuna os diera la espalda, adorada señora, os aconsejo que vos y vuestra familia sigáis mi senda hasta la patria de los Dogos, hacia la que nos encaminamos.

Cuántas lágrimas vertidas antes de

Por más pesar que me causase, dejar Mantua era lo único sensato. Poco honor habría hecho a la cordura, abandonándome a cuanto en el mundo más que ninguna otra cosa deseo. En poca estima habría de tenerme sabiéndome un día el artífice, no de la mía, sino de vuestra desdicha.

Decidme que no, decidme que me seguiríais a donde fuese, a cualquier coste, decidme que vos y yo

Los hijos, mi señora Cecilia, debéis mirar por vuestros hijos

Por lo demás, en Mantua, en tanto viva Mantegna, tienen ya a su artista máspreciado, y no es mi intención, en modo alguno, robarle el trabajo. Como os digo, nos dirigimos a Venecia, donde fray Luca posee amigos y valedores. Sabe de pintores de prestigio a los que puedo presentarme, conoce a miembros del Consejo Mayor, mantiene relación con los filósofos de la escuela de Rialto, y espera dar a la estampa su libro, ilustrado por mí, sobre la divina proporción. Venecia es por el momento más segura que Mantua, por su alianza con los franceses, y porque el Moro, en su estado, no puede causarle mal alguno, pues dicha bastante sería para él recobrar Milán.

Nil nisi divinum stabile, sunt cetera fumus.

Desearía tanto volver a abrazaros un día, concluidas estas errancias

Os abraza, anhelando lo mejor para vuestra persona, afectuosísimo de vos, vuestro

Leonardo V

Volvió a leerlo. «No», pensó, «no hay nada que *monna Cecilia* ya no sepa».

Arrancó el folio y lo arrojó al hogar.

Lo contempló mientras se retorció en pasto a las llamas.

—¿De qué materia está hecho el fuego? —se preguntó.

Mil interrogaciones más en su cabeza.

¿De qué materia está hecho el sol?

¿Qué combustible arde en el deseo de un hombre?

Segunda Parte

*En un arca en el monasterio:
un libro de ingenios con la muerte fuera
un libro sobre las medidas de Battista Alberti
libro de Filón sobre las aguas
libro matemático de Urbino
libro de anatomía.*

(De los cuadernos de Leonardo da Vinci)

A día veintisiete de marzo de 1500 comienzo este nuevo cuaderno.

Tú, Leonardo de ser Piero da Vinci, aunque de híbrido y profano connubio –pero, ¿qué hay en verdad de sacro en el hombre y la mujer a los que, no la fuerza impetuosa de la madre naturaleza, sino conveniencias de sociedad, o cálculos de la razón a menudo errados, llevan a ayuntamiento?–, tú, Leonardo, si deseas dar buen uso a tus días terrenales, como quiera que estos fueren, has de estudiar, por experiencia y por ciencia, las leyes matemáticas del movimiento de los cuerpos, y qué sean la fuerza y la quinta esencia, espíritu de los elementos, y qué sean el peso y la percusión, y de qué nazcan y dónde vayan a morir, en las cosas y entre los humanos, la violencia y la libertad.

Cuatro son los elementos de la naturaleza, esto es, los estados de la materia visible: uno es el líquido o acuático, otro el ígneo, otro el aéreo, como el aire y las exhalaciones que en él se dispersan, y el último el sólido, como la tierra y las más de las cosas pesantes que la ocupan. Tierra, agua, aire y fuego, como decían los antiguos. Y de igual modo el hombre –al que los antiguos llamaban «el mundo menor»– está hecho de semejante materia, carne, líquidos, aire y calor. Y la quinta esencia, espíritu de los elementos, ánima del mundo, a los cuatro igualmente impregna, como los deseos y otras virtudes espirituales animan y constriñen a perpetuo movimiento el cuerpo humano y de los animales vivos.

Has de estudiar asimismo cómo se manifiesta tal quintaesencia en la Fuerza, o en el peso, al que parece asemejarse. Salvo que es deseo del peso ir hacia el centro del mundo por la senda más breve, y el deseo de la Fuerza no es otro que su propio desmoronamiento. Y la quintaesencia impregna los cuerpos insensibles en manera igual que al humano, cuya alma constituye. Los cursos de agua son las venas, el océano mar el corazón, las piedras duras los huesos, la tierra los músculos y la piel del gran cuerpo del mundo. Salvo que al cuerpo de la tierra faltan los nervios, pues no se mueve con conocimiento, y por tal razón no le son necesarios.

Puesto que el hombre, «mundo menor», microcosmos, es modelo del mundo.

Y si deseas conocer a fondo la naturaleza de la Fuerza, observa cómo una piedra, arrojada al agua, es causa de varios círculos que tienen por centro el lugar percutido. Has de saber que del mismo modo obra el sonido, que se esparce en el aire como las ondas circulares en el agua. Y así ocurre ciertamente con la luz del sol, pues si se camina a lo largo de un río mirando el reflejo del sol en él, por todo el trecho de orilla que se ande parecerá que el sol nos camine al lado. Y en ello se ve que la fuerza del sol es toda en todo y toda en cada parte. Así, circularmente, se difunden infinitos los simulacros visibles de todo cuerpo puesto en aire luminoso: todos en todas partes y todos en cada parte.

Observa también los círculos que hace una piedra al caer al agua, que se amplían hasta perderse: del mismo modo sucede con los sonidos y las voces, que quebrándose

circularmente se difuminan, hasta que a larga distancia no se oyen, y en tal manera se dispersa el calor, y los contornos visibles de las cosas, y sus colores, que a larga distancia van mudando, y mezclándose al azul del aire. Todo, aquí abajo, parece correr hacia su propia disipación, la Fuerza se pierde, los sonidos se desvanecen, la visión del paisaje se difumina. Pues todo ansía volver como a su patria al caos primero. Tanto desea la luz la polilla que se deshace en la llama, y del mismo modo el hombre, que aguarda siempre con dicha una nueva primavera, y más tarde el verano, y nuevos meses y años, no advierte que cuanto anhela con afán es su propio acabamiento.

La Fuerza es, pues, una energía invisible, causa del movimiento también de las cosas insensibles, a las que da apariencia de vida. Constriñe a todo lo creado a mudar de forma y sitio. Sólo porfía por deshacerse. Si un obstáculo se le opone, frena y se hace potente, y sólo desea aniquilar el obstáculo, como se ve en el ímpetu devastador de las inundaciones de los ríos, que al acumularse destruye los diques más recios; pero si se la deja libre, la Fuerza se dispersa y se extingue con celeridad. Tal es su naturaleza: la tardanza la hace grande, la rapidez la hace débil. Gran potencia le da gran deseo de muerte. Derriba furiosamente cuanto se opone a su apagamiento. Se consume a sí misma de buen grado. Sólo ansía hacerse débil y extinguirse.

Nace en la violencia, y en libertad muere...

Has de estudiar también las leyes del peso, cómo las aves pesadas lo vencen con el movimiento rápido de las alas y la percusión con que condensan el aire bajo ellas, y cómo planean con las alas abiertas, por qué tanta fuerza contra el aire se hace con la cosa, y cuánta puede hacer contra la cosa el aire. Has de estudiar el vuelo de los pájaros, con batir de alas y sin él, a favor del viento y en su contra, has de estudiar a los volátiles, que son máquinas matemáticas, su anatomía y la de sus plumas, la ciencia de los vientos y la resistencia al aire, y también el movimiento instrumental, si el hombre puede volar provisto de ingenios que copien las alas de las aves, o planear con alones de tela ligera encostrada, de anchura y longitud de doce brazas, o moverse en el aire en tornillos de tela de lino y alambre hechos girar vertiginosamente.

A propósito del peso: ¿y la Luna? ¿Cómo se mantiene en suspensión la Luna? Si es un cuerpo grave, ¿por qué no cae? Y si carece de peso, ¿por qué nos parece densa? Si la Luna está hecha de los cuatro elementos de nuestra materia, debe sostenerse necesariamente sola en el espacio de allí arriba, como hace nuestra Tierra en el espacio de aquí abajo, y ha de tener su gravedad como nosotros tenemos la nuestra aquí abajo.

Y si el Sol no se moviese...

Has de estudiar, Leonardo, si deseas dar buen uso a tus días terrenales, como quiera que estos fueren. Pues de la misma manera que una jornada aprovechada trae buen sueño, es de esperar que una vida bien gastada nos traiga una buena muerte.

–Salai y yo volvemos a Florencia.

Fray Luca se dio la vuelta, sorprendido.

Eran los primeros días de marzo de 1500, se alojaban en Venecia desde hacía unos meses y el fraile esperaba publicar su *Divina proportione*. Ensayaban, para la impresión de las figuras de Leonardo, la nueva técnica al aguafuerte sobre placa metálica con artistas de Augsburgo en el *Fontego dei Tedeschi*, en Rialto. Habían dispuesto otra copia manuscrita de la obra, con idénticas ilustraciones, como regalo para Pier Soderini, el hermano del obispo de Volterra, conocido de ambos, convertido en el político más importante de Florencia tras el suplicio de Savonarola. La hipótesis de partir hacia Toscana había estado en sus pensamientos, pero el franciscano se sentía en casa en Venecia, durante aquellos días impartía lecciones en la escuela de Rialto, donde él mismo había asistido a las clases de Domenego Bragadin y ahora enseñaba Matemática su amigo Antonio Giustinian. Conocía a todo el mundo, había publicado allí su *Summa de Arithmetica*, y de buen grado habría permanecido en la ciudad, pero a un tiempo lamentaba separarse de sus compañeros de viaje, la pequeña *Achademia Leonardi Vinci*, como les gustaba llamarse; Leonardo había diseñado el sello, una maraña de mimbres (*vinci*), es decir, «lazos», «vínculos», un laberinto de pequeños nudos que enmarcaba la inscripción.

Depositó la pluma en el tintero y se alzó del escritorio. Fue al encuentro de su amigo, que se había detenido en el umbral de su celda del Convento dei Frari.

–El único indicio del que disponemos –continuó Leonardo– es el hábito de *fratesco* que vestía el asesino el día del homicidio, y esa evidencia conduce directamente a Florencia. Debo descubrir al culpable. Y es esencial encontrar esos libros.

El fraile se mostró aún más sorprendido. Llevaba tiempo resignado, y pensaba que Leonardo se hubiera olvidado de aquel crimen milanés. Con los ejércitos de media Europa esparcidos por Italia, descubrir a un asesino que hacía mucho que habría abandonado la ciudad lombarda era como buscar una aguja en un pajar en llamas.

–Deja de pensar en esos libros, no los encontrarás nunca –respondió el franciscano, seráfico–. Y en lo que se refiere al homicida, si la justicia humana tiene sus límites, ten fe al menos en la del cielo.

Leonardo también tenía algunos conocidos en Venecia. Los florentinos sin vínculos con el gobierno de su República gravitaban en torno a Giuliano de Medici, hermano menor de Piero, hijo del Magnífico, que se había establecido en Venecia y al que Leonardo había conocido años antes en Milán, junto a Piero, cuando ambos rindieron visita al Moro. Los Medici procuraban recuperar Florencia por todos los medios, y para ello se servían de la tupida red de relaciones internacionales que habían trenzado cuando aún conservaban las riendas del poder político. Leonardo había acudido a la modesta residencia que los Medici conservaban en Rialto tras la quiebra de la filial veneciana de su prestigioso Banco. Giuliano le había recibido con cordialidad y le había puesto en contacto con varios nobles locales amigos suyos.

Entre ellos se hallaba Bernardo Bembo, al que Leonardo conocía bien: un veneciano que veinte años antes, tras la conjura de los Pazzi, cuando él no vivía aún en Milán,

había sido embajador de la Serenísima en Florencia, se había enamorado platónicamente de una dama casada llamada Ginevra, y le había pedido –a él, que aún no había cumplido los treinta– que pintara su retrato. En Venecia, Bernardo, tras acogerle calurosamente, le había confiado a su hijo Pietro, hombre de letras de conversación agradable y muy culta, locamente enamorado de una viuda de Las Marcas, con el que Leonardo, aún turbado por los asuntos de Mantua, amaba departir acerca del amor platónico en abstracto, y que a su vez le había hecho conocer a algunos miembros destacados del Senado veneciano.

En compañía de Pietro Bembo había visitado la biblioteca de San Marcos, donde habrían deseado ver los casi ochocientos manuscritos, entre ellos unos quinientos en griego, que el cardenal Besarión había donado a la Serenísima treinta años antes. El cardenal y monje basiliano de Trebisonda había sido el mayor discípulo de Gemisto Pletón y un incansable valedor de la unidad de las dos Iglesias, ortodoxa y católica; y también de la nueva cruzada contra los turcos, tanto en los concilios de Ferrara y Florencia de 1438-1439 como, con redobladas fuerzas, tras la conquista de Constantinopla por los otomanos en 1453, siendo Papa el senés Enea Silvio Piccolomini, aquel mismo Pío II que se había opuesto con todos sus medios a Sigismondo Malatesta y después decretó la cruzada, antes de fallecer en Ancona mientras aguardaba la llegada de las tropas que los grandes soberanos europeos habían prometido de palabra y nunca reunido de hecho. Las naves de la flota veneciana llegaron con retraso a Ancona y regresaron de vacío. Sigismondo Malatesta, que había desembarcado meses antes en Morea, las esperó en vano antes de rendirse y retirarse con el único trofeo de aquella expedición: los restos de Gemisto Pletón y sus libros.

Después de lo cual, Besarión, hombre con un gran sentido de la realidad, favoreció el matrimonio de Sofía Paleóloga, hija del último déspota de Morea y de familia imperial, con Iván III, príncipe de Moscú, evento que separó definitivamente el oriente y el occidente europeos, a ortodoxos y católicos, y sancionó el final irreversible del sueño de la unidad y de una Bizancio de nuevo cristiana. Del intento de rescate de Constantinopla y Grecia quedaban sólo aquellos manuscritos, un compendio prodigioso de antigua cultura helénica que Italia y todo Occidente tenían por fin ocasión de estudiar. Salvo por el hecho de que de esos códices, aún en sus arcas originales al cabo de treinta años, sólo era accesible el catálogo que había mandado elaborar Federico da Montefeltro, que conservó algunos de ellos en depósito en Urbino hasta la muerte de Besarión.

Leonardo se había presentado ante los senadores venecianos como arquitecto e ingeniero militar: siempre tenía reparos en presentarse como pintor. Sabía que, más que las conflictivas vicisitudes italianas, lo que atemorizaba a los venecianos era el nuevo avance de los turcos, que no sólo hostigaban la embocadura del Adriático. La amenaza del sultán Bayezid II también procedía ahora del norte: una reciente incursión musulmana había superado el río Tagliamento y derrotado a los friulanos. De modo que Leonardo fue enviado de inmediato a inspeccionar el curso del Isonzo para que pergeñara un sistema de defensa eficaz que desalentara cualquier tentativa futura de invasión. Él regresó con el proyecto de una cerca móvil de madera, una esclusa que

permitiría, en caso de necesidad, provocar inundaciones río abajo y anegar al enemigo que intentara nuevas correrías.

–Demasiado costoso –le respondió el funcionario que examinó el proyecto antes de remitirlo al Senado–. Sin duda es más económico enviar a morir contra los turcos a los estradiotes albaneses.

Leonardo, turbado ante tanto cinismo, le había mirado con asombro, pero el funcionario pareció malinterpretar los motivos de su perplejidad: «Con mayor razón si mueren», había creído necesario precisar, «pues no habría necesidad de remunerarlos».

–¿No te gusta Venecia? –le preguntaba ahora, pensativo, el matemático.

–No hay en el mundo ciudad más hermosa –respondió Leonardo.

Era sincero. Venecia saciaba a un tiempo su apetito práctico y su apetito estético, no conocía otra ciudad que se asemejara tanto a su idea de urbe como organismo vivo, con sus venas y sus órganos internos, regados directamente por el latido del gran corazón del mar; le gustaba por su mezcolanza étnica, por la celeridad con que corrían por sus arterias las mercancías y la vida.

En ocasiones se detenía sobre un puente, hechizado, esperando oírla respirar. Le gustaba el vocerío de una calle a otra, perderse y volver a orientarse en el laberinto de rúas. Pero al percibir su latir y su aliento, sintiéndose ajeno a aquel bullir de hormiguero, también sufría. Habría deseado saberse parte de una ciudad tan viva, pero sabía que no sería posible.

A su llegada, los Bembo, sufragados por Giuliano de Medici, habían puesto a su disposición un pequeño almacén vacío de su propiedad para que abriese, de manera transitoria al menos, su propio taller. Allí había montado la tabla con el retrato *in fieri* de Isabella d'Este, que esperaba continuar sin concluirlo nunca, y varios cuadros milaneses de pequeño formato aún por acabar. El interés de los venecianos por su arte no había tardado en hacerse patente. Entre los más entendidos, la fama de su *Última cena* le precedía.

Pero un día visitó el taller del más celebrado artista veneciano del momento, Giovanni Bellini, un galpón enorme, abarrotado de aprendices y ayudantes, y después de conversar con el anciano maestro comprendió que Venecia demandaba mucho más que una pequeña «fábrica»: los contratantes venecianos, religiosos o laicos, exigían rapidez de ejecución y puntualidad en los plazos; su perfeccionismo obsesivo y su proverbial lentitud no podían hallar allí terreno fértil. No estaba hecho para Venecia. Nunca podría habituarse a sus cadencias, a su fiera vitalidad.

–No hay en el mundo –se corrigió de inmediato– ciudad más hermosa y cruel.

Lo que más le hacía sufrir, desde su emplazamiento junto a la imprenta de Aldo Manuzio, el editor veneciano de moda, era la estatua de Colleoni realizada por Verrocchio, que había venido a morir a Venecia una docena de años antes.

El monumento ecuestre a Bartolomeo Colleoni, capitán de ventura, alzado por su antiguo maestro florentino en Campo San Zanipolo, era la obra que él mismo se había propuesto superar con su Francesco Sforza a caballo: un desafío perdido que aún le consumía por dentro. Los alumnos tienen la obligación de superar a sus maestros, asumen tácitamente el compromiso, pues los discípulos aventajados acrecientan la gloria

de quienes les instruyeron. Aquella estatua le pesaba en la conciencia como un arisco reproche paterno.

Pero no eran esas circunstancias, ni los desencuentros venecianos del último mes, lo que le impulsaba a marcharse. Había una razón más honda que no podía revelar al fraile.

–Es una ciudad difícil, ciertamente –respondió el franciscano–, una República gobernada por una oligarquía roma y mezquina, aunque también inteligente. No es como gozar de la protección de un príncipe, que, aunque azarosa, garantiza una existencia dignamente estable. Aquí es preciso luchar cada día, abrirse paso en una contienda despiadada, frecuentar a las personas bien situadas y cultivar las amistades útiles; y no pensarse nunca en la cima, pues cualquier nuevo artista en alza puede reemplazarnos. Pero todo ello es un acicate para evitar acomodarse, para superarse de continuo.

–Lo constaté en el taller de Bellini –respondió Leonardo–, un artista que lleva más de cuarenta años trabajando sin haber perdido su prestigio: el secreto parece hallarse en su capacidad de renovación continua. Ha asimilado a Piero y Antonello, ha trabajado con Mantegna, esposo de su hermana, y ahora profundiza en el gusto moderno. Conversamos un rato, y no tardó en enviarme a un discípulo suyo, Zorzi da Castelfranco, para que le iniciara en mi manera. Un joven algo alocado...

Zorzi, o Giorgio, o Giorgione, como le llamaban sus amigos por su corpulencia. Un mocetón alto y melancólico, ancho de espaldas, de mirada honda y triste, profeta de infortunios. Le habló de las predicaciones, en Treviso y Castelfranco, de donde él procedía, de un filósofo y astrólogo de Bagnoli Irpino, Giovan Battista Abioso, torvamente pesimista, que leía en la inminente conjunción astral de Saturno, Júpiter y Marte en Cáncer, prevista entre 1503 y 1504, una señal incontestable del advenimiento del Anticristo. También le habló del futuro diluvio de 1524. Eran signos que anunciaban una era de expansión islámica que había de prolongarse varios siglos, coincidiendo con la decadencia moral del cristianismo. Porque el Anticristo se haría carne en el seno de la Roma cristiana, los síntomas eran manifiestos: el arraigamiento del neopaganismo en el corazón de la cristiandad con el papa Borgia, la muerte en la hoguera de Savonarola y la truncada reforma eclesiástica que propugnaba, el avance implacable de los turcos en Oriente, las guerras entre naciones cristianas, que pronto se encontrarían con renovada virulencia. Y la salvación vendría del judaísmo, de la llegada del Mesías esperado por los hebreos, que coincidiría con el segundo advenimiento de Cristo auspiciado por los cristianos y la instauración en la tierra del reino milenarismo anunciado en el *Apocalipsis*.

Leonardo le escuchaba absorto. No tenía ninguna fe en la astrología, pero no podía negar que aquellas profecías no carecían de lógica, pues parecían proyectar y dilatar en el futuro circunstancias presentes sin duda inquietantes. Por lo demás, el tal Zorzi, Giorgione, o como quiera que se llamase, se había serenado contemplándole pintar. Su agitación se había ido disipando poco a poco, y Leonardo había intuido de inmediato que sería un artista de talento, pues le asolaban angustias profundas que combatir y la pintura parecía ejercer sobre él un verdadero poder taumatúrgico. Se había extasiado

viendo al de Vinci difuminar el confín entre luz y sombra sobre el perfil de Isabella d'Este, su rostro era el de un beato durante una visión del Paraíso. Luego hablaron sólo de pintura, y el muchacho se marchó contento de haber aprendido tantas cosas en una hora de coloquio. Salai le robó la bolsa, que por fortuna estaba vacía, y Leonardo le envió a restituírsela.

–No me apaciguo, debo recuperar esos libros. Contienen los secretos de la Mecánica, dibujos de las máquinas más avanzadas de los antiguos alejandrinos, notas sobre sus ingenios y la manera de construirlos, que debemos dominar de nuevo. Es absolutamente necesario que regrese a Florencia.

No podía revelarle que dos días antes se había reunido clandestinamente con un *condottiero* amigo suyo, que le había encomendado una tarea secreta. El capitán florentino quería mantener en secreto su nombre: nadie debía conocer el cometido que le había confiado.

Fray Luca suspiró hondamente. Le costaba creerlo.

–Podría entender que echaras de menos a tu familia, a tu padre, a tus hermanos... –Se ensombreció.

–Yo quisiera volver a Borgo Sansepolcro –añadió–, aunque mi familia es ya la orden franciscana, en la que ingresaron también mis dos hermanos. No éramos ricos, mi padre nos dejó huérfanos pronto. Desde muy niño me confiaron a los Bifolci, una familia acomodada del burgo, vecinos y conocidos de Piero della Francesca, que me enseñaron los rudimentos del cálculo y encomendaron mi aprendizaje al maestro. Pero yo no había nacido para la pintura. Ahora, las enseñanzas que imparto me hacen errar por Italia, pero cada cierto tiempo vuelvo a Sansepolcro. En Venecia pasé los mejores años de mi juventud, entre los diecisiete y los veintitrés. Aún no era fraile, y me enamoré de una dama veneciana. Me enamoré como se hace a esa edad, como un río sin brida que arrasa todos los diques. Ella era muy hermosa, pero estaba prometida a otro. Hubo un escándalo, me marché a Roma, donde fui huésped de Leon Battista Alberti. Frisaba entonces con los setenta, y con él seguí adelante por la buena senda en la que me puso Piero, el primero de mis maestros. Tomé los hábitos. Amo regresar aquí. Ahora puedo disfrutar de la ciudad. Ahora que san Francisco, Euclides y Platón me han devuelto al cauce de una equilibrada dedicación al prójimo, veo lo que entonces no veía, comprendo lo que no entendía; debo volver a Venecia tanto como a Sansepolcro, por mensurar los despojos de aquel «primer yerro de la edad primera».

Volvió la cabeza hacia la ventana que daba a los canales y al cielo, a las nubes que una brisa sostenida hacía desfilar deprisa, como una hilera de monjas blancas corriendo a maitines.

– Si en verdad quieres marcharte –continuó–, te seguiré. Pero no digas que es por libros o por descubrir a un asesino. Perseguir a un homicida es una pérdida de tiempo, un dispendio superfluo de energías intelectuales. Hallarlo no resucita al muerto, y matarlo no redime el crimen, sólo añade otro culpable. Puede amputársele una mano o una pierna, por escarmentarle e impedir que vuelva a las andadas, pero son carnicerías que atañen a verdugos y capitanes de justicia. Dios reconocerá a los suyos. En cuanto a los manuscritos, dijiste que estaban escritos en griego. Si llegaras a encontrarlos, cosa

del todo imposible, ¿acaso tienes conocimientos de esa lengua?

–Marliani me dijo –respondió Leonardo– que al menos el códice de Filón de Bizancio, encuadernado en piel negra y con el relieve de una calavera en la portada, contiene espléndidas ilustraciones de sus máquinas. Y en lo tocante a los otros, podría hacérmelos traducir por Pietro Bembo, que estudió griego en Messina. Una vez recuperados esos manuscritos, volveremos a Venecia. Si ofrecieras una obra inencontrable de Ctesibio a cambio de la publicación de tu libro sobre la divina proporción, ningún impresor veneciano dudaría en aceptar el trato.

El *condottiero* se había reunido con él en la morada de Giuliano de Medici. Había sido de pocas palabras. «Debes regresar a Florencia y recuperar ese libro», le dijo. Él había aceptado sin titubear. «Ese libro» debía hallarse necesariamente junto al resto de los robados. No podía hacer otra cosa que volver a Florencia y continuar con sus pesquisas.

–Editores no me faltan en Venecia, no debes preocuparte por eso –respondió el fraile–. El verdadero problema estriba en la calidad de la reproducción de tus ilustraciones, pero esta ciudad se ha convertido en la patria de la edición italiana, y tal vez europea, no hay en el mundo un lugar más aventajado en la nueva técnica. Los alemanes vinieron aquí tras idearla, sabían que hallarían dinero en abundancia y gente bien dispuesta a invertirlo en una ocupación semejante. ¿Has ojeado el libro de Francesco Colonna que estampó hace un año Manuzio? *Hypnerotomachia Poliphili*, una obra maestra de conciliación de texto e imagen. Tal vez por medio de tu amigo Pietro Bembo fuera posible lograr algo parecido para el nuestro...

Leonardo se encogió de hombros.

Pero acabó convenciendo a su amigo.

Partieron al cabo de pocos días. Se demoraron en Bolonia, donde Leonardo visitó a un antiguo alumno y ayudante suyo en Milán, Boltraffio, que prometió unírseles en Florencia. Luego alejaron por un tiempo sus caminos. El fraile se encaminó a Borgo Sansepolcro, Leonardo y Salaì hacia la urbe de la flor de lis. Llevaban en sus baúles, como presente para Soderini, la copia de la *Divina proportione* del matemático franciscano, que pronto habría de reunirse con ellos a orillas del Arno.

Habían pasado dieciocho años, pero al ver en lontananza la cúpula de Brunelleschi, descollando como un monte rojo sobre los muros de la que aún consideraba, pese a todo, su ciudad, Leonardo tuvo que contener el llanto. Había trabajado en su construcción de muchacho, entre sus dieciocho y sus diecinueve años, cuando el taller de Verrocchio recibió en encomienda la esfera de piedra recubierta de ocho láminas de cobre dorado, soldadas por medio de espejos ustorios, que había de coronar la cúpula como colofón a la inmensa obra, veinticinco años después del fallecimiento del gran arquitecto que la proyectara y elevase. Aprendió entonces de su maestro los rudimentos de la Mecánica, pues la tarea más exigente fue transportar la bola maciza hasta la cúspide y depositarla, a aquella altura, sobre el vértice del techo cónico de la linterna. Una empresa titánica, aunque en modo alguno comparable al alzamiento de la propia cúpula, de doble casquete y arco de quinto agudo, sin armazón, sobre el inmenso tambor octagonal de Brunelleschi, al que se tomó por loco cuando expuso su proyecto, y por el más genial arquitecto que hubieran visto jamás Florencia y la entera humanidad a su cumplimiento.

Salaì estaba impresionado, embelesado por la belleza de la ciudad, por los suntuosos edificios, por las iglesias, por otras cúpulas que imaginaba sin verlas tras los escotes de aquellas damas mediterráneas. Leonardo le acompañó a una posada y se encaminó, solo, a la casa entre Via della Fogna y Via del Pepe, cerca del palacio del *podestà*. Al cabo de dieciocho años, volvió a ver a su padre, lleno de achaques a sus setenta y cuatro; conoció a su cuarta madrastra, Lucrezia Cortigiani, huraña, con apenas treinta y seis; reconoció a los dos hermanastros que recordaba, Antonio y Giuliano, ahora de veinticuatro y veinte, unos niños cuando dejó la ciudad; comprobó que desde entonces habían nacido otros nueve, seis de la anterior esposa de su padre, que ahora contaban entre dos y dieciséis. Él, a sus cuarenta y ocho años, primogénito de doce hijos, era el único ilegítimo. Ninguno de ellos demostró entusiasmo alguno por su vuelta, era un extraño para todos, y su padre parecía muy fatigado. Lo halló sentado a la mesa, haciendo cuentas, cuando llegó a la casa. El anciano alzó la vista, sonrió con embarazo.

—¿Por qué te dejas crecer la barba? —Fue su única pregunta.

—Mi madre murió serena en Milán, en mi casa, si quieres saberlo —le respondió Leonardo, por algún motivo. Lucir barba era también un modo de expresar el luto, de manera que *ser* Piero no insistió.

Sin embargo, fue su padre, antaño procurador de los frailes servitas, quien le recomendó a la Santissima Annunziata. Su viejo amigo y colega Filippino Lippi le cedió con gusto el encargo de una *Asunción* para el altar mayor de la iglesia del

convento. Le ofrecieron dos celdas, una para él y otra para su aprendiz, además de tres estancias para su taller y otros ocasionales ayudantes. Empezó de mala gana la tarea, y para aumentar sus ingresos desempeñó labores de consejero arquitectónico en pequeños proyectos, en una ocasión para los Gonzaga, que seguían agasajándole por mediación de sus embajadores en Florencia: ideó para el marqués Francesco una villa semejante a la que le había acogido durante su última visita a la ciudad; la marquesa, por su parte, insistía en recabar noticias de su retrato de perfil, que el artista parecía no concluir nunca.

A su llegada a Florencia, fray Luca se alojó con los franciscanos de Santa Croce. Había dado inicio a un nuevo libro, *De viribus quantitatis*, una obra lúdica sobre las propiedades de los números, o más bien sobre juegos matemáticos. Cuando Leonardo fue a visitarlo, le halló ante un folio con un cuadrado lleno de cifras:

–¿Qué diablos es? –le preguntó.

–El cuadrado de Marte –respondió el matemático–. Contiene todos los números del uno al veinticinco, en columnas y filas de cinco; la suma de cada línea, columna y diagonal da siempre 65, que es también la suma de los veinticinco números dividida por cinco.

Le habló largamente de los cuadrados mágicos, cada uno de los cuales se asocia a un cuerpo celeste cuyos influjos, según se creía, garantizaba. Le pareció que Leonardo mostraba interés por los de Saturno, Júpiter y Marte, de nueve, dieciséis y veinticinco números, respectivamente, por lo que los dibujó rápidamente sobre una hoja de papel que le entregó.

–Siempre te he oído decir –le aguijoneó el fraile– que consideras a los astrólogos unos charlatanes. ¿Cómo es que te interesan los cuadrados?

Leonardo no contestó. En cambio, le preguntó si era sabedor del triste final del Moro.

El depuesto duque Sforza había sitiado Milán, a comienzos de febrero, con un ejército de trece mil hombres. Los franceses conservaban nueve mil en la ciudad, pero la abandonaron pronto al enemigo y se atrincheraron en las fortalezas, incluido el castillo de Porta Giovia; al contrario de lo que había hecho Bernardino da Corte cuando el Moro le confiara el alcázar, los franceses defendieron sus bastiones sin aceptar pactos a las pocas andanadas. Los milaneses acogieron a su duque como poco tiempo antes habían acogido al rey de Francia: con alharacas y gritos de júbilo.

El Moro cercó después Novara, donde se habían retirado los franceses. La rindió, pero sufrió de inmediato el asedio de los refuerzos enviados por Luis XII. A principios de abril, les hizo frente con arrojo en campo abierto, pero fue traicionado por los suizos enrolados en su ejército, que prefirieron no luchar. Habían sabido que compatriotas de sus compañías engrosaban también las filas del rey de Francia, noticia que estos últimos, por contra, desconocían, por lo que sólo abandonaron la batalla los del Moro. Tras negociar separadamente con el enemigo, los helvéticos le ayudaron a abandonar Novara travestido de infante suizo, pero fue reconocido por un italiano a las órdenes de los franceses y confinado en un castillo a orillas del Loira. *Sic transit gloria mundi*. Los milaneses acogieron al rey de Francia como poco tiempo antes habían acogido al Moro y antaño al propio soberano gallo: con alharacas y gritos de júbilo.

–En Florencia –dijo Leonardo–, el aire se ha enrarecido mucho en mis casi veinte años de ausencia. Lorenzo de Medici y Marsilio Ficino han muerto, también Luigi Pulci, Poliziano y Verrocchio; Botticelli, tras el suplicio de Savonarola, embaucado por uno de sus secuaces, se ha recluso en un sombrío misticismo apocalíptico. El joven Michelangelo Buonarroti, de quien se hablaba con elogio y que alcanzó a frecuentar el jardín mediceo de San Marco y la academia de Ficino, se marchó a Roma, donde dicen que ha esculpido una *Pietà* extraordinaria. En general, ha mudado el clima. Los *compagnacci* y los *arrabbiati*, los más fieros adversarios de Savonarola, ostentan de nuevo el lujo, los dispendios y la osadía amoral de un tiempo, aunque con desenfreno goliárdico de dudoso gusto, sin la refinada cultura y la mesura de los tiempos del Magnífico; los secuaces derrotados del visionario fraile de Ferrara, en tanto, guardan un silencio resentido, en espera palingenésica de un inminente cataclismo, de la punición divina que destruirá inexorablemente Florencia y la entera Italia, pecadoras neopaganas. Mengua el trabajo y crece la miseria, el conflicto continúa latente... Era una ciudad maravillosa, donde el más mísero ropavejero recitaba de memoria a Dante. Ahora imperan la vanagloria frívola de los ricos y el resentimiento contenido e impotente de los desvalidos...

–Y tú, ¿para quién trabajas? –preguntó el fraile.

–Para las iglesias. Los religiosos vuelven a ser los mejores contratantes. En honor a la verdad, es en parte culpa mía. Pinto a regañadientes si la obra que se me encomienda no secunda mi vocación innata al desafío, a la superación de lo existente. Después de la *Última cena*, pincelar otra vez Vírgenes extáticas con querubines gorjeando a su alrededor me mortifica profundamente. Mi anhelo es representar el movimiento, la Fuerza, la *enèrgheia*, como la llamaste tú.

–En realidad, Aristóteles...

–Es cierto, tú eres platónico, lo olvidaba... Pero los tiempos, querido amigo, han cambiado, la nuestra es la era de la *enèrgheia*, de la Fuerza, no es ya la geometría de tu maestro Piero lo que puede salvar al mundo... Quiero ir a Roma lo antes posible, por visitar a Donino y ver con ojos renovados las cosas de los antiguos. ¿Me seguirías?

–Debo respetar un contrato, vuelvo a enseñar desde noviembre. Puede que la geometría no sea ya la salvación del mundo, pero aún puede salvarme a mí. Y el verano es demasiado caluroso, preferiría no viajar. De modo que disponemos de poco tiempo. Por lo demás, Piero no es sólo geometría...

–¿Me acompañarás al menos al convento de San Marco, que fue morada de Savonarola? Su biblioteca es magnífica, aunque ahora esté confiscada. Los frailes adquirieron por tres mil florines de oro la colección de los Medici cuando éstos se vieron obligados a abandonar la ciudad. Es posible acceder a los libros, conozco a los bibliotecarios, te los presentaré. Podríamos continuar nuestras pesquisas sobre el homicidio del riminés en Milán y rastrear los códices misteriosos...

–Te acompañaré con gusto, pero sólo por la biblioteca, no pienso husmear como un alguacil. No pensarás que el asesino de Pierleoni fue un verdadero *fratesco* que luego puso los códices a buen recaudo en la biblioteca de San Marco... ¿Crees que los

dominicos matarían por un manual de Neumática?

–Puede que yo fuera capaz de hacerlo –respondió el pintor con una carcajada.

–Precisamente. Tú no eres dominico.

Se encaminaron una tarde al monasterio de San Marco. Leonardo mostró al hermano guardián el salvoconducto para la biblioteca firmado por un funcionario de la Signoria. Notaron que los frailes vestían hábitos largos, amplios y de buena tela, conventuales, no los comunes en vida de Savonarola. El custodio miró con encono al franciscano.

–Viene conmigo –dijo Leonardo–. Es un célebre matemático, el autor de la *Summa de Arithmetica*.

La mirada siguió siendo torva, pero el guardián mandó acercarse con un gesto de la mano a un novicio sentado a su espalda.

–Acompaña a nuestros visitantes a la biblioteca.

Siguieron al novicio por un corredor que desembocaba en el claustro.

–¿No queda nadie de los tiempos de Savonarola? –preguntó el artista.

El muchacho se giró hacia él santiguándose con expresión de pánico, como si el propio Belcebú se materializase a su lado.

–No debéis volver a pronunciar su nombre entre estos muros. El convento fue exorcizado, pero el Maligno es taimado, el demonio del cisma y la herejía acecha siempre, no hemos de darle pábulo...

Leonardo se persignó también y decidió insistir.

–¿No queda nadie de los tiempos del... hereje?

–Fueron todos trasladados o expulsados. Salvo algún hermano demasiado anciano para desplazarse, o demasiado inofensivo para levantar sospechas, como fray Anselmo o...

–¿Es posible hablar con ese fray Anselmo que decís? –preguntó Leonardo, mientras fray Luca lo conminaba con gestos elocuentes a no seguir adelante.

–No hay otro modo –respondió el novicio– que visitarlo en su celda, pues ya no puede valerse de las piernas. Pero no puedo...

–Desearíamos preguntarle por el paradero de un viejo amigo que moraba aquí mucho antes de la llegada del hereje, fray Mariano Ughi. Abandoné Florencia hace dieciocho años, y por entonces conocía a todos los frailes. Ahora veo rostros que me parece reconocer, pero no recuerdo sus nombres. Quisiera tener noticias de aquel santo varón, si es que las hay. Hacednos este favor, os lo compensaremos con un donativo para el convento.

–No estoy autorizado –respondió bruscamente el novicio, mientras les abría la puerta de la biblioteca. Luego les dio la espalda y se marchó de regreso a la portería.

Entraron, dejaron atrás las grandes mesas centrales y la pared derecha, cubierta de estantes repletos de libros, hasta llegar al escritorio del fondo de la sala, al que se sentaba el fraile bibliotecario, que se aprestó a saludarles al reconocer a Leonardo. El artista le presentó al franciscano y le pidió que le indicase los anaqueles dedicados a la Matemática. El dominico le escoltó hasta la pared de enfrente, igualmente abarrotada de obras. Mientras el bibliotecario y el pintor parloteaban en susurros, el matemático se acercó a los libros y comenzó a examinarlos uno por uno.

–¡El *Liber embadorum*! –exclamó de repente, volviéndose hacia Leonardo–. Es el libro de las áreas, escrito hace cuatro siglos por un judío español al que nosotros llamamos Savasorda. Lo vertió al latín su amigo Platón Tiburtino, traductor de árabe y hebreo, que introdujo en Europa ciertos tratados entonces desconocidos de Arquímedes y la primera descripción del astrolabio.

–¿Un platónico del siglo XII? –preguntó el artista.

–Si te interesa la cuadratura de las figuras planas –dijo el matemático–, deberías leer este libro.

Luego, para sorpresa del pintor, fray Luca se dirigió directamente al bibliotecario.

–¿Sigue aquí fray Anselmo? –le preguntó–. Éramos buenos amigos, si aún vive debe de ser bastante anciano.

–¿Fray Anselmo de Bisaccia? –preguntó a su vez el dominico.

–El mismo –respondió el franciscano, guiñando un ojo a su amigo.

–Sigue vivo –respondió el otro.

–En tal caso, si pudiéramos darle una sorpresa, sin duda se alegraría...

–Yo mismo os acompañaré a su celda –respondió el bibliotecario.

Leonardo contuvo a duras penas una carcajada.

–Seguidme –dijo el fraile, después de comunicar a su ayudante que se ausentaría algunos minutos. Caminaron de regreso al claustro, subieron al piso de arriba y recorrieron un largo pasillo, al final del cual el fraile empujó una puerta entornada.

–¡Fray Anselmo! –gritó fray Luca al entrar, dirigiéndose con los brazos abiertos hacia el anciano postrado en el catre–. ¿Me recordáis?

Añoso y desmedrado, calvo, de barba cana que se derramaba sobre la cobija que le cubría hasta las axilas, el sacerdote desencajó los ojos con asombro:

–Francamente, no –respondió con un hilo de voz catarrosa.

Leonardo rogó para sí por el franciscano, por que el santo fundador de su orden le perdonase la mentira piadosa con la que había enredado al bibliotecario sin otro fin que saciar la curiosidad de su amigo.

Aun así, fray Luca abrazó al viejo dominico y se sentó al borde de su lecho.

–¿Cómo es posible? Nos tratamos mucho hará veinte años, la última vez que visité Florencia. ¿Recordáis a fray Mariano Ughi?

–Desde luego, a fray Mariano sí...

El pintor hacía esfuerzos por contener la risa.

–Pero ya no está aquí –continuó el anciano–, después de aquellos terribles sucesos fue enviado al exilio con los demás, que Dios se apiade de él y de todos nosotros. ¿Quién es vuestro amigo? Decidle que se siente aquí, en la silla...

–Leonardo de *ser* Piero da Vinci –se presentó solo.

–Ah, sois el famoso artista... –dijo el fraile–. Os conozco, acudíais al jardín de San Marco en tiempos del magnífico Lorenzo. Yo era aún bibliotecario, antes de que me apartaran por el hurto...

–¿El hurto? –preguntó Leonardo, mientras se sentaba frente al lecho.

–Hace años desaparecieron ciertos manuscritos... –respondió el dominico, evitando la mirada de sus visitantes.

–Nada realmente importante... –Y arrancó a toser con fuerza, como escupiendo flemas del catarro antes de que cuajasen.

–¿Los códices de Mistrá? –preguntó a bocajarro fray Luca, que parecía en estado de gracia. El dominico pareció a punto de pasar a mejor vida. De no haber estado ya su rostro desvaído, lo habrían visto perder el color-. De modo que estáis al corriente... –dijo-. Eran códices procedentes de Rímini. Los trajo aquí, por ponerlos a salvo, fray Sacramoro Malatesta, dominico de la ilustre familia, uno de los más fieros adversarios de Savonarola en el convento...

Al escuchar aquel nombre, dudando si santiguarse, ambos volvieron la cabeza hacia el bibliotecario, que estaba en pie en el umbral de la celda. No parecía haberse inmutado demasiado. Obviamente, no todos los frailes de San Marco eran tan supersticiosos como el novicio que les había guiado hasta la biblioteca.

–Fray Sacramoro –continuó el anciano– se dio a los demonios cuando tuvo noticia del robo. Eran códices bizantinos, en griego, que debían de tener gran valor, o a los que él tenía mucho apego. Lo pagó conmigo. Ocurrió justo después de la caída de los Medici, había una gran turbulencia. Los sermones del fraile de Ferrara inflamaban la ciudad, le enviaron incluso a tratar con el rey de Francia en nombre de la República. Yo estaba ausente de la biblioteca cuando se produjo el hurto, me sustituía un hermano al que golpearon, desnudaron y maniataron...

–¿Lo desnudaron? –preguntó Leonardo-. ¿Con qué fin?

–A eso debería responderos el ladrón... Sea como fuere, el infortunado hermano y yo fuimos apartados inmediatamente de la biblioteca.

Por la cabeza de ambos cruzó un mismo pensamiento: el ladrón había huido del convento vestido de *fratesco*, y era probablemente la misma persona que había asesinado al riminés Pierleoni. Conversaron aún un trecho sin oír otras noticias relevantes, salvo que fray Anselmo era devoto a la memoria de Savonarola, al que consideraba un hombre santo, y se declaraba cierto de que el castigo divino se abatiría sobre su Florencia y sobre la entera Italia, sobre el papa Borgia y toda su progenie, ante lo cual sólo deseaba entregar antes su alma.

* * *

En los meses que siguieron, Leonardo y fray Luca se frecuentaron menos asiduamente. El matemático había comenzado a preparar e impartir clases, y a menudo debía desplazarse a Bolonia, donde su nueva ocupación le reclamaba. Leonardo inició una santa Ana en lugar de su Asunción. Muchos motivos le impulsaron a cambiar de idea. Michelangelo, de nuevo en Florencia, había aceptado el desafío de trabajar sobre «el gigante», como todos llamaban a un enorme bloque de mármol, alto, estrecho y de escasa calidad, que ningún artista había querido esculpir para la Signoria, y al que él pensaba arrancar un David que simbolizase la renacida República. *Santa Ana* porque el día de la madre de la Virgen, el 26 de julio, los florentinos celebraban la caída, más de siglo y medio antes, del tirano Gautier de Brienne, duque de Atenas, asentado en la ciudad como señor perpetuo. Una festividad otra vez en auge, y revestida de nuevo

sentido simbólico, tras la expulsión de los Medici.

De ser rechazada por los frailes de la Annunziata, vendería su *Santa Ana* a la Signoria, que parecía haberse desprecizado, recuperando la pasión por el arte, desde que se recibían noticias de las victorias del duque Valentino, César Borgia, el hijo del Papa, que había conquistado, bordeando los territorios florentinos, ciudad por ciudad, toda Romaña, Imola, Forlì, Pésaro, Rímini, y que tras serle concedidas por su santo padre Cesena, Fano y Senigallia, había puesto cerco a Faenza. Asimismo, llegaban nuevas de que Piero de Medici, el depuesto hijo del Magnífico, se había unido a él y le exhortaba a mover guerra contra Florencia. El pavor a un regreso inminente de los Medici empujaba a la República a emular su mecenazgo.

Su *Santa Ana* debía ser una encarnación de la *enèrgheia*, una demostración de dinamismo en la composición de los cuerpos. Había proyectado una primera versión con María sentada sobre las rodillas de su madre, sosteniendo a un Jesús que se inclinaba sobre san Juan niño, situado a la derecha de la escena; más tarde pensó subrayar otro sentido alegórico de la representación, reemplazando a san Juan por un cordero sacrificial, símbolo de la Pasión: la Virgen, sentada en el regazo de su madre, símbolo de la Iglesia, dos masas corpóreas fundidas en una, extiende los brazos para retener a su hijo, que se aleja, extendiendo a su vez las manos hacia un cordero que parece querer cabalgar; insistiendo en la alegoría, Cristo abraza su propio destino de víctima expiatoria, mientras su madre, protectora como cualquier madre, trata de devolverlo a su seno, a su regazo de madre, al de todas las madres, pues el suyo y el de santa Ana se superponen como un solo vientre; al fondo, el latido del *anima mundi*, montes lejanos que se difuminan, un ancho río que cava su curso en la dura roca, la perspectiva de colores que se le iba revelando, que le consentía lograr profundidad sin necesidad de representar espacios arquitectónicos creados por el hombre, y de tal modo hincar el sagrado evento en el corazón de la hirviente vitalidad de la naturaleza, el microcosmos en el macrocosmos, la vida humana en la más vasta y misteriosa del universo.

Apenas había ultimado el cartón preparatorio cuando los frailes decidieron permitir la contemplación pública de su *Santa Ana*. Un reguero de gentes de toda edad y condición confluyó ante la Annunziata para disfrutar de antemano de la obra maestra que preparaba Leonardo. La fila alcanzaba la plaza. Santa Ana, ruega por nosotros. Santa Ana, ampara en esta hora de tinieblas a la Iglesia que tú encarnas. Madre de la Madre, salva a todas las madres del mundo. Vela por el eterno misterio de la fuga del Hijo y su sacrificio. Terciadora ante el duque de Atenas, guarda a Florencia de la opresión de los tiranos. Libra a nuestra ciudad de la avidez de sus enemigos.

Todos se sentían exhortados a orar, cada cual a su manera, ante tanta belleza. Hubo quien luego contó que la *Santa Ana* de Leonardo había atendido sus ruegos, que santa Ana le había salvado de graves peligros, que santa Ana había sanado su enfermedad. Y a diferencia de lo habitual, hasta los más escépticos y cínicos, que tanto abundaban en Florencia, parecían dispuestos a dar crédito a la verdad de esas voces, y con ellos los apocalípticos, añorantes de Savonarola, y sus descreídos detractores. Michelangelo y Leonardo habían regresado a Florencia, y en todos reverdecía la fe de antaño en los

milagros de la belleza.

Sin embargo, depositar esperanzas en la República se reveló pronto vano.

A la República se le agotaba el dinero. Lo malgastaba irreflexivamente en pagar la protección de los poderosos de Europa, el rey de Francia y el emperador germano, y en la guerra contra Pisa y otras ciudades que se rebelaban siguiendo su ejemplo.

Los florentinos protestaban contra los tributos, y los más ricos encabezaban las protestas, sobre todo contra la *decima scalata*, una tasa nunca vista: proporcional a los recursos, algo del todo inaudito, pues no reclamaba a todos la misma porción de renta y aumentaba en función de la mayor riqueza.

En verdad, Leonardo no veía injusticia en que quienes más beneficio obtenían de los negocios de la República y sus guerras contribuyesen en mayor medida a sostenerlos, pero se guardaba mucho de decirlo a los próceres que se lamentaban. Salvo en una ocasión, cuando a Piero Guicciardini, partidario de un impuesto único y que sostenía que salvaguardar las fortunas de los ricos redundaba en beneficio del Estado, respondió: «Más redundaría en su beneficio evitar que se suman en la miseria la mayor parte de sus ciudadanos, que carecen de fortuna».

Nada más habían sabido del robo de los códices de Mistrá, sus pesquisas se habían estancado sin mayores avances. Leonardo comprendió enseguida que hablar del convento de San Marco y de los tiempos de Savonarola era una empresa laboriosa. Todos sus interlocutores, fueran devotos de Savonarola o anticlericales acérrimos, evitaban cuidadosamente el asunto cuando les incitaba a abordarlo. Florencia parecía empeñada a toda costa en cancelar de su memoria histórica al ferviente dominico. Y lo estaba consiguiendo.

Entretanto, había alzado gran revuelo la noticia de las terceras nupcias de Lucrezia Borgia, hermana del Valentino, cuyo padre inciertamente santo, previo pago de una suma exorbitada, exigida a título de dote por Ercole d'Este, había dado por esposa al heredero de éste, Alfonso, hermano de la marquesa de Mantua y futuro duque de Ferrara. El Papa se aseguraba así, a un precio considerable, la paz al norte del gran reino que su hijo César conquistaba con su apoyo en el centro de Italia, entre el Adriático y los Apeninos, entre Romaña y Las Marcas.

Por su parte, la hermana mantuana del flamante esposo ferrarés no desistía.

Durante la Semana Santa de aquel año pasó por Florencia, invitado a predicar en el Duomo, un teólogo carmelita y vicario general de la orden, fray Pietro da Novellara, hombre de confianza de la marquesa de Mantua. Acudió a visitar a Leonardo a la Annunziata, con la encomienda de Isabella d'Este de un nuevo esbozo de su retrato, pues el que había dejado en Mantua había sido regalado por su esposo, ella ignoraba a

quién. Amén de eso, la marquesa deseaba una pintura de tema libre para su *studiolo*, o al menos una pequeña virgen, a elección del maestro. El fiel sacerdote halló pintando sólo a Salaì y Boltraffio, Leonardo estaba en otra sala, leyendo sus propios apuntes sobre el libro de Savasorda.

El maestro le mostró el cartón de su *Santa Ana*, que el carmelita, que comprendió de inmediato el significado y la simbología, apreció mucho. Pero también le pidió que comunicase a la marquesa que se dedicaba poco a la pintura: pintar le costaba ahora un esfuerzo sobrehumano.

Era cierto. No se trataba de fatiga manual, por supuesto. La causa era su propio método, que multiplicaba al infinito el proceso. Cada detalle que dibujar provocaba una investigación sobre la naturaleza. Para pintar cierta postura de un brazo, estudiaba su anatomía: huesos, tendones, músculos, venas y arterias, los nervios del brazo. Cada observación agitaba un avispero de preguntas, cada pregunta era semilla de nuevos estudios. Después, el movimiento del brazo le hacía pensar en cabrestantes y poleas, la máquina humana inspiraba en su mente proyectos de nuevos dispositivos mecánicos. Hasta afrontar la cuestión suprema: el alma. Pueden construirse engranajes artificiales que remedan los de huesos y tendones humanos, pero en vano, pues son mecanismos que requieren energía humana o animal para moverse, lo que es de escaso provecho. ¿Cómo insuflar alma y movimiento propios a losartilugios que proyectaba?

A veces bajaba al Arno y contemplaba durante horas los movimientos del agua, las ondas, los remolinos, las fugas vertiginosas, entre los nuevos lavaderos y los restos de los antiguos batanes, ya en desuso. Intentaba deducir, a partir de las alteraciones de la superficie, la consistencia del lecho, intuía la acción de grandes masas sumergidas por la reiteración de burbujas, por las ondulaciones de la piel del río, la presencia de canales y grutas subacuáticas por el reflujode los remolinos. Pretendía leer el río como se lee un libro, que las hojas y ramas, y todo lo que flotaba arrastrado por la corriente en su fuga hacia el mar, le narrasen las historias que ocurrían en sus orillas.

En el verano de 1502, llegó a Florencia la noticia de la rebelión de Arezzo, que se había unido a las tropas de Piero de Medici y Vitellozzo Vitelli, señor de Città di Castello, uno de los capitanes más intrépidos de Italia y aliado, además de los Medici, del Valentino. La ciudad era un hervidero. El hijo del Magnífico estaba a las puertas del territorio florentino, y el hijo del Papa, a cuanto parecía, le apoyaba. Nuevas zozobras, nuevos tributos, nuevas deudas, y un futuro aún más enmarañado.

Leonardo recibió por aquel entonces una carta sellada de un ignoto remitente. Se la entregó un joven desconocido que, a juzgar por su acento, no era florentino. La abrió. Era una tentadora oferta de trabajo. Debía reunirse de incógnito, fuera de los muros de la ciudad, con el *condottiero* florentino que conocía bien, que por prudencia omitía su firma. Ni una palabra a nadie del asunto.

Decidió reflexionar, como de costumbre, junto al Arno. Andaba cerca del puente de Santa Trinita, a punto de cruzarlo, cuando se topó, en el murete de los Spini, con tres jóvenes que hojeaban una *Divina Comedia*. Apenas lo vieron, tras reconocerlo, reclamaron su atención gritándole:

—¡Maestro Leonardo!

Eran muchachos agraciados, bien vestidos, entre los veinte, edad que aparentaba el más joven, y los treinta, tal vez la del mayor de ellos. Sus rostros le parecieron conocidos, debían haberse cruzado antes, aunque su juventud y los veinte años de ausencia de Leonardo lo hacían más bien improbable. Pero desde su regreso a Florencia, a menudo le asaltaba la molesta sensación de conocer a quien no conocía. ¿Eran tal vez hijos de padres notorios, de notable parecido con progenitores ahora encanecidos, a los que le habría costado recordar? El de mayor edad, barbilampiño, con cabellos castaños cortos, de rostro ovalado y sutil, caminó a su encuentro recitando a Dante:

Entra en mi pecho, inspira mis palabras
igual que hiciste al derrotar a Marsias
y arrancarle la vaina de sus miembros.

Se detuvo a esperar la pregunta, que no tardó demasiado en llegar.

– Marsias –dijo el joven– es el sátiro que desafió a Apolo tocando la cornamusa de Minerva, desollado vivo por el dios después de su derrota. Pero también el sátiro con el que Platón compara en *El banquete* a Sócrates, semejante a un sileno en su aspecto y encantador de hombres con la seductora música de sus palabras: pero lo que más se asemeja a Marsias son los propios razonamientos del filósofo, que celan un alma divina tras una envoltura en apariencia simple, lisa como la piel que Apolo arrancó al sátiro. Se diría, pues, que Dante se alza al Paraíso citando a Platón, y sin embargo, los aristotélicos incluyen al poeta entre sus filas. ¿Platónico o aristotélico? ¿Aristotélico en el Infierno e inesperadamente platónico en el Paraíso?

«Ah, los acostumbrados neoplatónicos florentinos, siempre en disputa con los físicos, que prefieren a Aristóteles...», pensó. Creyó haber retrocedido veinte años en el tiempo. De repente, vio acercarse a Michelangelo. Buonarroti caminaba desde el puente, parvo, barbudo, oscuro, rauda y ligero, tan semejante a un sileno como Sócrates. Conocedor de su admiración por Dante y Platón, a Leonardo se le ocurrió plantearle a él la pregunta. Era una buena oportunidad para conocerlo, se dijo, pues tenía fama de esquivo y solitario.

–Maestro Buonarroti, llegáis en buen momento –le dijo–. Estos jóvenes han sometido a mi juicio una cuestión sobre Dante y Platón que sin duda sabréis responder mejor que yo...

El escultor pareció tomárselo a mal y le increpó con enfado:

–¿Qué quieres de mí, Leonardo? ¿Has regresado a Florencia para embaucarnos a todos?

– ¿Qué estáis diciendo? En verdad...

–¡Vuelve a burlarte de los milaneses, todos sabemos que les prometiste una estatua ecuestre del tamaño de una casa que nunca pudiste fundir! –le gritó sin detenerse.

La desabrida respuesta del escultor le desconcertó, no la esperaba. No tenía intención alguna de burlarse, bien al contrario, le habría agradado disfrutar de su amistad. Pero Michelangelo había hincado el dedo en una úlcera abierta, el caballo de Francesco

Sforza, nunca realizado... Se sintió aturdido, petrificado como una estatua de sal.

–No le deis importancia –dijo el joven, tan inmóvil como él, con la *Divina Comedia* en la mano–. Me llamo Piero Bandinelli, y mis amigos son Alamanno dei Martelli y Ugucione degli Alberti. Somos los tres florentinos, aunque Alberti y yo nos formamos en Roma, en la academia de Pomponio Leto.

–Entonces, sois neopaganos... –replicó Leonardo.

Por lo que sabía, Pomponio Leto, muerto hacía unos tres años, había creado en Roma una academia de amantes de la Antigüedad que se reunían en catacumbas, habían refundado el pontificado arcaico, conversaban únicamente en latín y reivindicaban a Juliano *el Apóstata*, último emperador romano, que expulsó de las escuelas a los maestros cristianos. En 1468 habían sido encarcelados por el papa Pablo II, que sospechaba una conjura republicana contra él financiada por el sultán turco. Fueron torturados en vano, y al cabo exonerados por falta de pruebas.

–Son habladurías sin fundamento –respondió el joven–. Pomponio era el mayor de los latinistas y un gran estudioso de la Antigüedad romana. Recuperábamos ritos paganos y los oficiábamos como en tiempos de Cicerón, es cierto, pero era un modo de consagrarnos a la Edad Clásica que venerábamos. Por lo demás, nuestra relación actual con la curia es excelente.

–No lo pongo en duda, tras la elección del «cardenal Vaginesio...».

Alessandro Farnese (aunque todos le conocían por el apelativo que había usado Leonardo, por cómo se había convertido en prelado mayor sin ser siquiera sacerdote) había sido alumno de Pomponio Leto, como era notorio, pero su nombre corría de boca en boca por ser hermano de Giulia, la hermosísima muchacha de veinticinco años por la que el Papa había perdido la cabeza, hasta el punto de amenazar de excomuniación a su entera familia si no regresaba a Roma cuando la joven decidió, a la llegada a Italia de Carlos VIII, volver junto a su marido. Ella accedió, pero escapó de nuevo poco antes de que el rey de Francia entrase en la ciudad. Farnese era cardenal desde hacía un año, por los méritos fraternos que nadie ignoraba.

–El cardenal alcahuete, como llamamos nosotros a Farnese –replicó Bandinelli–, no es ya discípulo de Leto. Completó su formación en Florencia, con Ficino y Pico della Mirandola, y se convirtió a la *pia philosophia*.

–A propósito de conversiones –respondió Leonardo–, reconocéis implícitamente que vuestra *philosophia* no es en realidad tan *pia*. Me atrevería a preguntaros por los vínculos de vuestro maestro con Sigismondo Malatesta, señor de Rímni, también él neopagano, al menos en opinión del papa Pío II, que sin embargo buscaba excusas para acabar con él.

–Ambos tenían predilección –respondió el joven– por las doctrinas de Gemisto Pletón, el neoplatónico florentino cuyos coloquios con él decidieron a Cosimo de Medici, abuelo del Magnífico, a fundar una academia platónica en Florencia. Pero Gemisto Pletón hablaba tanto de Dios como de los dioses: según algunos era politeísta, y cuando hablaba del Uno platónico lo hacía por disimular su paganismo de base; en opinión de otros era un cristiano, y por ende monoteísta, aunque tal vez antitrinitario, que intentaba conciliar cristianismo y platonismo, por lo que sus dioses serían sólo los

principios intermedios necesarios para explicar la pluralidad de los entes a partir de la unidad de Dios. Para Pío II y Pablo II, los papas que persiguieron, respectivamente, a Sigismondo Malatesta y los académicos romanos no eran más que ideas heréticas. Pablo II se convenció de que durante la cruzada de Morea Malatesta había tramado con el sultán turco, y de que los neopaganos romanos, en contacto con él, conjuraban para instaurar en la ciudad del martirio de Pedro un pontificado pagano. Pero Leto y los suyos, aun bajo tortura, no entendían en absoluto qué se pretendía hacerles confesar, y lo cierto es que nunca se halló evidencia alguna de la intriga.

–Pero según se me dijo en Venecia –insistió Leonardo–, con el papa Borgia, el neopaganismo se ha instalado ya en el Vaticano, y el anhelado pontificado pagano de los académicos romanos se hace fuerte en el corazón mismo de la cristiandad.

–En Venecia se dice todo y lo contrario de todo, pero Alejandro VI, el papa Borgia, es más ateo que neopagano. Y, en cualquier caso, un verdadero cristiano no debería poner en duda que quienquiera que ocupe el trono de Pedro, aunque fuera hijo bastardo del propio Maligno, sólo será un instrumento más de la gracia divina”.

–¿Qué sabéis de los códices de Mistrá? –le preguntó el pintor a bocajarro.

–¿Los códices de...?

–Ciertos manuscritos de la biblioteca de Gemisto Pletón que Sigismondo Malatesta llevó a Rímimi y que a su muerte Sacramoro Malatesta trajo aquí, a San Marco, donde alguien los robó después.

–Hace años oí hablar de un hurto en la biblioteca del convento –dijo el otro–, pero siempre pensé que se tratara de códices mediceos.

–¿Os dice algo el nombre de Pierleoni, exiliado riminés en Florencia, probablemente amigo de fray Sacramoro?

–¿Bartolomeo Pierleoni? Lo conozco, aunque no nos frecuentemos. Coincidimos varias veces en las prédicas de fray Domenico da Ponzio, uno de los más encarnizados adversarios de los *frateschi*, que atacaba a Savonarola desde el púlpito de Santa Croce. Alguien me dijo que ése era su nombre, Bartolomeo Pierleoni, pero hace años que no he vuelto a verlo.

–Murió en Milán. Asesinado, se ignora a manos de quién.

–Lo lamento...

El joven bajó la vista, esforzándose por adaptar la expresión de su rostro a la luctuosa noticia.

–Pero volvamos a Marsias... –se repuso al instante–. A vuestro entender, ¿Dante era platónico o aristotélico?

–Por lo que sé, en sus tiempos sólo se conocían un par de diálogos de Platón, de modo que era sin duda aristotélico.

Se despidió de los jóvenes y caminó de vuelta algo enojado.

De regreso a la Annunziata, se encerró en su celda sin saludar siquiera a Salai. Se sentó meditabundo al escritorio, aún le quemaba por dentro el insulto de Michelangelo. Habrían podido entablar amistad, habría sido provechoso para ambos, tenían muchas cosas de qué hablar, sobre todo porque no era fácil hallar en Florencia interlocutores con los que compartir inclinaciones comunes. Buonarroti, sin embargo, había decidido

que serían enemigos. «Basta muy poco, es más fácil ser enemigos que amigos», pensó. No rehuiría el combate, bien que no lo desease. Cuesta más abrir las puertas que cerrarlas.

Aún no se había decidido sobre el encargo del *condottiero* florentino, con el que debía reunirse de incógnito en el confín de Toscana. Sin embargo, el desagradable encuentro de esa tarde era un motivo más para acudir a la cita.

Por azar, encontró entre sus papeles la hoja con los cuadrados mágicos que le había regalado fray Luca, lo que alejó de su mente los pensamientos sombríos. Volvió a pensar en el cuadrado, no mágico, con los números cuya suma se leía sin leerse en la pizarra del retrato con el *eicosiexaedron* que el fraile había entregado a los duques de Urbino. Se dijo que debía existir alguna relación. Comenzó a escribir, como era su costumbre, pues apuntar las propias ideas ayuda a arrojar luz sobre ellas, o a apartarlas definitivamente si se las descubre al cabo menguadas de juicio.

Atinente a la astronomía, dice el maestro Luca, en sumo grado han mostrado los cimeros en ella, como Ptolomeo, Albumasar, Alfragano, Geber y los otros, siendo ninguno de ellos cristiano y pese a tal sabios más que los cristianos en semejante ciencia, cómo la fuerza y virtud de los números le sean necesarias, pues nada se puede hacer en modo alguno sin ellos. De donde a todos los planetas, por vía de figuras cuadradas, dieron números muy pertinentes según diversas agrupaciones de ellos, que por cualquier lugar se tomen dan siempre la misma suma, ora de lado, de través o por diámetro. Y asignaron a Saturno el cuadrado de tres por tres, a Júpiter el de cuatro por cuatro, a Marte el cuadrado de cinco, al Sol el de seis, a Venus el de siete, a Mercurio el de ocho y a la Luna el de nueve.

Y de dichas figuras muestra el maestro Luca en su libro De viribus quantitatis que deben formarse siempre con todos los números enteros desde uno, ninguno excluido y ninguno repetido nunca, en cada cuadrado antedicho, en modo que por ejemplo el cuadrado de Saturno, el más sencillo de ilustrar, con lado de tres números y cuadrado de nueve, que es tres veces tres, ha de contener todas las cifras de uno a nueve, sin excluir ninguna ni repetir ninguna.

Y dicen los astrólogos, bien que en verdad deba prestarse poca fe a sus parlerías, que tengan tales cuadrados virtudes mágicas, y que, entallados en piedras o amuletos a tal fin dispuestos, atraigan o espanten influjos benignos o malignos de los planetas que representan. En modo que el hombre acidioso, por maléfico influjo del planeta Saturno inclinado señaladamente a los humores melancólicos, no ha de exponerse nunca al cuadrado de Saturno, debiendo por el contrario nivelar tales influjos agoreros de mesticia. Ha de grabarse, pues, en el amuleto la figura de Júpiter, inspirador de temperamento sanguíneo capaz de equilibrar los humores saturninos. Póngase sobre la piedra el cuadrado de Júpiter de cuatro veces cuatro, que contendrá todos los números de uno a dieciséis en filas de cuatro, como abajo se muestra:

Donde se ve que la suma de cada renglón, cada columna y cada diagonal es siempre treinta y cuatro, que es la suma de todos los números de uno a dieciséis dividida entre cuatro: 34, que es 136 dividido por 4. Y bien que dé poco crédito a las chácharas de los astrólogos, siendo todos echacuervos, ha de reconocerse que es cosa admirable la fuerza del número que tales cuadrados manifiestan.

El cuadrado de Saturno, en cambio, se hará con todos los números de uno a nueve, que sumados entre ellos hacen 45, que dividido por tres da quince: y quince será la suma de cada línea, columna y diagonal, como en el cuadrado que muestra fray Luca en su obra:

Quince de lado, quince de través, quince por diámetro: todas las sumas darán quince.

Luego me di a pensar cómo pueda acomodarse dicha doctrina de los cuadrados astronómicos a la suma que fray Luca mandó poner en la pizarra de su retrato veneciano enviado a Urbino. Pues también allí los números sumados eran como en el cuadrado de Saturno, todos los de uno a nueve:

Pero digo que tales números no tienen allí sentido alguno. No es un cuadrado mágico, pues las cifras así dispuestas, comoquiera se las sume, en largo, alto o diagonal, no dan quince, sino resultas del todo diversas. Y el sentido de tal suma resta para mí velado. Ilustrado por el fraile en los cuadrados astronómicos, por un instante pensé hallar respuesta en ellos al enigma de su retrato.

Pero fray Luca es más artero que el Diablo.

Bordearon el Arno bajo las crestas del Pratomagno, hasta el Valle del Infierno y Laterina.

Le impresionaron los barrancos, las rocas de arcilla endurecida, socavadas como úlceras abiertas en la piel de las colinas, las hendeduras que se ramificaban como haces de nervios desnudados por la erosión. En ocasiones se detenía a bosquejar algún dibujo o a medir con la alidada y el goniómetro, para desesperación de Salaì.

–¿Cuándo llegaremos, maestro? ¿No será peligroso atravesar la frontera?

Abandonaron la añeja Via Cassia, sabedores de la presencia de patrullas florentinas en el puente de Buriano. Prefirieron atravesar el Arno sin ser molestados bajo Laterina, por Il Romito, donde se alzaba un viejo puente de cuatro arcos rebajados, asido a dos escarpaduras, que gustó mucho a Leonardo, a tal punto que quiso trepar a un cerro para dibujar desde la altura el río y el puente, enmarcados por aquel paisaje sugestivo en el que creía aferrar el corazón palpitante del mundo y el permanente afán de la naturaleza. Ascendieron con fatiga bajo el sol de junio, lastrados por la resistencia extenuante de los dos caballos, del mulo, de los matorrales, de Salaì.

Llegaron después a Arezzo desde Pieve a Maiano, donde se toparon con las primeras guarniciones aretinas.

Mostraron sus credenciales y fueron escoltados hasta la ciudad rebelde. Aunque fuera ya noche avanzada, Leonardo dejó a Salaì en los aposentos que les asignaron y se dirigió de inmediato al lugar de la cita. El *condottiero* le recibió en el Palazzo del Popolo, en una sala amplia y desnuda. Se sentaron uno frente a otro, separados por una mesa iluminada por dos grandes candelabros.

–¿Misión cumplida? –preguntó el hombre.

–No, por desgracia –respondió Leonardo.

–No tiene importancia –replicó el otro–. Esta vez no te he llamado por tenerte a mi servicio. Estoy en deuda con el duque Valentino, es a él a quien te envío. He sabido que hace dos jornadas entró con su ejército en Urbino, puedes descansar aquí unos días y reanudar de inmediato tu viaje. Si hemos de enfrentarnos a los florentinos, no deseo que padezcas las consecuencias.

–¿A Urbino? –preguntó Leonardo, sorprendido–. ¿Y el duque Guidobaldo?

–El movimiento de César Borgia nos ha sorprendido a todos. De regreso a Roma, puso cerco a Camerino y solicitó al duque de Urbino, que le contentó enseguida, acceso al paso de Cagli para reunirse con sus tropas en su nuevo ducado de Romaña. Pero repentinamente, se olvidó de Camerino e invadió el ducado de Urbino, golpeando a traición. Dicen que Guidobaldo da Montefeltro, advertido justo a tiempo, huyó

travestido de campesino.

–¿Compartimos el mismo bando?

El señor, que tendría unos treinta años, con el rostro en penumbra avivado por el chispear de las llamas, le miró insinuando una sonrisa amarga.

–Tal es mi deseo –respondió–. Vine a Arezzo acompañando a Paolo Orsini, con quien me une parentesco. Y con nosotros estaba Vitellozzo Vitelli, señor de Città di Castello. Ambos son capitanes al servicio del Valentino, pero no solicitaron su permiso para venir a Arezzo: lo hicieron sin más, mientras César Borgia estaba en Roma. Vitellozzo quiere ampliar sus dominios a expensas de Florencia, de Città di Castello a Borgo Sansepolcro y Anghiari, y espera que el Valentino le conceda las nuevas conquistas sin pretenderlas para sí. Paolo Orsini ambiciona Arezzo, y yo deseo únicamente volver a Florencia. Son intenciones predecibles, y el Valentino las conoce bien. Pero es del todo imprevisible. Es en parte de origen español, carece de antecedentes dinásticos en estas tierras, no tiene reglas que respetar: la agresión a Urbino lo demuestra. A ninguno de nosotros se nos hubiera ocurrido nunca atacar al último vástago de una familia que gobierna esa ciudad desde hace siglos. Eran pactos tácitos en toda Italia, antes de la llegada de los franceses, traídos por el Moro, y la elección de los Borgia, por desdicha obra nuestra. Por el momento, somos aliados. Aliados que se espían con recelo, pero aliados. Nuestro bando es el mismo, de lo contrario no te enviaría a su servicio.

–¿Qué puedo hacer yo por los Borgia?

–Serás arquitecto e ingeniero militar, diseñarás fortificaciones, trazarás mapas, realizarás exploraciones de reconocimiento, no te faltará materia para dibujar. Si él lo pidiese, pintarás su retrato, pero no albergo dudas de que no lo hará. En Urbino podrás proseguir con tus investigaciones y con la tarea que te he confiado.

Leonardo asintió con la cabeza y se levantó. Hizo ademán de marcharse con una reverencia.

–Aguarda un momento –dijo el hombre–. Ve a ver a Vitellozzo Vitelli. Ha tomado Borgo Sansepolcro y tiene en su poder libros que fueron de Piero della Francesca, obras de Física y de Geometría. Le he pedido que te entregue uno. Borgia te hará obsequio de un volumen de escritos de Arquímedes que perteneció a Barozzi, obispo de Padua y gran apasionado de la ciencia matemática. Detente, pues, en Borgo, donde está Vitelli, y sigue viaje después hasta Urbino.

–No hay palabras para expresar mi gratitud a Vuestra Alteza. Buscaré caballos frescos para mí y mi ayudante, partiremos dentro de dos días, con el alba.

Abandonó la sala con otra inclinación.

Comenzaba a acusar la fatiga del viaje y la desazón de la incertidumbre. Abandonó aquella audiencia oprimido por un vago sentimiento de inquietud. Tenía un encargo, sí, pero se encaminaba al cráter de un volcán activo. Todos los equilibrios de Italia, sólidos durante casi medio siglo, habían saltado definitivamente en pedazos, y él se sentía de nuevo en el corazón de la tormenta. Milán era ahora una ciudad francesa, se decía que era inminente un desembarco de los españoles en el sur, y entre Arezzo y Urbino, los Vitelli y los Orsini, a sueldo del Valentino y la Iglesia, aprovechaban la sacudida provocada por los Borgia en su propio beneficio. Que el Valentino, en respuesta,

hubiera tomado Urbino, era un presagio de nuevas zozobras.

¿A quién pertenecía ahora Arezzo, por ejemplo? ¿A Piero de Medici? ¿A los Orsini? ¿A César Borgia? ¿Al Papa? ¿La restituiría Luis XII a la República florentina, cuyo dinero aceptaba? En cualquier caso, la decisión parecía en manos del rey de Francia. La tensión se palpaba: estaba a punto de desencadenarse una guerra de todos contra todos, de consecuencias trágicas para los italianos. Pero príncipes y *condottieri* no parecían darse cuenta. Ciegos a cuanto no fueran sus mezquinos intereses locales, a cambio de unas migajas de territorio, cabalgaban alegremente hacia su propia ruina. Entretanto, los monarcas extranjeros aguardaban, ufanos de que los ejércitos itálicos se diezmaran entre ellos en estúpidas contiendas fratricidas.

Caminó hasta el edificio de su alojamiento aretino, frente a San Francesco. Por la mañana contemplaría en la iglesia los frescos sobre la leyenda de la Vera Cruz de Piero della Francesca. Al entrar en la casa, le enojó oír una voz de mujer en la habitación de Salaì. Golpeó la puerta gritando: «¡Ábreme ahora mismo!». Dentro se hizo un silencio apenas roto por un leve ajeteo de sillas. Pasaron unos átomos de tiempo, unos instantes, como ahora se decía. Cuarenta y siete instantes, era bien sabido, hacen una onza, doce onzas un momento, diez momentos un punto, cuatro puntos una hora. Un momento se compone de 564 instantes, calculó mentalmente, una hora de cuarenta momentos, que son 22 560 átomos indivisibles de tiempo.

No le gustaba ese modo de contar el tiempo. Demasiados instantes.

–¡Abre de una vez la puerta! –rugió furioso.

Salaì apareció en calzón y Leonardo irrumpió en el cuarto. Se dirigió hacia la mujer, una hermosa jovencita abundante en carnes, con el corpiño aún por abrochar. Leonardo le echó las manos al cuello como si quisiera estrangularla. La muchacha se retorció como un gato, aferrada a sus muñecas.

Leonardo la soltó de golpe.

–¡Sal de aquí! –dijo con voz firme, indicándole la puerta.

–Pero, maestro... –protestó Gian Giacomo.

La muchacha, con aire ofendido, acabó de vestirse y se marchó con un portazo.

–Maestro, debéis explicarme... –balbuceó Salaì, haciendo esfuerzos por recuperarse del asombro y mostrar cierto tono de indignación.

–Tiene las glándulas del cuello hinchadas –respondió Leonardo–. ¿Es que no sabes que los ejércitos se mueven con un séquito de rameras para la tropa y cortesanas de lujo para los capitanes? Esa pobre muchacha sufre de *pudendagra*...

–¿De qué?

–De morbo gálico, o mal francés, o mal napolitano, o como quieras llamarlo. ¿Cuántas veces debo repetirte que en estos tiempos conviene tener a raya la lujuria? He de encontrarte esposa, muchacho. Con veintidós años cumplidos, contienes a duras penas el ardor de tus humores. Pero te quiero bien y te buscaré una virgen

Le acarició dulcemente la mejilla. Salaì ya era un hombre hecho, el adolescente grácil se había vuelto rotundo y fornido como un toro. Leonardo salió del cuarto dándole las buenas noches, pero se vio obligado a volver al oír aullar a Gian Giacomo imprecaciones indescifrables en dialecto de Brianza.

–¿Qué ocurre? –preguntó preocupado, asomando la cabeza por la puerta.

–¡Esa *sguangia* me ha robado la bolsa del dinero!

Leonardo soltó una carcajada.

–¡Dios del cielo, te pido mil perdones! Habías encontrado a tu alma gemela y la has dejado escapar por mi culpa...

No era capaz de contener la risa.

–Podíais haber formado una hermosa familia, la bolsa de los ladrones...

Tras informarse de la cuantía robada, que era escasa, concilió el sueño de buen humor.

Por la mañana, admiró los frescos de Piero en San Francesco. Al saberlo amigo de fray Luca Pacioli, al que todos conocían en el convento, el fraile de mediana edad que le había acompañado a la Capilla Mayor, fray Bonaventura, se ofreció para ilustrarle el ciclo. Una narración compleja, desde la muerte de Adán, el primer hombre, hasta la exaltación de la cruz, que regresa en el séptimo siglo a Jerusalén tras la victoria del emperador de Oriente, Heraclio, sobre el rey persa Cosroes, que la había robado. La leyenda decía que el árbol sagrado de la cruz de Cristo creció de la boca del cuerpo de Adán después de su sepultura, con la germinación de un grano del árbol del pecado que el arcángel Miguel había entregado a su hijo Set.

Era una historia simbólica de la cristiandad entre el pecado y la redención, hasta el combate contra el Oriente infiel, y los episodios narrados, así como la manera en que habían sido representados, reflejaban a las claras el clima de nueva cruzada que encendía los ánimos en los albores de la segunda mitad del siglo precedente, cuando Constantinopla había caído en manos turcas y las iglesias de Oriente y Occidente meditaban una nueva unión para hacer frente a la amenaza.

–Observad –dijo fray Bonaventura, señalando el fresco central de la pared derecha, como para confirmar las primeras impresiones de Leonardo–. Aquí se representa el encuentro entre el rey Salomón y la reina de Saba. Pero Salomón es en realidad el cardenal Besarión, el filósofo griego que acompañó a su maestro Gemisto Pletón al concilio de Florencia para defender la causa de la unión de las dos Iglesias y la nueva cruzada contra el turco. Se dice que el pintor de Borgo era adepto al platonismo de Besarión. Y en verdad se inició una cruzada contra el Despotado de Morea, aunque con un contingente muy reducido, durante el papado de Pío II...

–Conozco bien la cruzada –dijo Leonardo–, sé ya todo sobre Sigismondo Malatesta, el traslado a Rímmini de los restos de Gemisto Pletón y lo demás.

Su atención se demoró sobre dos detalles. En primer lugar, le pareció que Piero della Francesca hubiera usado una técnica mixta en aquellas pinturas, realizándolas en parte al fresco y en parte al seco, y acercó los ojos a la pared para verificar su impresión y la consistencia de lo pintado al seco en el conjunto. En segundo lugar, observó con extraordinario interés la escena de la batalla entre Heraclio y Cosroes, que aunque en la manera anatómica y ópticamente desmañada de uso común en los decenios precedentes, obsesivamente atenta a la geometría e ignorante de la perspectiva luminosa, representaba el más turbulento enfrentamiento de caballerías que hubiera visto nunca, una refriega estremecedora, cuerpos de heridos aplastados por los bípedos, un amasijo de cabezas, jinetes concentrados en asestar el golpe, espadas, lanzas, cimitarras, mazas de clavos,

estandartes.

Pensó en cómo hubiera sido aquel fresco de haberse asimilado entonces por completo la lección de los flamencos, si hubieran sabido pintar el polvo alzado por los caballos en una batalla real, representar los remansos de sangre y fango en la tierra, plasmar con fidelidad anatómica la tirantez de los rostros, la tensión de los tendones, los ojos desorbitados, la ira. Y decidió que una batalla era el terreno ideal para poner a prueba sus conocimientos adquiridos sobre la perspectiva luminosa y las gradaciones de la luz, sobre la naturaleza de la Fuerza y la anatomía humana.

Al día siguiente, partieron temprano hacia Borgo Sansepolcro, lugar menudo y periférico, afortunado por haber visto nacer a dos personajes de la envergadura de Piero y fray Luca. Atravesaron Anghiari y el Tíber, y entraron al corazón del pequeño centro por Porta del Ponte. Pronto supieron que allí importaba mucho menos ser Leonardo da Vinci que declararse amigos de Luca Pacioli. Todos lo conocían y hablaban de él con afecto, y como es común en las ciudades pequeñas, se sentían partícipes de la notoriedad que el fraile se había labrado entre Roma y Venecia. «En casos así», pensó, «una aldea es semejante a un equipo del juego del *calcio* que se disputa en Piazza Santa Croce por Carnaval, en el que los jugadores que no participan en el lance victorioso se sienten también parte de él».

Les mostraron dos obras de Piero, la tabla de la *Virgen de la Misericordia* y una resurrección. A la noche siguiente, eran ya amigos de todos. Con el calor de finales de junio, se organizó una cena al aire libre a la que asistió media aldea. Leonardo y su ayudante fueron los invitados de honor. Al cabo, Leonardo tocó el laúd y Salaì bailó bajo la Berta, la torre antigua, junto a un centenar de lugareños de toda edad. Habrían deseado demorarse allí el resto de sus vidas, especialmente el muchacho, pero Vitellozzo había regresado ya a Città di Castello, de manera que tres días después, con el alba, reanudaron viaje en dirección a Urbino.

Cruzaron la Bocca Trabaria entre prados, bosques y súbitos espolones de tierra estratificada, semejantes a lápidas hacinadas en tumulto en algún camposanto de gigantes. En un valle lujuriente, alcanzaron el Metauro, que habían de seguir hasta Casteldurante y Monte Asdrualdo, lugar natal de Donino, llamado Bramante, para después subir un par de millas hasta la cercana Urbino. Sin embargo, poco antes de Casteldurante fueron interceptados por una patrulla armada del Valentino y escoltados dos jornadas hasta la ciudad ducal.

Cuando se llega a Urbino a caballo desde el sur –se nos muestra abruptamente, desde abajo, trascendiendo sus propias murallas, encaramada a un doble cerro inaccesible desde cualquier vía–, es imposible no impresionarse ante las esbeltas torrecillas del palacio de Federico da Montefeltro, que insinúan en el mastodóntico edificio un corazón gentil, enmarcando entre las almenas gibelinas que coronan los muros la gracia galante de las logias de ecos clásicos, un breve sueño de amenidad en la piel dura de un grumo austero y macizo de poder. Leonardo lo sabía, estaba preparado, Donino y fray Luca se lo habían descrito como uno de los más bellos palacios de Italia, pero llegaron casi a mediodía, el sol golpeaba la frente, y al levantar la mirada y descubrir ante él al gigante de piedra, sintió un vahído de emoción. Por fortuna, su caballo y Salai, poco sensibles a la maravilla arquitectónica, continuaron adelante.

Más tarde, al recorrer por largo y por ancho el centro de la ciudad con el odómetro de Herón, inspeccionando el perímetro de la muralla y midiendo distancias desde la cima de un campanario con el goniógrafo circular –como explicaba Alberti en sus *Ludi mathematici*– para intentar dibujar un mapa a vista de pájaro, tendría la impresión de que atisbada desde arriba, sobrevolándola como un gerifalte, la ciudadela habría de asemejarse a un cerebro humano sometido a una craneotomía: una hendedura central, el *cardo* de la antigua ciudad romana, la dividía en dos hemisferios, y un laberinto de ventrículos sinuosos se derramaba a ambos lados del cráneo abierto, hasta el hueso robusto de los baluartes. Era vicio y lujo suyo imaginarse a menudo la vida vista desde arriba, y aunque a veces le invadía cierta añoranza de sentirse inmerso en ella, se dejaba arrastrar de inmediato a lo lejano por la corriente impetuosa de su curiosidad infinita.

No vieron a casi nadie a aquella hora, sólo a soldados y gentes de séquito, más o menos atareadas en los meandros de las callejuelas, y a grupos de ociosos jugando a los dados en plazas, pero a ningún niño o anciano: sí a mujeres, pero sólo –por así decirlo– de la impedimenta. Desmontaron frente a la entrada del palacio. Salai se quedó junto a sus cosas, él mostró la carta del *condottiero* a los guardias que defendían el ingreso.

–Girad a la izquierda, y luego de nuevo a la izquierda, por las grandes escaleras –dijo el centinela.

Leonardo atravesó un amplio y breve corredor que le llevó hasta el pórtico del patio de armas, sostenido sobre arcos de medio punto por columnas de capiteles corintios. «Extraordinario», pensó, y se asomó a leer la inscripción esculpida sobre el tambor de los arquivadas: *Federicva Vrbini dux montisferetri ac durantis comes...* «Federico, duque de Urbino, conde de Montefeltro y Casteldurante...». Con lo que se declaraba quién había hecho construir aquel palacio a *fvndamentis*, «desde los cimientos», como a

continuación se leía, recordando los triunfos en paz y en guerra del difunto duque, padre de Guidobaldo, que debió ser un *condottiero* en verdad excepcional si como allí se decía *sexies signa contvulit octies hostem profligavit*, lo que significaba, si su incierto latín no le engañaba, que «había derrotado al enemigo ocho veces de las seis que lo afrontara en campo abierto». Excepcional, como poco, por la ironía, talento raro en un *condottiero*.

«A la izquierda y después otra vez a la izquierda», se repitió, volviendo sobre sus pasos. A la izquierda de la puerta por la que había entrado, y de inmediato de nuevo a la izquierda, había otra puerta custodiada por un alabardero, al que mostró igualmente la carta del *condottiero*. El centinela leyó el papel y dijo:

–Esta es la puerta de la biblioteca, a la que sólo se accede, por orden del duque *Valentino*, con salvoconducto suyo.

–¿La célebre biblioteca de Federico da Montefeltro?

–Así es. Si deseáis llegar al piso superior y ser recibido por el duque, id hasta el fondo y atravesad aquel portón: a la izquierda veréis una gran escalera.

Leonardo subió hasta desembocar en el vasto y luminoso corredor de la logia superior, atestado de sirvientes que iban y venían por la puerta que daba, a la derecha, a un salón inmenso ocupado por dos largas mesas, donde comían –como comprendió enseguida– los capitanes al servicio de César Borgia. Al asomarse un instante, se oyó llamar por una voz que no reconoció:

–¡Maestro Leonardo!

Un militar sentado a la mesa de enfrente agitaba los brazos para llamar su atención. De repente, recordó su nombre: era Giovanni Conte, hombre de armas al servicio del cardenal Ascanio Sforza en Milán, y ahora sin duda a sueldo del *Valentino*. Se acercó a saludarle. El otro le estrechó la mano y se ofreció para escoltarle ante el duque. Abandonaron el salón por otra puerta hasta una estancia más pequeña, a la derecha, que los llevó a otra aún más reducida, con una chimenea ricamente decorada, coronada por un águila negra imperial sobre fondo dorado. A la izquierda del hogar, un ventanal entreabierto filtraba la luz, pero en la penumbra vio, a su derecha, una pintura cuya manera reconoció al instante: era de Piero della Francesca.

Giovanni Conte le invitó con un gesto a aguardar allí y se dejó engullir por un gran portón a la derecha de la chimenea. Leonardo observó la tabla. Representaba a una virgen con un niño Jesús dormido en el regazo, rodeada por seis santos, tres a cada lado, y con cuatro ángeles detrás del trono que ocupaba. Ante ella, de perfil, como se acostumbraba a retratar a los príncipes, se arrodillaba un caballero armado de todo punto, aunque con la cabeza casi calva al descubierto y una extraña nariz aguileña. Al fondo, una arquitectura de aire clásico, una bóveda de cañón que recordaba la de las logias externas del palacio, y un ábside recubierto de paneles de mármol colorido sobre el que se abría una enorme venera de yeso de la que pendía un huevo de piedra. Símbolos paganos, la concha y el huevo: la primera fue la embarcación sobre la que Afrodita llegó a la isla de Chipre, y aludía al nacimiento de la diosa del amor de las aguas del mar griego; del segundo nacieron los hijos de Leda, amada por Zeus bajo forma de cisne. Mitos referidos a la renovación de los tiempos en un nuevo soplo de

amor divino, y a la génesis milagrosa, por mística fecundación, del Redentor. Su mirada se demoró después sobre el fraile retratado como san Francisco, en cuyos rasgos creyó reconocer a un joven Luca Pacioli.

–Esa tabla de Piero se halla aquí transitoriamente –dijo una voz cavernosa que brotó de las tinieblas a su izquierda, mientras Giovanni Conte abandonaba la sala a su espalda–. Me dicen que se destina a la iglesia de San Bernardino de Siena, quien fue confesor de Federico da Montefeltro. La iglesia está fuera de las murallas, pero se trabaja en la ampliación del coro, pues debe acoger los restos del gran *condottiero*, que yacen temporalmente en San Donato degli Osservanti. El caballero con armadura que se arrodilla incómodamente ante la Virgen es, por supuesto, él mismo, el padre del duque... del antiguo duque Guidobaldo, por mejor decir.

Leonardo se giró hacia la voz, y al verle, se inclinó con una honda reverencia: «Leonardo da Vinci, a vuestro servicio».

La figura del Valentino resultaba sin duda imponente. Salvo por el toro rojo sobre campo dorado de los Borgia cosido en el pecho, incrustado de piedras preciosas, además del ambicioso lema *avt Caesar avt nihil*, «O César o nada», bordado bajo el blasón, vestía con sobriedad, como soldado; era de complexión musculosa, de cabellos largos y negros y barba poblada y sinuosa que le cubría por completo el cuello, más de filósofo que de *condottiero*.

–Según se dice, Federico da Montefeltro mostraba siempre su perfil izquierdo por haber perdido el ojo derecho en combate –continuó el duque–. Y una leyenda asegura, tal vez con cierto fundamento, que su perfil singular se debiera a la porción de tabique nasal que quiso cortarse para conservar con un solo ojo una visión completa.

Con un gesto, invitó a Leonardo a sentarse en la silla que había bajo la ventana, pero él siguió en pie en la penumbra, caminando lentamente por la sala durante el coloquio.

–Admiré vuestra *Última cena* en Milán –dijo–, no ignoro que sois un artista excelso, pero por el momento no preciso de vuestros servicios como pintor. Tal vez cuando todo acabe os pida que ensalcéis la historia que ahora estamos escribiendo. ¿Qué se dice en Florencia de nuestras empresas?

–Las miramos con honda y sentida admiración –mintió Leonardo, sabedor de que el duque sabía que mentía. No podía hablarle del terror que provocaba en los florentinos cada incursión suya y de sus aliados en territorio toscano.

–Romaña y La Marca han pertenecido siempre a Roma –prosiguió el duque–, pero los Malatesta de Rímini y los Montefeltro de Urbino llevan siglos haciéndose guerra, por lo que son vicarios poco fiables para el Papa, pues la amistad de uno de ellos trae fatalmente el encono del otro. Pero ahora nuestras tropas han rendido Urbino y Rímini, y los territorios de ambas familias nos pertenecen. La Iglesia y el Santo Padre deben fortalecer su poder en el Adriático, dominado por los venecianos y amenazado por el turco. La cristiandad se halla en peligro, y los venecianos ya no son suficiente baluarte: han concertado con el sultán acuerdos semejantes a los que tuvieron con Bizancio, para ellos no hay diferencia entre cristianos e infieles en cuestiones de comercio.

Se le sabía cruel y asesino, y que los Borgia eran cínicos y ansiaban poder, de manera que oírle hablar de cristiandad sorprendió a Leonardo. Se preguntó si creía en lo que

decía, o simplemente mentía, sabiendo que él sabía que lo hacía.

–¿En qué puedo seros útil? –le preguntó.

–Para empezar, deberéis realizar un mapa de Urbino y sus alrededores. Más tarde, os enviaré a inspeccionar las fortificaciones del ducado y sus zonas limítrofes, para que verifiquéis si están anticuadas o pueden resistir aún los embates de la moderna artillería. Si precisáis de ayudantes, solicitadlos. La mano de obra local posee habilidades artesanales considerables, podemos utilizarlas. En Roma me reuní con Donato Bramante, que os conoce bien y hace prodigios en la Ciudad Eterna. Él nació en esta región, se formó aquí, y hace hablar a los muros. Recorred la ciudad, departid con los artistas locales y seleccionad vos mismo a vuestro personal. Si halláis fortificaciones débiles que requieran reestructuración, acudid a decírmelo en persona, hablad únicamente conmigo.

Cuando en una de las breves caminatas que acompañaban sus palabras se le acercó mucho, Leonardo notó una mácula roja en su mejilla derecha, aunque la espesa barba la cubriera casi por entero. De repente comprendió el motivo de la barba, su predilección por la penumbra y por qué no pensaba pedirle un retrato: había contraído el morbo gálico, que tal vez pronto le devastara. Era una dolencia de la que nada se sabía, sólo que había brotado misteriosamente hacía unos años y se propagaba velozmente por doquier. Se sospechaba que su transmisión fuera sexual, pues su primera manifestación era siempre un chancro en los órganos generativos. Se sabía que su naturaleza intermitente tendía al encarnizamiento, apenas eso. Y César Borgia parecía afectado.

–No disponemos de mucho tiempo –continuó el Valentino–, el Santo Padre envejece y nuestros designios han de materializarse antes de que se apague. Más adelante, cuando nuestro dominio se consolide, habrá ocasión para las bellas artes, que perpetuarán la gloria de los Borgia en los siglos venideros. Si hay algo que necesitéis...

–Sí –respondió Leonardo–, un salvoconducto para acceder a la biblioteca.

–Ciertamente, tal vez encontréis allí mapas antiguos o noticias de valor sobre estos territorios. Acompañadme.

Atravesó de nuevo la puerta por la que había entrado, seguido por Leonardo. Le sorprendió que el hijo del Papa le concediera ocasión de apuñalarle por la espalda, si el deseo y el valor hubieran movido su mano. Lo consideró una demostración de confianza a la que debía esforzarse en corresponder. Entraron en un pequeño gabinete que le pareció muy singular, revestido de madera labrada, con perspectivas falsas y escenas alegóricas que ensalzaban las artes y ciencias: los contrastes cromáticos de las marqueterías creaban la ilusión de postigos entornados o abiertos, de escaños imaginarios en los que fingían apoyarse instrumentos musicales, esferas armilares y astrolabios, perspectivas de paisajes, un cesto de frutas, una ardilla, el retrato de Federico da Montefeltro en veste de estudioso, con la armadura a su lado. En la parte superior, se sucedían los retratos de treinta sabios de todas las épocas, de Moisés y Salomón a los filósofos de la antigua Grecia, de Dante y Petrarca a Besarión y Pío II.

–El *studiolo* del duque Federico –dijo el Valentino, tomando asiento en una mesita incrustada en una cavidad de la pared y comenzando a redactar el salvoconducto.

–En verdad –prosiguió–, el espíritu de Federico da Montefeltro parece aquí

omnipresente, pero en cada rincón se advierte la presencia silenciosa de su hermano...

–Su hermano murió muy joven, si no me equivoco... –dijo Leonardo.

–Oddantonio, el legítimo heredero, suprimido por una conjura a la que se dice que no fuera ajeno Federico, no era en realidad hermano suyo. Federico fue adoptado cuando su padre aún carecía de herederos varones, antes de que su segunda esposa le diera a Oddantonio. Era hijo de una hija de su padre, Aura da Montefeltro, esposa de Bernardino Ubaldini della Carda. Su verdadero hermano era Ottavio Ubaldini, que habitó en este palacio y compartió el poder con Federico, a menudo ausente por empeños militares. El «mago de Urbino», como algunos lo llaman, era amigo de filósofos y astrólogos, y en grado sumo del cardenal Besarión, a tal punto que cuando éste decidió donar sus libros a la biblioteca de San Marco, en Venecia, quiso que hasta su muerte se depositaran en la del duque, a cuya organización dedicó el hermano oculto buena parte de sus energías. Era astrólogo y alquimista, falleció hace ahora cuatro años. Se dice que una poción suya dejó impotente al hijo de Federico, Guidobaldo, del que todos saben que nunca tendrá descendencia.

Le entregó el salvoconducto. Leonardo hizo una reverencia y se dispuso a abandonar la estancia.

–Hay aposentos sin ocupar en el palacio, consideraos mi huésped. ¿Traéis ayudantes?

–Uno, muy joven.

Ardía en deseos de visitar la biblioteca. Fue a buscar a Salai, condujeron sus caballos a los establos del palacio, envió al muchacho a ocuparse de sus habitaciones y volvió sin demorarse al patio de armas. Agitó con gesto de triunfo su salvoconducto ante el centinela.

El soldado observó atentamente el papel hasta reconocer la firma, luego dijo:

–No os sorprendáis al entrar, veréis a otro visitante. Hará tres horas que entró, y no parecer tener intención alguna de marcharse.

Le franqueó el paso. Leonardo ingresó en una vasta estancia tapizada de estantes repletos de libros. Vio a la derecha varias puertas alineadas, una mesa en el centro, todo envuelto en la luz tenue que filtraban los ventanales. Al fondo estaba el desconocido, cuya apariencia le hizo pensar en un ave de rapiña.

Cuando el guardián cerró la puerta a su espalda, sintió un escalofrío.

Vestía de negro. Era de cabello oscuro, corto, de rostro enjuto y sin barba, de ojos como cuchillas que indicaban perspicacia: Leonardo sintió que se los clavaba como él hacía con los suyos sobre la superficie del Arno al calibrar su lecho. El hombre que encontró en la biblioteca –al inicio absorto en el examen minucioso de los libros– era unos quince años más joven, no vestía a la francesa ni parecía pertenecer al séquito del Valentino: tal vez fuera de Urbino, o el embajador de una cercana ciudad toscana. Apenas oyó que entraba, se dirigió hacia Leonardo entre las filas de estantes, bajo la cálida luz de la tarde estival que bañaba la estancia. Le tendió la mano.

–Sois el maestro Leonardo, os conozco –le dijo–. Me llamo Niccolò, Niccolò Machiavelli, a vuestro servicio. Soy florentino como vos, pero al contrario que vos, estoy aquí en representación de mi patria.

Leonardo sintió el aguijón de la malicia sutil y el velado reproche de la frase.

–La misma patria de la que también soy hijo, aunque ilegítimo –respondió con frialdad.

–Ciertamente –dijo el otro–, en el trance que vivimos nos sería de gran ventaja contar con vuestros servicios, considerando que sois tan cercano al duque Borgia como para conocer más que nosotros sus secretos designios sobre nuestra ciudad. Pero dejadme pensar... En efecto, parece claro. Los Sforza eran amigos de los Medici cuando os hallabais en Milán con Ludovico *el Moro*; y ahora que los Medici quieren volver a Florencia con el auxilio del Valentino, os encontráis precisamente aquí, a su servicio: siempre habéis sido un hombre de los Medici, ahora lo sois de Piero como antes lo fuisteis del Magnífico. ¿He dado en el blanco?

–Mi padre trabajaba para ellos –respondió.

–¿Vuestro padre?

–*Ser* Piero de Antonio da Vinci, el notario.

–¿Tenéis la seguridad de que sea vuestro padre? –preguntó, sardónico e insolente, el embajador florentino–. Pues, salvo a vos, comenzó a concebir pasados los cincuenta y después de enterrar a dos esposas jóvenes. Se rumorea que, con el auxilio de potentes infusiones de mandrágora, supongo que me entendéis...

–Estoy tan seguro de ser hijo suyo como vos del vuestro –musitó Leonardo, herido por segunda vez por la perfidia de aquel hombre. No sintió simpatía alguna por el embajador de la República ante el Valentino, altanero y lenguaraz como todos los florentinos. Aun así, había de reconocerle una sagacidad penetrante y una inteligencia aguda. Como, por lo demás, a casi todos los florentinos.

–En cualquier caso, se diría que sólo os sentís a vuestro gusto entre príncipes, ¿me

equivoco? –insistió Machiavelli.

–Deberíais compadecerme. Tal vez sea porque desde mi nacimiento busco un padre, considerando que el mío... Poco importa que las figuras paternas cuyo favor persigo sean por lo común más jóvenes que yo. Os diré más: mi anhelo oculto es hallar a quien me ofrezca un salario con libertad para ocuparme de lo que me plazca, alguien que me pague para ser yo mismo. Para proseguir con mis estudios, y también para que pinte, pero sólo cuando sienta la necesidad, cuando me asalte una idea nueva... Y, sin embargo, no ignoro que, de encontrar un príncipe semejante, me apagaría en pocos años: anhelamos la libertad, pero se diría que la libertad nos mata...

–Disculpad mi atrevimiento de antes –replicó el embajador, que comprendió por estas últimas palabras que había rozado una herida abierta. No era ésa su voluntad–. En cualquier caso, ¿rechazaríais de inicio una oferta de colaboración de la República?

–Han transcurrido dos años desde mi vuelta a Florencia, y no me consta que la República haya mostrado interés por otra cosa que no sea mi patrimonio, con intención de adelgazarlo con la *decima scalata*. Con la República está Michelangelo, eso debería bastaros.

–No estoy seguro de que entendáis cabalmente la naturaleza de las pretensiones de César Borgia, a cuyo servicio estáis, ni el peligro que suponen para nuestra patria común.

–Tengo entendido que es aliado de los franceses, como nosotros.

–Pero también lo bastante ambicioso como para cambiar de bando en su propio beneficio. Sería más propio decir que se sirve del auxilio de los franceses y de la protección de su padre para crear un reino suyo en el corazón de Italia, un reino sobre cuyas dimensiones ni su padre ni él mismo parecen tener aún una idea bien definida. Ahora finge apoyar a Piero de Medici, pero nada nos asegura que no albergue aspiraciones sobre nuestra ciudad. Hemos entregado al rey de Francia cientos de miles de ducados para que mantenga a raya al Valentino, pero ¿durante cuánto tiempo podrá mantenerse esta situación?

–Tranquilizaos –dijo Leonardo–, por el momento el duque Borgia tiene otros asuntos de los que ocuparse. Le basta con que las incursiones de sus tropas y las de sus aliados siembren el pánico en nuestros territorios. Mientras Florencia le tema, no sentirá la amenaza de la República.

–Creedme –replicó Machiavelli–, al hijo del Papa le preocupan más sus intereses que las pretensiones de Piero de Medici, por más que éste se engañe. Ciertamente, con él tendría un aliado seguro en Florencia, y si decidiera apoderarse de ella, le convendría tener de su lado a alguien con partidarios dentro de las murallas. Pero no moverá su ejército por procurar un reino a ningún otro.

–Tiene hombres suficientes para rendir Florencia, y extraordinarias dotes de estratega –dijo Leonardo–, pero no ignora que la empresa resultaría demasiado costosa. En mi opinión, por el momento nuestra ciudad puede dormir tranquila, el Valentino debe consolidar el reino que ha conquistado en los propios territorios de la Iglesia, administrados hasta ahora por vicarios poco fiables. Deberá reforzar sus fronteras y asegurarse la colaboración de los nobles locales.

–Es vuestra opinión... Pero no es mi intención robaros más tiempo. Nos hallamos en una de las bibliotecas más ricas del mundo, la de Federico da Montefeltro. Aquí puede encontrarse todo. Manuscritos, muy pocas obras impresas, códices magníficamente ilustrados. El padre de Guidobaldo reunió un patrimonio extraordinario: la mayor parte en latín, aunque hay muchos códices en griego, y algunos en árabe y hebreo. He descubierto un manuscrito que contiene suras del Corán en árabe y latín...

–El viejo duque era un soldado, un capitán excepcional, pero en tiempos de paz amaba la lectura. Por lo demás, su hermano...

–Las obras de Filón de Alejandría, traducidas por Lelio Tifernate, el comentario de Giorgio Merula a las *Sátiras* de Juvenal, la *Vida de Alejandro Magno* de Curzio Rufo, la *Historia florentina* de Poggio Bracciolini, el *De re militari* de Vegetio junto al de Valturio, obsequio de los Malatesta, la *Vita Braccii Fortebracii* de Giovanni Antonio Campano, el comentario al *Digestum vetus* de Bartolo da Sassoferrato... Hace más de media hora que me demoro con los historiadores, Herodoto, Tucídides, Polibio, Plutarco, Livio, Tácito, Flavio Josefo...

–¿Y la Matemática y la Física? –preguntó Leonardo.

–Acompañadme –dijo Machiavelli–, quiero mostraros algo singular.

Lo condujo hasta un rincón poco visible de la última de las cuatro salas de la biblioteca. La inesperada aparición le cortó el aliento, sintió que acudía por fin a un reencuentro anhelado, como si siempre hubiera sabido que habría vuelto a verlo: de la pared colgaba el retrato de Luca Pacioli que tan bien conocía Leonardo, con el joven Gonzaga, el dodecaedro de madera y el *icosiexaedron* de cristal. Tal era, pues, el lugar al que estaba destinado. ¿Por qué allí? Recordó que su amigo matemático le reveló que las cifras de la pizarra configuraban «un código numérico cifrado y prácticamente inviolable para proteger informaciones y objetos confidenciales». La estantería de doble anaquel que había bajo el cuadro, de menor altura que las demás, contenía una quincena de tratados de Matemática, Perspectiva y Arquitectura. Tomó las obras de Arquímedes, abrió el libro: procedía de Borgo Sansepolcro, se dijo que tal vez había pertenecido a Piero della Francesca...

–Y ahora, prestad atención –dijo el secretario de la República.

Fue apoyando en el suelo de la sala todos los libros del anaquel que había bajo el cuadro. Tras ellos se ocultaba un extraño artefacto hecho de placas metálicas y piezas de piedra con forma de *icosiexaedron*, fijado a la pared por una de sus ocho caras triangulares. Las dieciocho caras cuadradas estaban numeradas con cifras de cero a nueve.

–Lo he estado estudiando con atención –dijo Machiavelli–. Creo que se trata de un dispositivo de cierre extremadamente sofisticado y difícil de franquear. Consta de ocho triángulos fijos y tres octágonos cuadrados, en largo, alto y ancho, que giran en torno al centro, formando combinaciones numéricas siempre diferentes, una de las cuales debería desbloquear el mecanismo. Tengo el presentimiento de que esta pared oculta un pasadizo.

–¿Para celar qué, en vuestra opinión?

–Sospecho que el difunto padre del duque de Urbino –continuó el diplomático–, coleccionista de códices de valor, hizo construir una biblioteca secreta que albergara los volúmenes más importantes. Es cierto que aquí está a la vista aparentemente todo, pero nada que no pueda hallarse también en otros lugares. Presumo que los manuscritos únicos, los de obras que se daban por perdidas, se ocultan a nuestros ojos. Pensad que la biblioteca de Federico se consideraba la única en Italia capaz de rivalizar con la del Magnífico. ¿Qué fue de los códices bizantinos de Filosofía y Matemática? Temo que la combinación que abre el dispositivo nos resulte inaccesible, aunque tal vez en el cuadro se oculte la clave.

Leonardo se inclinó rápidamente sobre el mecanismo y comenzó a estudiar los octágonos con cuadrados numerados. Luego extrajo su cuaderno de apuntes y el carboncillo. Naturalmente, varias de las dieciocho cifras se repetían: las de cero a cinco aparecían dos veces, lo que hacía doce números, el seis se repetía en tres ocasiones, y las tres cifras del siete al nueve sólo se mostraban una vez. Lo escribió.

–El hombre retratado en ese cuadro –dijo–, es un amigo muy querido, un matemático franciscano llamado Luca Pacioli.

–Le conozco de fama y de vista, aunque no personalmente –replicó Machiavelli–, y si la clave del enigma es matemática, tengo la vaga sospecha de que no lograré nunca descifrarlo.

–Tampoco yo –abrevió Leonardo.

Pero pensaba en aquella extraña suma de la pizarra, en los cuadrados mágicos, en el teorema xiii, 8 de Euclides, en las fórmulas del *eicosiexaedron*. Deseó volver enseguida a su alojamiento y ponerse manos a la obra.

–Podría buscarse al artesano que fabricó el mecanismo –opinó Machiavelli.

–Una magnífica idea –replicó Leonardo.

–Por la mañana seguiré su rastro –dijo el embajador florentino.

–Podríamos volver a vernos a primera hora de la tarde.

–Venid a mis aposentos. Me hospedo frente al palacio, tras la iglesia de San Domenico, en un moderno edificio con pórtico de estilo griego. –Le dibujó el camino hasta el lugar.

De poco sirvieron sus razonamientos: durante el resto de la tarde, Leonardo intentó en vano resolver el enigma. Estaba seguro de tener a su alcance todos los elementos para lograrlo, presentes en el retrato de su amigo franciscano: el *eicosiexaedron* era la piedra angular, el teorema de Euclides era el punto de partida, y las misteriosas cifras de la pizarra debían contener a un tiempo la solución al problema matemático y la combinación para desbloquear el mecanismo. Si comprendía el significado de esa suma, descubriría la serie numérica necesaria para abrir el pasaje secreto y tener acceso a los libros perdidos, no tenía dudas. Su atención se concentraba sobre el problema matemático, la proporción entre las raíces de tres y de dos, luego estudiaba los cuadrados mágicos, sin alcanzar conclusiones satisfactorias. Al alba, exhausto, le venció el sueño sobre papeles llenos de notas.

Acudió al encuentro con su compatriota rebotante de esperanza. El embajador se alojaba en una construcción moderna con un pórtico sostenido por columnas de gusto

clásico, al fondo se vislumbraba el campanario de San Domenico. Le recibió en una habitación austera, sin otro mueble que un escritorio bajo la ventana que daba a la calle. Sobre él, una resma de hojas, probablemente destinada a su correspondencia diaria con el Consejo de los Diez, tintero y pluma, cizallas para la punta.

–Di con el bibliotecario que servía al duque Guidobaldo –dijo el secretario de la República–. Pero en vano: el cerrajero que fabricó el dispositivo estaba en Urbino de paso, enviado a Roma por Ladislao Jagellón, rey de Hungría. De regreso a su patria, se demoró aquí por reunirse con Ottaviano Ubaldini y Pablo de Middelburg, obispo de Fossombrone y astrólogo de la corte. Realizó el mecanismo para una hermandad misteriosa al servicio de los Montefeltro, luego partió de inmediato. Sólo nos queda destrozarlo a martillazos.

–Con el riesgo de perder la posibilidad de volver a abrir el pasaje secreto.

–En cualquier caso –continuó Machiavelli–, temo que no podré ayudaros a resolver el enigma. Hoy me he reunido con el duque Valentino. Me aseguró que parte hacia Milán, donde se encuentra el rey de Francia. Debe tratar con él cuestiones de la máxima importancia. Entre ellas, cabe suponer, el destino de nuestra ciudad. Por mi parte, debo volver de inmediato a Florencia e informar a Soderini. Me marchó al alba. Os ruego que reflexionéis sobre cuanto os insinué ayer. Disculpad mi tono hostil, pero si aquí se decide atacarnos, no olvidéis que vos también sois en esencia florentino. Y sabed que en la renacida República hay lugar para todos, os prometo que si regresáis no os faltará trabajo.

Leonardo le dio las gracias y le deseó un buen viaje.

Luego volvió a su alojamiento, se sentó a la mesa, tomó unos folios y comenzó a escribir.

«Calma», se dijo, «lo sustancial es mantener la calma. La calma y la lucidez».

Es seguro que la combinación del eicosiexaedron que abre el pasaje de la biblioteca se contenga en el retrato de fray Luca, en relación con los números escritos sobre la pizarra:

4 7 8
9 3 5
6 2 1
2 0 3 4

Los números en tal modo sumados no forman un cuadrado astronómico, pues sus sumas no equivalen nunca una a la otra. De izquierda a derecha, las columnas, sumadas por separado, dan respectivamente 19, 12 y 14; las líneas, de arriba abajo, 19, 17 y 9. Las diagonales, 8 y 17. Pero acaso sean éstos los dos puntos esenciales a los que dirigir la atención: que los números sumados no hacen un cuadrado mágico, pero son sumados. En el cuadrado de Saturno, la suma de cada columna da 15, y si se añadiese un cuadrado tal de nueve cifras, en cualquier modo en que se dispongan en su interior los números, si el cuadrado es mágico, el resultado de dicha suma será siempre 1665...

1 5
1 5
1 5
1 6 6 5

1665-2034: estos números en secuencia, cada uno siguiendo al otro, dan ocho cifras. ¿Han de ser estos los números clave? ¿Pero según qué razonamiento? Ciertamente, de disponerse como en engarce sobre dos de los tres octágonos de los cuadrados, sobrando cuatro números, estarían en concordancia con los números marcados en el eicosiexaedron.

Que eran: dos veces los números de 0 a 5, tres veces el 6, una vez el 7, el 8 y el 9. Si se cruzaran sobre uno de los dos seis los ocho números horizontales y los ocho verticales de la combinación, no tendríamos ya 4 seis, sino sólo 3; luego se cruzarían otra vez sobre el 3 o sobre el 0, según si el primer engarce fuera sobre el primero o el segundo seis. Si los cruzamos sobre el segundo 6 de 1665, por ejemplo, tendremos, desengranando el eicosiexaedron, la combinación siguiente:

Tal es únicamente el primer engarce posible, con el 3 que se sobrepone y otro 3 fuera de las dos perpendiculares; haciendo engarzarse las dos secuencias sobre el primer 6, se cruzarían entonces sobre el 0, con otro 0 fuera del engarce. Debemos hacer rotar los tres octágonos del eicosiexaedron a fin de lograr las dos secuencias en tal modo, esperando que donde acaben los otros cuatro números carezca de relevancia.

Pero albergo dudas. ¿Qué vínculo tiene la combinación 1665-2034 con el significado del cuadro? Ninguno. Sería puro azar que fuera ésa la combinación del mecanismo. Es sólo una entre muchas, infinitas, todas igualmente posibles. Pues una cosa es cierta: si 1665 y 2034 son los números clave, deben relacionarse en algún modo con el teorema de Euclides que el fraile indica en la pintura y con la demostración de la pizarra, de lo contrario el entero razonamiento no se sostiene.

Nuestro Fray Luca sigue siendo más artero que el Diablo.

Se acostó tarde, fatigado e insatisfecho. No consiguió dormir. A ratos le vencía el sueño, pero los números en su cabeza le despertaban con un sobresalto. Hasta que una intuición repentina le obligó a levantarse de nuevo y a encender una vela.

–Virgen santa, ¿cómo no lo he pensado antes? ¡La división! ¿Cuánto da la división?

Comenzó a calcularlo en un folio.

–2034 dividido por 1665 da uno con veintidós, etcétera... –dijo en voz alta, en el corazón de la noche.

También la raíz cuadrada de tres sobre la raíz cuadrada de dos, la divina proporción del *eicosiexaedron*, daba uno con veintidós, etcétera. De manera que el fraile había ocultado, bajo forma de acertijo, la solución al razonamiento que desarrollaba en la pizarra a partir del teorema de Euclides, que indicaba en el cuadro con el índice de su mano derecha. El vínculo entre las diagonales de los dos cuadrados, el alzado sobre un lado del triángulo equilátero y el inscrito en la misma circunferencia en la que se inscribía el propio triángulo, era la raíz de tres dividida por la raíz de dos: uno con veintidós, etcétera. Y tal era también la proporción entre los diámetros, y en consecuencia entre los radios, de las dos circunferencias en las que se inscribían los dos cuadrados, a partir de los cuales se dibujaban todas las caras del *eicosiexaedron* con escuadra y compás.

Aún palpitaba la noche, aunque acaso se anunciaran ya el alba y la aurora.

Despertó a Salaì, le pidió que se vistiera y vigilara desde el corredor del piso superior del palacio ducal, a través de la ventana del lado opuesto del patio interno y sin dejarse ver en la penumbra, la puerta de la biblioteca, del todo visible desde allí, hasta que él no volviera a salir. Si veía entrar a alguien, o si él no regresaba al cabo de tres horas, debía advertir de inmediato a Niccolò Machiavelli, que se alojaba frente al palacio; le explicó dónde con un garabato.

Ante la puerta encontró, como de costumbre, un centinela armado de espada y alabarda.

–¡Maestro Leonardo! –exclamó al verlo–. ¿Qué hacéis por aquí a esta hora? ¿Me recordáis?

Alzó el candelabro que empuñaba para iluminarle el rostro.

–Soy Piero Bandinelli –continuó el soldado–, nos conocimos en Florencia, en el murete de los Spini...

Reconoció al joven neopagano que un mes antes había sometido a su juicio cierta cuestión dantesca en las inmediaciones del puente de Santa Trinita. Sintió que el rostro se le encendía, recordando el encuentro casual con Buonarroti y cuanto siguió después.

–¿Qué hacéis vos aquí? –preguntó a su vez.

–Soy soldado de Giovanni Conte, al servicio del Valentino.

Leonardo sonrió y le mostró el salvoconducto; el joven le franqueó el paso. Leonardo le pidió que cerrara con llave la puerta de la biblioteca cuando entrase, y no dejara pasar a nadie más hasta que no la abandonase. Le dijo que le ocupaba una misión extremadamente urgente y confidencial por encargo del duque en persona. Le rogó que, si aún no había salido cuando cambiase la guardia, transmitiera a su relevo la consigna.

El muchacho asintió. Una vez dentro, Leonardo, candelabro en mano, se encaminó a la sala del retrato. Vacío de libros el anaquel en el que se ocultaba el mecanismo y apoyó el candelabro a su derecha. En el retrato, el resplandor de la llama dibujaba sobre el rostro del fraile matemático una mueca que le pareció satánica. Observó la disposición de los números en los octágonos. No habría sabido decir cuántas, pero las combinaciones posibles debían ser innumerables, demasiadas para que quien custodiaba su secreto bloquease el dispositivo aleatoriamente. Quien de él se servía debía poseer sin duda un método rápido para abrir el pasaje, dos giros a la derecha y dos hacia abajo, por ejemplo, o algún otro semejante, de modo que el mecanismo resultara complicado sólo para aquellos que ignoraban la clave de acceso. Esperaba que Machiavelli no hubiera manipulado el artefacto antes de su llegada, lo que habría complicado todo.

No tocó nada. Sacó su cuaderno y copió la disposición de los números. 54164520 y 03116620, que se cruzaban sobre el 1 y el 2. Era como había pensado. Todas las cifras de la combinación que había encontrado aparecían sobre dos de los tres octágonos. Eso simplificaba todo, porque le permitía desatender el tercer octágono. No movió el *eicosiexaedron*, trabajó sobre el esquema que había reproducido en su cuaderno. Pero no resultaba fácil. Cada vez que creía estar cerca de reconstruir las dos secuencias perpendiculares, un movimiento errado le obligaba a comenzar de nuevo.

Pronto perdió la noción del tiempo. Átomo a átomo, onza tras onza, el transcurrir se concentró en un único momento sin dimensiones. La renuncia le tentó en varias ocasiones. Entonces, se detenía un instante, aguardaba a que el ansia se calmase y comenzaba de nuevo, con la paciencia de un tejedor de mosaicos bizantino. Durante una de esas pausas, quiso distraerse pensando en Piero Bandinelli: ¿por qué aquella extraña impresión de haberlo conocido antes de su encuentro junto al Arno? Era soldado de Giovanni Conte. ¿Tal vez lo había visto en Milán? No lo recordaba. Volvió a su tarea.

Era necesario reducir el *eicosiexaedron* al cubo imaginario que formaban las seis caras opuestas en el centro de todos los cruces entre octágonos. La solución que había hallado se engarzaba sobre el 3 y el 6, y las demás caras del cubo oponían el 1 al 2 en dos ocasiones. Intuyó que los giros de bloqueo de los dos octágonos debían tener relación con la proporción $2/3$ entre los dos cuadrados del retrato del fraile. Girar el octágono horizontal a la izquierda dos veces, luego el vertical tres veces hacia arriba: tal era la solución. Al manipular el sólido, se encontró ante las dos series 1665-2034 perfectamente alineadas sobre el segundo 6, como en el primer esquema que había dibujado. Notó un chasquido, un murmullo mecánico en el interior del sólido de Arquímedes.

«Pero yo soy más artero que fray Luca», dijo para sí, con un gesto interno de triunfo. «Y dos veces más ladino que el Diablo».

Hizo presión sobre los bordes del mueble de madera: se movió. Comprendió que debía empujar desde abajo, pero antes necesitaba vaciarlo de todos los libros que contenía. La estantería se abría hacia el interior y hacia arriba, girando en torno a bisagras horizontales que debían hallarse al dorso, a la altura y a lo largo del anaquel superior, exactamente bajo el retrato. Tuvo que agacharse para cruzar el umbral. Aferró el candelabro, se acuclilló y pasó al otro lado con la estantería plegada sobre su cabeza.

Había un pequeño espacio estrecho y bajo, del que partía una escalera de caracol muy angosta hacia un subterráneo. Descendió lentamente, atento a no resbalar sobre los exiguos peldaños. La escalera desplegab a su alrededor un cilindro de muro sin yeso que parecía no tener fin. Las tinieblas y el flamear de sombras a su paso le recordaron escenas dantescas, entreveradas con las de sus pesadillas. ¿Qué criatura infernal le aguardaba al confín de aquel *descensus ad inferos*? ¿El tricéfalo Cerbero, el repugnante Gerión? ¿Qué ánimas difuntas saldrían a su encuentro en aquel lúgubre reino de la noche?

Acaso se le revelaría allí abajo el corazón ácueo del mundo...

Acabado el descenso, se halló ante un largo y estrecho corredor, con bóveda de cañón y paredes empapadas de humedad; la escalera de caracol le había hecho perder la orientación, por lo que no sabía decir si avanzaba hacia el norte o hacia el sur, o en otra dirección. Al final de la tétrica senda, la pared de la izquierda proseguía de manera uniforme, la de la derecha se abría en ángulo recto a una sala subterránea, interrumpida perpendicularmente a su avance por filas de estanterías enormes, cerradas por fuertes puertas de cristal, de manera que a su derecha se abría un nuevo pasillo entre dos estanterías, y tras dejar atrás el perfil de la hilera central, después de otro pasillo semejante al primero, un vasto salón se derramaba entre repisas de libros antiguos, como la nave central de una catedral de cinco. Una gran mesa octogonal ocupaba su centro, rodeada de ocho sillas de madera maciza forrada de piel.

La biblioteca secreta del duque, como había conjeturado Machiavelli.

La gran sala central acababa, al fondo, en un ábside semicircular recubierto de mármol polícromo, donde se alzaba un trono igualmente marmóreo. Sobre él, en la bóveda, una enorme venera de yeso de cuyo centro pendía un huevo de piedra: el escenario de la *Virgen con el Niño y Santos, con Federico da Montefeltro* de Piero della Francesca que admirara en el palacio, en los rasgos de cuyo san Francisco había reconocido a un joven fray Luca. Tras el trono había una tabla; la iluminó para contemplarla bien. Era una flagelación. Una flagelación extraña, en un espléndido marco de madera dorada. Sin duda alguna, pintada al temple por Piero. A la izquierda, en la base del trono que ocupaba un singular Poncio Pilatos con ropajes bizantinos, se leía: *Opvs Petri de Burgo Sancti Sepvlcri*.

Y *Petrus*, como es bien sabido, es *Piero* en Toscana.

La escena estaba ambientada en la logia de la construcción moderna en la que había visitado a Machiavelli; al fondo, como desde allí, se entreveía el campanario de San Domenico. Se dividía en dos partes: a la derecha, tres personajes departiendo en primer

plano; a la izquierda, una galería de estilo griego donde Jesús, amarrado a una columna coronada por una estatua de oro, miraba a los ojos a uno de sus torturadores, que alzaba su mano derecha para flagelarlo dando la espalda al espectador. Detrás de Cristo había dos puertas, una cerrada y otra abierta. En el extremo izquierdo, sentado, el Poncio Pilatos «bizantino» que había capturado su atención de inmediato, y entre él y el Redentor, otras dos figuras: un anciano en posición semifrontal, visto de tres cuartos, el otro flagelador, y un hombre con turbante turco también de espaldas al espectador. Era sin duda una obra de secreta simbología, que creyó descifrar apenas vagamente. Observó las tres figuras en primer plano, dispuestas en semicírculo como un ábside humano, y reconoció en la de la izquierda, cubierta con un tocado bizantino, a Besarión, el mismo personaje con barba de doble punta que había visto como Salomón en la *Leyenda de la Vera Cruz* de Arezzo. También creyó identificar la figura del centro: Marsilio Ficino, el otro gran filósofo platónico, aunque en edad muy juvenil, como debió conocerle Piero. Descalzo. No supo dilucidar la identidad del tercer personaje, suntuosamente ataviado, con un brocado azul decorado en oro y un paño fino, de color rojo, prendido a su hombro derecho.

La simbología del cuadro debía hacer referencia, pues, a dos ámbitos paralelos, vinculados de algún modo entre ellos: de un lado, Cristo atado a la columna, bajo la estatua dorada de un emperador romano, tal vez Constantino, transfigurado en divinidad solar, podía aludir a Constantinopla, fustigada por los turcos ante la mirada impotente de un soberano bizantino, posiblemente Juan VIII Paleólogo, al que Piero había visto desfilar por las calles de Florencia en 1439; de otro, las tres figuras en primer plano insinuaban una iniciación platónica, subrayada por la inscripción que se leía en la parte inferior derecha del marco: *Convenerunt in unum*, «se redujeron al Uno», en alusión al Uno de la teología neoplatónica, o a la unidad de las Iglesias católica y ortodoxa, prelude a la conformidad de propósito de la nueva cruzada. Pero *Convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum eius*, «Se confabularon contra el Señor y su Ungido», era también un verso de los Salmos, repetido en los *Hechos de los apóstoles*, que sugería una amenazadora conjura anticristiana.

Comenzaba a conocer a Piero, y cuanto más se adentraba en su «poética», más creía comprender a fray Luca, que había sido su discípulo. Su amigo tenía razón: aunque la perspectiva construyera arcanos prodigios en aquella tabla, aunque la iluminación de la escena continuara a parecerle abstracta, Piero no era sólo geometría. Parecía representar el lugar de reunión de una secta neoplatónica: un centro de depósito, y tal vez de estudio, de obras inencontrables, pero también de secretas asambleas y ritos iniciáticos.

Volvió sobre sus pasos y comenzó a examinar los libros. Había obras insólitas: vio el *Asclepius* atribuido por san Agustín a Hermes Trismegisto, el *De Platone* y el *De mundo* de Apuleyo, los *Oracula Chaldaica* atribuidos a Zoroastro, tratados de magia y alquimia, de astrología y ciencias ocultas. Encontró copias de los volúmenes que Besarión había donado a la biblioteca de San Marco, en Venecia, confiadas hasta su muerte a Federico da Montefeltro, que indudablemente había mandado transcribirlas. Pero, más que de Federico, debía tratarse de la biblioteca oculta de su hermano Ottaviano Ubaldini della Carda, el «mago de Urbino», el astrólogo y alquimista

neoplatónico que gobernaba en la sombra los asuntos secretos del ducado.

Luego llamó su atención un gran códice con la cubierta negra y una calavera blanca en relieve: el libro que tanto había perseguido, inconfundible también en su aspecto siniestro. Abrió las puertas de la estantería y lo aferró. Lo abrió: era un manuscrito bizantino, aunque en el frontispicio se leía la traducción latina de su autor y título, *Philo Bisanthius de automatorum fabricatione*, el *Automatopoietikà* de Filón de Bizancio. El exlibris de Gemisto Pletón, que Marliani le había esbozado en Milán, canceló cualquier resto de duda: era el libro robado a Bartolomeo Pierleoni. Lo examinó: grandes y precisas ilustraciones de ingenios mecánicos y de otros tipos de época antigua, un artefacto para medir la presión del aire, máquinas de vapor, entre ellas la que ya conocía como máquina de Herón, aunque mejor dibujada en los detalles, y también una eolípila asombrosa, conectada a ruedas dentadas y engranajes, ballestas gigantes, indumentarias para caminar bajo el agua... Cerró el libro y lo introdujo en la bolsa que llevaba al hombro.

Vio los otros libros de los que le hablara Marliani, la *Pneumatica* de Filón y el tratado de Ctesibio. ¿Cómo habían acabado en Urbino? ¿Por qué los había ocultado allí el ladrón? ¿Para quién los había robado? Los introdujo también en su bolsa y continuó mirando: *Plethon de legibus*, una obra de Gemisto Pletón sobre las leyes, de valor incalculable. Vio un tratado griego, sin traducción latina del título, ilustrado con magníficas tablas anatómicas. Nuevos códices de Mistrá, manuscritos autógrafos de Leon Battista Alberti y Piero della Francesca. Añadió a su bolsa una obra sobre medidas de Alberti y otra sobre sólidos regulares de Piero.

Súbitamente, escuchó un rumor lejano, tenue, amplificado por el eco en el silencio. Recordó de repente un diálogo insensato de hacía algunos años, en la Santa Maria delle Grazie milanesa. «Cristo es Pietro». «No, Cristo es Cristo». «¡Sí, pero Pietro es Piero!», se dijo. He aquí quién era y dónde había visto antes a Piero Bandinelli. Era probable que en Roma y Milán lo llamasen Pietro, y en Florencia Piero. Un soldado de Giovanni Conte, al servicio del cardenal Ascanio Sforza entonces, ahora al del Valentino. Se había rasurado la barba y tenía el cabello corto, pero era sin duda el joven que había prestado su rostro al Cristo de su *Última cena*. Y se hallaba en Florencia cuando ocurrió el robo en San Marco, y en Milán cuando fue asesinado Bartolomeo Pierleoni. De repente, se sintió en peligro. El soldado debía haber concluido su turno de guardia, y si en verdad le interesaban esos códices...

Disponía de poco tiempo. Extendió varios volúmenes sobre el borde de la mesa octogonal del centro de la sala, colocó en pie sobre ellos dos de pequeño formato, los cubrió holgadamente con un pañuelo que llevaba encima y situó el candelabro delante, de manera que, sobre la pared opuesta, la que prolongaba el corredor de ingreso por el que había entrado, se proyectara una sombra que pudiera confundirse con la de un hombre sentado a la mesa. Luego se apartó en silencio, con las tres obras que perseguía desde Milán y los otros volúmenes en su bolsa.

Lo hizo en el momento justo. Al acercarse el retumbar de pasos, se ocultó al otro lado de la estantería. Vio apenas la sombra de la espada alzándose sobre su falsa sombra. De puntillas, sin hacer el menor ruido, se pegó a la pared opuesta a la que había seguido al

entrar, recorrió la nave lateral entre estantes y volvió al tramo de la bóveda de cañón, mientras oía el grito del hombre y el estruendo de los libros derribados. Corrió a la escalera de caracol y ascendió entre tinieblas con el corazón desbocado.

Oía los pasos a su espalda, la luz del candelabro le daba caza a sus pies. Se le acercaba, aunque sin prisa: el joven soldado le perseguía por la escalera, casi a su ritmo, pero no se apresuraba. Sabía que era larga, y que, si subía demasiado rápido, el continuo girar le haría perder aliento y equilibrio. Leonardo oía sus pasos, veía la luz del candelabro, cada vez más cerca. De repente escuchó un ruido sordo, y la luz volvió a alejarse hasta desaparecer. Piero Bandinelli debía haberse trastabillado, lo que le permitía recuperar la ventaja inicial. Cuando empezaba a perderla de nuevo, llegó al ingreso del pasaje secreto, lo franqueó y cerró la pequeña puerta a su espalda. Los pasos se aproximaban deprisa. Leonardo se acuclilló y salió al otro lado.

Intentó cerrar la puerta de acceso al pasadizo, pero el soldado tiraba con fuerza. Y Bandinelli era mucho más robusto que él. Soltó la puerta y corrió hacia la salida de la biblioteca. Al cabo de unos segundos, volvió a ver la luz a su espalda. Del menguar de su propia sombra dedujo que el soldado se acercaba. Quiso correr más deprisa, pero el otro era más rápido en aquel espacio abierto. Penetró en la última sala, sus dedos rozaban casi el tirador de la puerta de entrada, y de repente notó en el costado derecho que le agarraban del cinto con la espada. Se liberó, se dobló instintivamente sobre las rodillas, se arrojó hacia adelante, pegó el rostro al suelo para evitar que la punta del arma le horadase la cadera. Notó las llamas del candelabro junto a su hombro izquierdo, mientras la mano derecha del soldado, que aún empuñaba el arma, le forzaba a girarse con tres dedos.

Estaba perdido.

Antes de volverse, escuchó un fuerte ruido metálico, y el otro se arrojó sobre su espalda con un grito. ¿Qué intenciones tenía? Apretó los dientes. Cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo, vio el candelabro junto a él, en el suelo. Luego, la espada cayó también. Se quitó de encima el cuerpo del soldado con un empujón violento, se levantó con el candelabro y la espada.

Y lo que vio a su espalda fue del todo inesperado.

Tras él estaba Salai con una alabarda en la mano, sorprendido de verle apuntar la espada contra sus vigorosos músculos abdominales. Al bajar la vista, vio a Bandinelli inconsciente en el suelo.

–Que Dios te bendiga, hijo mío –dijo, bajando la espada. E hizo ademán de abrazarlo.

–¿Le has matado?

–Creo que no, le he golpeado de plano.

–Entonces, te abrazaré después. Ahora quitémonos los cintos y atémoslo bien.

Apretaron con firmeza sus cintos de cuero en torno a manos y pies del soldado, luego Leonardo trepó a una ventana y descolgó una cortina con la que acabaron de inmovilizarlo. Salai le contó que notó al centinela inquieto cuando él, su maestro, entró en la biblioteca, aunque aguardó con paciencia la llegada del centinela de relevo. Luego ocurrió algo muy extraño: Bandinelli permaneció en su puesto sin aceptar el cambio de guardia. Pero apenas se alejó el otro soldado, se deslizó de inmediato en la biblioteca. Salai, alarmado, corrió hasta la puerta, que no había sido cerrada con llave. Entró y recorrió la biblioteca, pero sin encontrar a nadie, todas las salas estaban vacías: pensó que el mucho madrugar le había traído un mal sueño, pero entonces tropezó con la alabarda del soldado, abandonada en el suelo de la última estancia, signo evidente de que no se había tratado de un ofuscamiento. No se le ocurrió otra cosa que ovillarse en un rincón de aquella sala con la alabarda en la mano. Y echarse a llorar.

–Te aprecio mucho –dijo Leonardo, abrazándolo.

En tanto, el soldado, encordonado como un pedazo de carne mechada, volvía en sí lentamente.

Algo más tarde, sentado en el suelo bajo un estante, lo confesó todo sin hacerse de rogar. No dudó en admitir el homicidio de Bartolomeo Pierleoni. Era un enemigo, y en la guerra es con frecuencia necesario acabar con el adversario. ¿Por la espalda, cobardemente? Lo único importante era recuperar los códices de Mistrá. Lo grave era que en Milán no había un solo folio de aquellos códices. Se habían volatilizado. Pierleoni se los había robado al capataz de Marliani, de eso estaba seguro, pero en su celda no encontró nada. ¿Alguien se los había llevado antes que él? ¿Se ocultaban en la biblioteca subterránea de Urbino? Aún no había tenido tiempo de registrarla. Cuando oyó que Leonardo corría hacia la escalera de caracol, sólo pensó en no quedarse encerrado allí abajo. No había tenido intención alguna de matarle. Sólo pretendía amarrarle a alguna mesa y volver abajo, a buscar entre los libros aquél por el que había matado al riminés. Eso era todo. Negó haber sustraído los manuscritos de la biblioteca de San Marco, aquello fue obra de Alamanno dei Martelli, un hermano al que Leonardo

había conocido en el convento. Él sólo se los entregó a Marliani en Milán.

–Marliani es uno de los nuestros –dijo–. Estamos por todas partes.

–¿De los vuestros? ¿Quiénes? –preguntó Leonardo, algo irritado.

–¿Fingís no saberlo? La nueva Bizancio, el nuevo Oriente... –respondió Bandinelli, como si se tratara de una obviedad.

Le contó toda la historia, en el modo inflamado y confuso que tenía de narrar, brincando de un punto a otro del espacio y del tiempo, sin concierto ni método alguno.

–También Lorenzo *el Magnífico*, y Federico da Montefeltro y su hermano Ottaviano Ubaldini... Durante un tiempo, Sigismondo Malatesta, que prefirió después seguir su propia senda. Crear una nueva Bizancio en Morea, tal era el propósito inicial, luego mudó todo... También el cardenal Besarión y Marsilio Ficino, ciertamente... Era necesario refundar el Imperio Romano de Oriente tras la conquista turca. Y el nuevo Oriente debía inspirarse en Pitágoras, en Platón, en Zoroastro, príncipes de una religión universal que trascendiera el cristianismo, volviendo definitivamente vana la oposición entre católicos y ortodoxos, entre musulmanes y cristianos. Aún queda mucho por hacer, pero no volverá a haber Papa en Roma. Y el Pontífice Máximo, con su comitiva de vestales, ascenderá de nuevo al templo de Júpiter Capitolino...

Leonardo le recordó en el tiempo en que le usó como modelo para el Cristo de su *Última cena*. No le había reconocido porque los rasgos nobles de entonces habían desaparecido. Con los años, sus facciones se habían vuelto vulgares. En ocasiones sucede.

–Los saberes más ocultos –continuó Bandinelli– sólo estaban en posesión de unos pocos. Gemisto Pletón, iniciado del «círculo más recóndito», y su discípulo Besarión, estaban persuadidos de que las enseñanzas más profundas no debían ser transmitidas por escrito, sino oralmente, y no a todos los hermanos en Platón. Eran pocos los que pertenecían a este «círculo más recóndito». Besarión tenía un proyecto definido. Decidió simular un repliegue doctrinal ante la Iglesia de Roma, considerando que la única senda para recuperar, si no Constantinopla, al menos Morea, era arrastrar al Occidente católico a una nueva cruzada, y para ello debía favorecer la unión, siquiera aparente, entre las dos iglesias. Logró convertirse en el principal colaborador de Pío XII, al que persuadió para que convocara en Mantua un nuevo concilio que llamara a los príncipes europeos a sostener una gran campaña contra el turco. A un tiempo, era preciso devolver al trono de Morea a su último déspota, Tomás Paleólogo. Pero existía otro pretendiente al Despotado: Sigismondo Pandolfo Malatesta, hermanastro de Cleopa Malatesta, esposa de Teodoro Paleólogo, uno de los últimos *porfirogénitos*. A Sigismondo le irritaba la hostilidad que le demostraba Pío XII, había perdido todas las ciudades que pertenecieran a sus ancestros, con excepción de Rímini, y amenazaba con hacer saltar todo en pedazos. Por eso partió hacia Morea y se atrincheró en Mistrá. Si la cruzada se hubiera consolidado y Constantinopla hubiera sido reconquistada, habría podido reclamar una posición de importancia en el Peloponeso. Pero no zarpó una sola nave, por lo que Sigismondo regresó con el cuerpo y los libros de Gemisto Pletón. Y entre ellos, uno que parecía pesar como una roca: un tratado sobre las leyes, en el que el filósofo de Mistrá revelaba algunas de sus enseñanzas ocultas.

Tal era, pues, el funesto volumen. Marliani no lo había mencionado por razones manifiestas, pues él mismo formaba parte de aquella organización secreta. Para Leonardo, sin embargo, la importancia mayor residía en los manuscritos que custodiaban los fundamentos tecnológicos de los antiguos y la ciencia helenística, los principios de una Física cuantitativa, la aplicación de la Matemática a los fenómenos, en lo que los alejandrinos de la Edad Antigua habían logrado extraordinarios resultados. Deseaba hacer suyos aquellos secretos: intuía, aún de manera vaga, que permitirían alzar el vuelo hacia una ciencia por completo nueva, que trascendiera el aristotelismo y el platonismo de su época.

–¿Por qué es tan importante esa obra? –preguntó.

–Es la única copia existente del *De legibus* –respondió Bandinelli–. Tras la muerte de Gemisto Pletón, el patriarca de Constantinopla, Genadio II, mandó quemar públicamente todas las realizadas. Se la creía perdida, pero los discípulos del filósofo consiguieron rescatar un ejemplar, el más importante: el manuscrito autógrafo, en poder de su maestro. Es la única obra del filósofo en la que aflora una parte considerable de su doctrina secreta. En su texto, Zeus es el señor del eterno retorno, Apolo el hilador de la armonía de lo múltiple, y los dioses planetarios los ministros de los influjos divinos. Se ensalza a Fenón y Faetón, a Estilbonte y Pirente, dioses del nuevo Olimpo pagano. La sabiduría cristiana se disuelve en el paganismo antiguo, y se profesa la religión filosófica de los iniciados. Si aquella obra veía la luz, la puesta en escena de Besarión habría quedado al descubierto, haciendo naufragar estrepitosamente el proyecto de una nueva cruzada. Tras la muerte de Pío II y Besarión, el pontífice Pablo II intuyó que la organización secreta, que acomunaba a casi todos los príncipes de Italia, era una futura amenaza para la Iglesia. Sin embargo, no comprendió cabalmente la dinámica del movimiento clandestino, imaginó una traición de Malatesta y una implicación del Sultán turco que nunca existieron. Persiguió a los neoplatónicos romanos, pero nunca logró demostrar su teorema, que se desplomó como un castillo de naipes. Sixto IV, por el contrario, tramó contra Lorenzo de Medici, a quien consideraba erróneamente el cabecilla de la organización secreta. Orquestó contra él una conjura sirviéndose de los Pazzi, la familia de banqueros adversaria de los Medici, pero el Magnífico salvó la vida. Luego movió contra él una guerra abierta. Federico da Montefeltro, señor de Urbino, logró manejarla con un doble juego extraordinario. Oficialmente, era comandante de los ejércitos pontificios, y como tal invadió con sus tropas los territorios florentinos; pero en cada ocasión en que pudo asestar el golpe definitivo, se contuvo. Mientras sus huestes se combatían, o fingían hacerlo, entre Poggibonsi y Colle Val d’Elsa, Lorenzo y Federico se intercambiaban valiosos códices para sus bibliotecas. Fue una de las guerras que Federico venció sin luchar, pero no contra Lorenzo: contra Sixto IV, que no dudó ni un solo instante de su fidelidad.

–Volvamos a lo que nos ocupa –dijo Leonardo–. ¿Por qué resultaba necesario asesinar a Pierleoni?

–Porque los Malatesta se servían del libro para coaccionarnos. Deseaban recuperar el esplendor de antaño, pero las divisiones internas los mermaban y habían perdido a sus aliados en Italia. Amenazaban con airearlo todo, con divulgar nuestros secretos y

resquebrajar la entera organización.

–Aseguráis que nunca encontrasteis los libros en la celda de Pierleoni, pero ¿quién si no vos pudo llevárselos? –Leonardo había decidido no revelar que el código ansiado por Bandinelli se ocultaba en los subterráneos de la biblioteca de Federico.

–Nuestra organización –respondió el florentino– se escindió en dos ramas ya en tiempos del Magnífico y el gran Federico. Tras la guerra de los Pazzi, abandonada la idea de una nueva cruzada, Florencia y Urbino intentaron mediar entre Roma y Oriente, resignándose a reconocer la función indispensable de la Iglesia romana y asumiendo la política oficial de Besarión, por encima de sus enseñanzas secretas. Nosotros, por el contrario, representamos a los fieles al neopaganismo original. Volví a San Francesco Grande en busca de aquellos libros, pero tampoco en aquella ocasión logré encontrarlos. Fueron ellos, los filósofos píos, no sé cómo, pero ellos quieren dar al fuego el libro, mientras que los Malatesta amenazaban con hacerlo público. Nosotros sólo pretendemos ocultarlo, que su conocimiento sólo sea accesible a nuestros iniciados.

–¿Por qué me reveláis todo esto?

–Porque vos, maestro, pertenecéis a la organización... ¿No es cierto? Aún ignoro en qué modo... Sois hombre de los Medici, estáis al servicio de Piero, pero os une una firme amistad con Marliani... ¿Me equivoco?

Leonardo no lo negó. Tampoco lo confirmó.

–En cualquier caso –dijo–, he examinado con detenimiento la biblioteca secreta del duque, y os aseguro que los códigos de Mistrá no están en ella. Voy a cerrar el pasaje secreto y a quemar el papel con la combinación que permite el acceso. Seguid buscando el *De legibus* en otra parte. Debería entregaros a la justicia por el homicidio de Milán, pero sospecho que no serviría de mucho. El capitán de Milán es también un adepto, ¿cierto?

El soldado asintió.

–De modo que os dejaré marchar –continuó Leonardo–. Que la justicia divina, o la de Zeus o el potente Faetón, os pida cuentas.

Y así lo hizo. Volvió a cerrar el escondrijo, engarbulló los números de la combinación, volvió a colocar los libros en los anaqueles y rompió en mil pedazos el papel con las secuencias. Luego indicó con un gesto a Salaì que liberase al asesino.

–No mencionéis a nadie nuestro encuentro ni la biblioteca secreta –le dijo. Devolvió a Bandinelli alabarda y espada, y se alejó con su aprendiz. Alboreaba, y el patio de armas del palacio se teñía de reflejos purpúreos.

–¿Cómo descubristeis la combinación que abría ese artefacto del Diablo, maestro? –le preguntó más tarde Salaì.

–Siempre presté gran atención a las palabras de fray Luca –le respondió–. No olvidéis esto, hijo mío: el talento mayor del hombre es saber escuchar. El buen escuchador posee, además de la propia, la mente de quien le habla. Y su alma resplandece de energía redoblada.

Durante toda aquella tarde, pensó en las palabras del soldado neopagano. Se preguntaba si había dicho la verdad o no era más que un mitómano visionario. Cierto

era que, aunque abundaran en la Historia las grandes conjuras, el destino parecía condenarlas a un eterno descalabro melancólico. Arribó a tal conclusión al meditar sobre el triste final que clausuró la idea de una nueva cruzada y una religión de filósofos. En ese momento preciso, las dinastías que debían sostener aquel designio vagamente oculto se habían derrumbado a un tiempo: los Sforza en Milán, los Medici en Florencia, los Montefeltro en Urbino, los Malatesta en Rímini. La Historia se había encabritado, tomando una dirección por completo impredecible. Él había puesto en libertad a un asesino, lo que menoscababa en cierto modo su sentido de la justicia, pero tenía la impresión de haberle liberado en un mundo que ya no era el suyo, y no existe peor prisión que vivir en tiempo ajeno.

Días después, regresó de Milán el Valentino, y reanudaron su marcha el ejército, la corte y el entero séquito del duque.

El 1 de agosto de 1502 llegaron a Pésaro, y a Rímini el 8 del mes. Vio Castel Sismondo, la imponente residencia y fortaleza que se alzaba sobre las murallas, y el templo Malatestiano, obra maestra inconclusa de Leon Battista Alberti. Se demoró en el exterior, en la parte derecha de la iglesia, bajo los grandes arcos redondos que contenían, uno junto al otro, los sepulcros de Roberto Valturio, autor del *De re militari*, que Leonardo había leído en varias ocasiones, y Gemisto Pletón, el «iniciado del círculo más recóndito», el sabio del que brotara el manantial de filosofía y política que había atravesado toda su época.

Luego entró. Contempló los sepulcros de Sigismondo Malatesta y su tercera y última esposa, la única a la que amó, Isotta degli Atti. *Tempus tacendi, tempus loquendi*, se leía en el baldaquín. Tiempo de callar, principalmente. Pero después de cuanto había sabido en Urbino, el versículo del Eclesiastés le pareció en aquel lugar una oscura advertencia: llegará el tiempo de hablar, el momento de revelarlo todo. «SI», las letras *S* e *I* entrelazadas, la inscripción que se veía por todas partes en los muros de la iglesia, bajo los arcos, en los dinteles, era tal vez la sigla de Sigismondo, pero también podía leerse como la unión de las iniciales de Sigismondo e Isotta. Recorrió las capillas laterales. Primero la de las Reliquias, donde se hallaba el retrato, pintado al fresco por el inevitable Piero, que representaba a Sigismondo Malatesta arrodillado de perfil ante un san Segismundo que bien podía ser también el emperador de Luxemburgo, que le armara caballero con apenas quince años. Después, la de los Planetas y el Zodíaco, los bajorrelieves sobre pilastras a ambos lados, con los astros errantes, de la Luna a Saturno, en la cara central, y en las laterales los doce signos zodiacales, agrupados en función de las casas nocturnas y diurnas de los planetas. Vio al Sol-Apolo en su carro, tirado por briosos corceles, sobre la piedra angular, frente a Marte-Pirente y Júpiter-Faetón. A los ojos de Leonardo, era la imagen de un templo de antaño, de una edad irrepetible, irrevocablemente ida, acaso en declive. Un sueño precario de equilibrio, de armonía sublime y frágil entre cielo y tierra, entre lo humano y lo divino, entre el cristianismo y Platón, entre antiguos y modernos.

El mismo sueño, ya desvanecido para siempre, del que él también se había nutrido.

La noche de San Lorenzo les sorprendió en Cesena, que César Borgia quería convertir en capital de su ducado de Romaña, y donde Leonardo maduró la idea de una vía

navegable que la conectase, a través de un puerto-canal, con Cesenatico. La idea gustó mucho al Valentino, que pasaba buena parte de su tiempo libre con aquel arquitecto militar visionario, de ideas grandes e imposibles como las suyas.

En Imola se demoraron largamente, casi hasta el final del año. Leonardo dibujó allí un mapa de la ciudad vista desde el cielo. Y coincidió nuevamente con Machiavelli, enviado a primeros de octubre por la República florentina a parlamentar, por segunda vez, con el Valentino. Aunque apenas disfrutaron de ocasiones para hablar en privado. El duque de Romaña se veía obligado a afrontar contrariedades insospechadas. Mientras preparaba una expedición contra Bolonia, sus capitanes más descollantes, Vitellozzo Vitelli, los Orsini y Oliverotto da Fermo, junto a Pandolfo Petrucci, señor de Siena, se habían sublevado. Urbino se había alzado en armas, expulsando a la guarnición del Borgia, y con ella varios bastiones del interior. Leonardo tenía mucho trabajo y Machiavelli debía informar continuamente a Pier Soderini, para entonces confaloniero vitalicio de Florencia. El Valentino solicitaba informes con frecuencia a su arquitecto militar, y Machiavelli le interrogaba cuando tenía ocasión, por recabar noticias inéditas sobre la situación.

César Borgia aguardaba con paciencia refuerzos del rey de Francia. Cuando llegaron noticias de nuevas tropas en camino hacia Romaña, los capitanes rebeldes entraron en razón y enviaron a Imola a Paolo Orsini para pactar una paz honorable. Pese a la traición, al Valentino no le convenía hacer guerra a los Orsini, una de las familias más poderosas de Italia. El acuerdo que sellaron disponía que los Orsini, Paolo y Francesco, junto a Vitellozzo Vitelli y Oliverotto da Fermo, rindiesen Senigallia para entregársela al hijo del Papa. Se reunirían allí cuando estuviera hecho. Así, a mediados de diciembre, el Valentino y sus tropas abandonaron Imola de regreso al sur.

Pasaron las fiestas en Cesena. El día de Navidad, el duque mandó arrestar al gobernador de Romaña que él mismo había designado, Ramiro de Lorqua; nunca se supo bajo cuáles cargos. Los romañoles le detestaban por su crueldad y sus exacciones, pero le había allanado el terreno al Borgia, favoreciendo a su alrededor un clima de terror que había extirpado de raíz cualquier posible oposición al nuevo tirano.

Abandonaron Cesena al día siguiente. Al salir temprano de su alojamiento en la ciudad, para unirse a las tropas que proseguían su camino hacia el sur, Leonardo vio en el centro de la plaza un trono sobre el que se sentaba Lorqua con ropas de ceremonia. Al faltarle la cabeza, no lo reconoció enseguida, sólo cuando descubrió al girarse, al otro lado de la plaza, el rostro desfigurado del atroz gobernador ensartado en una lanza. Era difícil decir si sus conciudadanos, que tanto le habían odiado, se mostrasen satisfechos o aterrorizados. Leonardo vio también a Machiavelli, que atravesó la plaza meditando, como esforzándose en comprender el significado profundo de aquel espectáculo infame.

El 30 de diciembre llegaron a Fano, ciudad anfibia por vocación, con sus murallas como acantilados a orillas del Adriático y su Puerta de Roma, construida por el emperador Augusto, que señalaba el camino hacia Urbino y el Tíber, hacia la otra vertiente de Italia. Un día después, a primera hora, se encaminaron hacia Senigallia. Los condotieros recalcitrantes, luego arrepentidos, salieron al encuentro del duque. Se

encontraron a tres millas de la ciudad. César Borgia les dio orden de que mantuvieran al grueso de sus tropas dentro de las murallas y cerrasen las puertas de la villa, mientras celebraban con él la reconciliación y la llegada a *circumcissione* de 1503 en una apacible mansión situada extramuros, junto a la puerta de acceso al norte. A mitad del convite, el Valentino abandonó el salón con alguna excusa, momento en el que irrumpió su guardia armada. Vitellozzo y Oliverotto fueron estrangulados allí mismo, los Orsini abandonaron el lugar encadenados.

Al cabo de dos días, Leonardo se topó con Machiavelli tierra adentro, en Corinaldo. El duque se había apoderado de Senigallia en una jornada, y ya armaba guerra contra los otros rebeldes. Leonardo encontró al secretario florentino junto a las murallas de la ciudadela, mientras las inspeccionaba. Machiavelli le invitó a su residencia, que se hallaba en la cima de la colina, en el lugar más elevado del burgo fortificado. Conversaron de muchas cosas. El diplomático de la República parecía embrujado por la figura del Valentino, le dijo que acompañarle en sus empresas imprevisibles le estaba enseñando mucho sobre el arte de gobernar y el de la guerra. Leonardo lamentó su crueldad, afirmó que jamás había asistido a tanta violencia como en los últimos seis meses. Machiavelli, por su parte, meditaba sobre una suerte de economía de la sangre derramada, y sostenía que cada masacre llevada a cabo por el hijo del Papa, aun la más atroz, había evitado carnicerías mucho más cruentas.

–La guerra –dijo Leonardo– es sólo bestialísima locura.

–No obstante, la singularidad del Valentino –replicó el secretario– consiste en rendir los baluartes sin atacarlos, limitándose a amenazarlos de asedio. El arte de hacerse temer es su prerrogativa. Vence la mayoría de sus batallas sin que su artillería descargue un solo tiro.

–Desearía que las cosas fueran realmente tan simples –respondió Leonardo–, pero será importante conocer el destino de los Orsini. Si el Valentino los manda matar, desencadenará una guerra más cruel que la que ahora ha evitado.

Los Orsini sufrieron el mismo destino que los señores de Città di Castello y Fermo: murieron estrangulados, dos semanas más tarde, en Castel della Pieve. Las tropas del Valentino siguieron camino hasta Perugia, luego hasta Siena. Machiavelli partió días después de su último encuentro, Leonardo siguió al ejército del duque.

A primeros de febrero, llegaron a Pienza, la ciudad ideal concebida por el papa Pío II, el de la fallida cruzada, cuyo nombre ostentaba; Rossellino da Settignano la alzó para él junto al burgo de Corsignano, de donde el pontífice era originario. Fue aquel Papa senés quien otorgó al padre del Valentino, siendo éste vicescanciller de la Iglesia, el sobrio palacio que César Borgia usaba ahora como cuartel general en espera de la capitulación de Siena. El artista deambulaba en solitario por las inmediaciones del pequeño burgo, inmerso en la naturaleza encantada de las colinas toscanas, que le hacían sentirse en casa, cuando notó que le seguía un viandante ataviado de mensajero al toser éste ruidosamente para llamar su atención. Leonardo se dio la vuelta, y el otro, sin decir nada, pasó a su lado dejando caer a sus pies una misiva sellada. La recogió enseguida, la abrió, leyó. Contenía un mapa sencillo que explicaba cómo llegar desde Pienza, siguiendo la Via Maremmana, a la abadía de San Galgano.

Era una nueva convocatoria del *condottiero* florentino.

Partió al día siguiente, a hora temprana, junto a un Salaì maldispuesto. De tarde alcanzaron la ermita de Montesiepi, donde, en el siglo xii, el legendario santo de Chiusdino, poniendo fin a la vida de guerrero a la que era destinado, hincó milagrosamente su espada en la roca para alzar una cruz. Se reunieron en aquel lugar de oración, junto a la espada renegrida, aún enhiesta en la dura piedra, en la capilla circular construida a su alrededor, que todos llamaban La Rotonda.

–Debes abandonar al Valentino y regresar de inmediato a Florencia –dijo el *condottiero*–. Ya no estamos en el mismo bando.

Lo había intuido, lo sabía, se lo esperaba. El *condottiero* era hijo de Clarice Orsini y esposo de Alfonsina Orsini. Parientes lejanos, de una de las infinitas ramas de la familia Orsini, que porfiaban por el poder en Roma con los Colonna. Ahora los Borgia, tras el asesinato de Paolo y Francesco Orsini, eran enemigos de ambas. Su tiempo llegaba a su fin.

–Estoy junto a los Orsini, ciertamente –prosiguió el *condottiero*–, y también con los franceses. Si los Medici regresan a Florencia, será con los Valois-Orleans. Los españoles han desembarcado en el sur, dispuestos a disputar Nápoles al rey de Francia. Y los Borgia son españoles, por lo que no tardarán en traicionar a Luis. Debes marcharte. Yo me dirijo hacia el sur, a luchar con los franceses. El rey me ha nombrado gobernador de Cassino.

Leonardo asintió con un gesto: obedecería, como había hecho siempre.

–Respecto a la misión que me confiasteis en Venecia, en la morada de vuestro hermano –dijo–, he conseguido llevarla a buen término.

Extrajo de su bolsa de cuero el *De legibus* de Gemisto Pletón y se lo entregó. El *condottiero*, sorprendido, aferró el manuscrito y lo examinó ávidamente.

–¿Cómo lo habéis logrado?

–Lo hallé en Urbino.

El hombre agarró una antorcha del muro de la capilla y salió al exterior. Apoyó el libro sobre un pedrejón, fuera de La Rotonda. Le acercó el fuego. Contemplaron el flamear de las llamas sobre las páginas reducidas a cenizas. Leonardo comprendió súbitamente a cuál de los dos bandos neoplatónicos había pertenecido, sin saberlo, durante todos aquellos años. Era el bando correcto, se dijo, aunque hubiera sido derrotado. Al menos por el momento.

A su regreso a Florencia, fray Luca le acogió calurosamente en Santa Croce, entregándole una carta de Cecilia Gallerani. Había sido redactada en Milán, en 1501, pero *monna* Cecilia, careciendo de noticias suyas, la había enviado a Venecia, al Convento del Frari, esperando que el matemático franciscano la hiciera llegar a su amigo. El fraile la recibió al cabo de un año, en Bolonia, donde enseñaba a menudo, de manos de un hermano veneciano de visita. Pero Leonardo se había volatilizado, de manera que se la entregaba con dos años de retraso.

Leonardo le refirió sus aventuras junto al Valentino, sin hablarle de la biblioteca secreta del duque Federico ni de sus conclusiones sobre el homicidio milanés. Aunque mencionó el retrato –el del matemático, con el dodecaedro y el *icosiexaedron*–, y al saber que lo había encontrado, fray Luca, o así pareció a Leonardo, le miró con aprensión. Pero el artista tenía prisa por volver a sus aposentos para leer la carta de Milán, de manera que no se extendió, se escudó en su cansancio y se encaminó rápidamente, con la misiva aún sellada, a la Santissima Annunziata.

Monna Cecilia le decía que había regresado a su ciudad cuando la situación se había calmado. En realidad, vivía en Carugate y pisaba Milán en raras ocasiones, pues era madre de un Sforza y sus bienes en la villa habían sido confiscados; pese a lo cual, ella y su esposo, aun no gozando del favor de los nuevos gobernantes franceses, no padecían estrecheces. Le contaba que había dado a luz un cuarto hijo, a finales de septiembre de 1500. Los cálculos que repitió Leonardo siempre arrojaban idéntico resultado: su encuentro de Mantua había sucedido en enero, nueve meses exactos antes del alumbramiento. Sin embargo, *monna* Cecilia no parecía insinuar siquiera que el niño pudiera ser suyo, hablaba de él como de un hijo del marido.

Mencionaba también algunos asuntos milaneses. Le hablaba de *messer* Fazio Cardano, por ejemplo, al que la fuga y una amante en Pavía le habían dado un hijo llamado Girolamo, y de otros conocidos comunes, aunque Milán, sostenía, ya no era la misma... Luego volvía a los asuntos de Mantua, sin alusión alguna a su «error». Le contaba que, tras su partida, los Gonzaga habían hallado en sus aposentos un dibujo suyo de una mujer sin tocado que todavía conservaban. Su marido le había dicho que aquella mujer tenía gran parecido con ella, por lo que se preguntaba si Leonardo no hubiera estado secretamente enamorado de su esposa. Ella, por apagar sus celos, le había recordado las habladurías sobre la sodomía del pintor (una práctica común entre artistas y aprendices, como se sabía). Los temores del marido se habían disipado, pero Isabella d'Este le insinuó después, le pareció que, con cierta acritud, que en aquella dama despeinada también veía a la Gallerani, idealizada y con el cabello al viento, pero sin sombra de

duda. Mientras se defendía, Cecilia se había sentido invadir por una honda tristeza. Obligada a acallar cualquier sospecha, hacía imposible su mayor deseo: la merced de aquel retrato inacabado. Pero Isabella d'Este lo conservó para sí, como castigo, estaba segura, por no haberle confesado su pecado. Cecilia concluía su carta invitándole a regresar a Milán y a resucitar tiempos más felices, pues en la ciudad no estaban ya ni él mismo, ni Donino, ni los demás, y ella languidecía de añoranza.

A Leonardo se le llenaron los ojos de lágrimas, y deseó partir hacia Milán sin demora. Inició el dibujo de una Leda con el cisne, una Leda desnuda rodeada de sus cuatro hijos: cuatro, como los de Cecilia. Pólux y Clitemnestra, Helena y Cástor, saliendo de dos cascarones rotos a sus pies. Era un himno a la vida que nace, más que a Eros. Quienquiera que fuese el padre –un duque de Milán, un conde de provincias o un vulgar pintor–, se trataba de Zeus, de Faetón, o del *Spiritus mundi* encarnado en un cisne seductor. «Cisne» es *cecero* en florentino, otra enigmática alusión a Cecilia, del mismo modo que el armiño, *galé* en griego, aludía a su apellido, Gallerani. Leda es el misterio, pagano o cristiano, tal vez simplemente humano, de la encarnación, de la vida que al tiempo que anhela consumirse, antes de disolverse de nuevo en el caos primigenio, se reproduce a sí misma en un ciclo virtualmente inagotable, muere y vuelve a empezar sin cesar, en sucesión perenne de metamorfosis, de retornos y mutaciones. Bien pensado, ¿qué iba a hacer él en Milán? Era evidente que Cecilia, dejando a un lado quién fuera el padre, había decidido atribuir sabiamente su último hijo al marido que la sustentaba.

Fue una vez más su padre, *ser* Piero, quien le procuró un encargo. Un adinerado comerciante en seda que fuera buen cliente suyo, Francesco del Giocondo, antiguo proveedor de los Medici, al enviudar, había contraído nuevas nupcias con Lisa Gherardini, joven que a sus veinticuatro años acababa de darle su segundo hijo. *Monna* Lisa del Giocondo, tras dos partos muy cercanos, sufría de humores saturninos. Antes de retratarla, Leonardo procuraba deleitarla contando historias alegres o tocando el laúd para ella. Pero apenas lograba arrancarle una sonrisa de aparente sosiego, que no ocultaba las trazas de un dolor profundo. Imaginó un retrato que mostrase, a su espalda, un paisaje modelado por idénticas pasiones, sereno a primera vista, desgarrado por la usura de las eras geológicas, por la erosión de las aguas y el viento, por la Fuerza incesante de la naturaleza, que saja y socava, que agrieta y solidifica de nuevo. Una suerte de *summa* de los paisajes de su vida: al fondo los Alpes lombardos, el Carso, los glaciares y lagos alpinos; en primer plano, los meandros del Arno a los pies de Arezzo y el puente entre escarpaduras de Il Romito. Lo imaginó, pero no lo pintó. Lo esbozó apenas, sin acabarlo. Para lograrlo, debía alcanzar él también esa calma aparente y precaria que cifra el fin de una conflagración remota, cierto estado de gracia, un equilibrio inestable y caduco entre el torbellino de impulsos vitales contradictorios y la angustia del estancamiento y la devastación definitiva.

Asesoró también a la República, a propósito de la materialización de un proyecto del que Leonardo había hablado a Machiavelli en Imola: con objeto de debilitar a Pisa y someterla de nuevo al dominio florentino, se trataba de desviar el Arno para que fuera

navegable desde Florencia al Tirreno, sin atravesar territorio pisano. Una idea extraordinariamente ambiciosa, que Machiavelli consideró digna de un genio. Los antiguos romanos eran capaces de mudar el curso de los ríos, de manera que el intento equivalía a recoger el guante del mundo clásico. Pero Leonardo había estudiado el sistema de esclusas utilizado en Milán para canalizar las aguas, y se sentía a la altura del desafío. Sin embargo, no participó directamente en los trabajos, que fueron encomendados a otros y acabaron por limitarse a una canalización defensiva del frente en la frontera entre ambos territorios. Al cabo, una realización incompetente convirtió su menguado proyecto en una inundación catastrófica, que causó más daño a los florentinos que a los propios pisanos.

El 18 de agosto de aquel mismo año, murió el Papa. Por dolores de estómago, como cabía esperarse. Una semana antes, junto a su hijo César, había aceptado la invitación a cena del cardenal de Corneto. Tras el ágape, se sintieron todos indispuestos, incluido el Valentino, pero sólo el Papa había muerto. ¿Disentería? ¿Malaria? ¿Veneno? En cualquier caso, bandas armadas de los Colonna y los Orsini se entregaron al saqueo de los bienes de los Borgia, al tiempo que caía enfermo el duque de Romaña. El nuevo Papa, un Piccolomini que quiso llamarse, huelga decirlo, Pío III, murió igualmente al cabo de tres meses; su sucesor, Giuliano della Rovere, que subió al trono pontificio con el nombre de Julio II, habría de convertirse en el peor enemigo de los Borgia. El Valentino fue hecho preso en dos ocasiones, la última por los españoles, que le confinaron en una mazmorra en Medina del Campo. *O César o nada*, había sido su lema: las malas lenguas decían que acabó siendo ambas cosas. Su Romaña se desmoronó en menos de un año. A Urbino volvió Guidobaldo, a Rímini un Pandolfo Malatesta que se la entregó a los venecianos. Su Estado nació y murió antes de cumplir tres años.

El 28 de diciembre falleció también Piero de Medici, el *condottiero* florentino al que Leonardo había conocido en Milán, y del que fue amigo hasta aquel último encuentro en el sur de Toscana. Se ahogó en el Garellano, mientras se replegaba ante el empuje de los españoles de Gonzalo Fernández de Córdoba. En su intento de alcanzar lo antes posible Gaeta, cargó armas y cañones sobre una embarcación ligera que volcó por exceso de peso. Sus restos recibieron sepultura en la abadía de Cassino.

De entre los Borgia, aún resistía en Ferrara Lucrezia, que ahogaba las penas familiares en una vida de desenfreno incongruente. Decían que había sido amante de Pietro Bembo, y después de Francesco Gonzaga, el esposo de Isabella d'Este. La marquesa, con asuntos más delicados que atender, dejó por fin de atormentar a Leonardo con sus demandas de un retrato de perfil.

Leonardo aún maduraba la idea de un regreso a Milán, cuando tras la muerte de Piero de Medici, que alejaba de él toda sospecha de colaboracionismo, la República llamó al fin a su puerta. Cierta día le visitó, en nombre de Niccolò Machiavelli, Agostino Vespucci, estrecho colaborador del secretario en la Cancillería florentina. Agostino le informó de que Machiavelli, al que había conocido en Urbino, había pensado en él para un nuevo proyecto pictórico, consistente en representar la batalla de Anghiari, en la que los florentinos habían derrotado a los milaneses en 1440, sobre la enorme pared oriental de la sala del Gran Consejo del Palazzo Vecchio. De nuevo un fresco, pero el tema de la

batalla le estimulaba: era el banco de pruebas más adecuado para plasmar sus nuevos conocimientos, como pensó en Arezzo, ante la obra de Piero. Con el alma en zozobra, aceptó.

En enero, acabado el *David* de Michelangelo, formó parte de una comisión que debía decidir su emplazamiento. La mayoría lo quería frente al Palazzo della Signoria, como símbolo de la nueva República que había derrotado el gigante mediceo y prosperaba orgullosa de sí. Leonardo se hallaba entre los que lo preferían en la contigua Loggia dei Lanzi: con el pretexto de protegerlo de la intemperie, pero con la intención de ocultarlo al público. Más que por resarcirse de la antigua insolencia del escultor, por no hacer suyas las motivaciones ideológicas que el coloso pretendía ensalzar: a su entender, la expulsión de los Medici no había traído grandes beneficios a Florencia. Cuando al cabo se decidió exponerlo en el lugar más visible, se obstinó, esta vez por despecho, en que se le cubrieran al menos los genitales, en verdad infradimensionados, por tutelar a las damas florentinas, que habrían podido lamentarse con justicia. Y lo logró: David vio ocultarse su pene tras una guirnalda dorada de veintiocho hojas de cobre.

El 9 de julio de 1504, martes, falleció *ser* Piero de Antonio da Vinci, su padre. Sus hermanos le hicieron llegar la noticia al día siguiente. No había dejado testamento, por lo que, siendo ilegítimo, fue excluido de la herencia. El único legado de su padre, al que tal vez hubiera amado de algún modo, fue soportar indirectamente las interminables disputas de sus once hermanastros, mientras se repartían entre insultos sus cuantiosas propiedades. Un sinsabor que aumentaba la pesadumbre.

Por favorecer la realización del enorme cartón preparatorio de *La batalla de Anghiari*, la República ordenó restaurar y poner a su disposición la espaciosa sala del Papa del convento de Santa Maria Novella, antigua residencia de los pontífices durante sus visitas a la ciudad, el Letrán florentino. Se trataba de la enorme estancia donde se había reunido, en 1439, el concilio de la unión, en la que habían expuesto sus argumentos Gemisto Pletón y Besarión, el papa Eugenio IV y el patriarca de Constantinopla, que exhaló su último suspiro en Florencia. Allí se habían debatido los destinos de Oriente y Occidente, la nueva cruzada, el magno y vano proyecto de restituir a Italia y Grecia al centro del universo mediterráneo y cristiano.

Allí lo visitaba a menudo, durante las primeras fases del proyecto, Agostino Vespucci, quien le informaba de los requerimientos de Soderini y le desgranaba los pormenores de la batalla de Anghiari. Había ocurrido en aquel clima de concilio y alianza entre el papa veneciano Eugenio IV y la Florencia de Cosimo de Medici, cuyos acuerdos de índole universalista y amplitud de miras afrontaban el escollo de la ambición expansionista de los Visconti milaneses, que amenazaban a los florentinos y a Venecia. El episodio culminante, que debía serlo también en la pintura, era el momento en que los florentinos, atacados por sorpresa, habían reaccionado prontamente, arrebatando a los milaneses su estandarte y poniéndolos en fuga. Leonardo estudió con esmero la escena. Deseaba plasmar el humo y el polvo, el sudor fangoso de los rostros, las bocas rechinantes de las cabalgaduras, la tensión en las miradas, las pozas de sangre en las huellas de los soldados, toda la bestialísima locura de la guerra.

En cierta ocasión, inesperadamente, Vespucci comenzó a hablar de su primo Amerigo,

un navegante que exploraba las costas meridionales de lo que todos llamaban aún Indias Occidentales. Le enviaba noticias de primera mano.

–¿Indias? –sonreía Agostino–. Amerigo ha descubierto que se trata de un nuevo mundo, un continente desconocido del que ningún libro habla. ¿Te lo imaginas? Unos geógrafos alemanes han propuesto que se dé a las nuevas tierras el nombre de mi primo...

–¿Vespucia?

–No, Ameriga... Al parecer, el Catay de tejados dorados que describía Marco Polo debe hallarse más al oeste...

–No sé si es buena noticia –respondió el artista–. Siempre nos hemos pensado como el Occidente del mundo, pero ahora, con los turcos cerrando el acceso a la Ruta de la Seda, acabaremos siendo nosotros el extremo Oriente del mundo”.

Desde las fases iniciales de realización de los cartones preparatorios, era incesante la afluencia de curiosos y artistas, anhelantes de asistir al nacimiento de lo que ya se consideraba el anuncio de una *nova aetas* de la pintura.

Entre tantos, acudió a visitarle a la sala del Papa un joven pintor de Urbino, de familia de artistas, de lineamentos hermosos y maneras airoas y delicadas como las suyas. Su padre, Giovanni Santi, había sido poeta y pintor de corte en tiempos del gran Federico. Se llamaba Raffaello, y con poco más de veinte años, ya había trabajado con Perugino y Pinturicchio; se hablaba de él con elogio. Leonardo tuvo ocasión de evocar la época gloriosa de Florencia y Urbino, que ahora conocía mejor. Le habló del redescubrimiento de Platón, de los años de Piero della Francesca y del joven Botticelli. Le refirió sus indagaciones sobre la perspectiva luminosa, pero guardó silencio a propósito de lo que para entonces era su verdadera obsesión: hallar la técnica exacta para pintar al óleo sobre una pared, evitando los inconvenientes de la *Última cena* de Milán. El experimento del encausto, del que hablaban Plinio *el Viejo* y Vitrubio, que tenía intención de ensayar.

Habría de ser su gran aportación técnica a la historia de la pintura, unir la lección de los holandeses a la de los italianos, plasmar sobre un muro lo que los flamencos habían enseñado a crear sobre madera, como estuvo cerca de lograr en Milán y ahora sabría hacer mejor en Florencia. El combate entre Milán y Florencia que debía pintar en el Palazzo Vecchio sería la contienda entre *La última cena* y *La batalla de Anghiari*. Pero hacía falta un tiempo incalculable, Soderini no daba dos higas por la historia de la pintura y Leonardo volvió a encallar en los escollos de *La última cena*, con el agravante de que sobre la pared opuesta a la suya pintaba una victoria de Florencia sobre los pisanos, no el mediocre Montorfano de Milán, sino el propio Michelangelo. Así lo había decidido Soderini, que sentía debilidad por Buonarroti, un republicano convencido.

De manera que sus tiempos largos volvieron a convertirse en un problema. Pero el encausto era un procedimiento delicado. En la paleta debían amalgamarse los pigmentos y aglutinantes con cera púnica a temperatura de fusión; luego se extendía una capa uniforme de cera sobre toda la superficie y se dejaba secar. Al cabo de varios días, se encendían calderones de fuego sobre el andamio para derretir nuevamente la cera y

lustrar. El resultado debía resaltar el brillo y las gradaciones de color en la pintura. Leonardo ensayó la técnica en la escena de la lucha por el estandarte, y se topó con dificultades. Era imposible mantener constante la temperatura en los braseros, y cuando el calor aumentaba, cera y pintura goteaban como por el canto de una vela. Encender y apagar, apagar y encender... No habría bastado la eternidad. Y no había margen de error, pues volver a trabajar sobre una pared demasiado impregnada de cera resultaba imposible.

En tanto, Michelangelo había acabado su cartón preparatorio y comenzó a hacer acto de presencia en la sala del Gran Consejo para inspeccionar el terreno. Soderini presionaba con insolencia creciente. En cierta ocasión, amenazó con presentar demanda contra Leonardo, exigiéndole la restitución de los florines que ya se le habían pagado si no llevaba a término en breve plazo los trabajos que le habían encomendado. Leonardo reunió lo ganado en dos años, se hizo prestar lo que faltaba y se presentó ante el confaloniero con intención de devolverlo todo. Soderini no aceptó el dinero y le rogó, en tono más conciliador, que acabase lo antes posible la obra. La gota que colmó el vaso, meses después, fue verse entregar un saco de calderilla al acudir a retirar su estipendio mensual. Equivalía a llamarle «pintor de tres al cuarto», lo que lo enfureció definitivamente.

–¡Cicateros piojosos! ¡Majaderos del demonio! –gritó, arrojando el saco a quien se lo tendía–. Si tal es vuestra República, podéis quedárosla. Será un milagro que dure otro año. –Aún habrían de pasar seis antes del retorno definitivo de los Medici. Pero nadie podía predecirlo entonces.

Cierto día, al entrar en la sala del Papa, Salaì halló a todos los ayudantes de Leonardo trabajando, pero no a su maestro. Lo encontró en sus aposentos, sentado, con un rimero de libros en el suelo, un arcón a su lado, la pluma en la mano izquierda y un pedazo de papel en las rodillas. Depositaba los libros en el arcón tras anotar su título, y en ese instante lo hacía con el volumen de ingenios con la muerte en cubierta. Al verlo entrar, Leonardo le indicó un folio sobre el escritorio.

–¿Qué es? –preguntó su aprendiz.

–Una autorización de la República para ausentarme tres meses, por cumplir un encargo de un lugarteniente del rey de Francia. Prepara tus cosas, nos marchamos.

–¿Y a dónde vamos?

–A Milán.

–¿Por tres meses?

–Para siempre. En Milán tenemos casa y viña, aquí no poseemos nada.

Antes de la partida, acudió a despedirse del amigo que había compartido con él aquel decenio turbulento. Al oír su voz al otro lado de la puerta de su celda en Santa Croce, Luca Pacioli se alzó del reclinitorio en el que oraba y le hizo entrar. Sentados frente a frente, Leonardo le comunicó su decisión de volver a Milán. Tal vez no volvieran a verse nunca. Hablaron de aquellos años, de las muchas inclinaciones comunes, de las galernas a las que habían sobrevivido.

–Debo confesarte algo –dijo el fraile antes de despedirse.

Leonardo sabía ya a qué se refería, pero aguardó las palabras del matemático.

–Aquellos libros, los códices de Mistrá que Bartolomeo Pierleoni tenía en San Francesco Grande... El asesino no los encontró. El riminés los había ocultado bien, en una cavidad bajo el pavimento. Los descubrí por azar después del homicidio, al tropezar con un adoquín suelto. Entre ellos había uno en griego, con el título reescrito en latín, del que Marliani nunca te habló: una obra insidiosa de Gemisto Pletón, que revelaba sus enseñanzas más secretas. Un libro que perseguían muchos. Debía hacerlo desaparecer. Lo envié con los demás a Urbino, donde probablemente, si es que aún no lo han hecho, lo entregarán al fuego...

Luego le habló de la biblioteca y la hermandad secretas, le contó lo que ya sabía por boca de Piero Bandinelli, ahora a través del tamiz de un platónico franciscano que había repudiado el neopaganismo del «iniciado del círculo más recóndito» que a todo aquello había dado origen. Leonardo no le reveló lo que había descubierto. En Urbino, mientras interrogaba al homicida, imaginó que había sido el fraile quien envió al palacio de los Montefeltro aquellos manuscritos peligrosos. Lo supo al contemplar el ábside subterráneo de la biblioteca, inspirado por el cuadro en el que un joven Pacioli formaba parte del *entourage* más estrecho de Federico da Montefeltro, una *Sacra Conversación* de su maestro Piero della Francesca. No le contó que había descifrado su código y había descubierto las salas del subsuelo, no le confesó que había robado libros que sólo a él parecían interesarle, ni le reveló lo acaecido a la última copia existente de las *Leyes* de Gemisto Pletón.

Se abrazaron en el umbral de la celda. Habían militado en un mismo bando sin saberlo. Pero habían cultivado con plena conciencia la misma pasión profunda por la olvidada ciencia alejandrina: por Euclides, el matemático; Leonardo por Arquímedes y Filón de Bizancio. En tanto, a su alrededor, se mataba por cosas muy diferentes. Tal vez ellos fueran la avanzada de un mundo aún por llegar, quizás el último rescoldo de un sueño ido para siempre.

–Gracias por la Matemática que me has enseñado –fueron las últimas palabras de Leonardo.

–Gracias por tus enseñanzas sobre la *enèrgheia* –respondió el fraile.

Le invadió la melancolía mientras caminaba junto al Arno, recordando los muchos años transcurridos, sus mil proyectos inútiles, los fracasos, las obras inacabadas. Entre punzadas de angustia, como ocurre a veces: ¿qué quedaba de todo aquello? Se preguntó si la Historia, la de uno y la de todos, avanza como los ríos, que al alcanzar el valle parecen más calmos, sin las dudas y arrepentimientos, sin los saltos y meandros que marcan su curso al inicio, y al despeñarse entre rocas inaccesibles.

–¡Maestro Leonardo!

Le costó comprender de dónde venía la voz, aunque sólo podía proceder del mendigo sentado a la orilla del río. Vestía ropas raídas, lucía una barba caótica, los cabellos enredados en un cuajarón grasiento.

–Faetón me castigó, prestando oídos a vuestra maldición –dijo agitando ante sí el brazo derecho, al que le faltaba la mano.

Leonardo lo reconoció. Era Piero Bandinelli, de cuyo rostro se había servido en Milán como modelo para el de Cristo.

–Fue en el asedio de Ceri contra los Orsini –dijo sacudiendo el muñón–. Metralla de un proyectil de culebrina...

No parecía el mismo, como si hubiera envejecido de golpe veinte años. Le dio treinta monedas, aunque el otro no se las pidiera. Todo ansía retornar al caos primero. Todo corre inexorablemente hacia su propia ruina.

Había sido un muchacho de gran belleza, que ahora se había marchitado...

La naturaleza humana degenera...

En otro tiempo fue su Cristo, pero de haberlo conocido ahora, pensó, su rostro le habría resultado atroz para el propio Judas.

Epílogo

*Todos los finales de las cosas no son parte alguna de las cosas,
sino principio de otras...*

(De los cuadernos de Leonardo da Vinci)

Hemos vivido tiempos férvidos, y ahora se nos reclaman.

Conocimos la gloria y el estrago.

En los últimos diez años, hemos visto declinar más príncipes que en el entero siglo pasado. Nada en Italia, con excepción de la Iglesia de Roma, parece predestinado a durar. Somos la tierra de lo perecedero, intersección y encrucijada. Ideas y ejércitos, pueblos y reyes, todo transcurre aquí vertiginoso. Tal vez porque ningún príncipe de mi tiempo, tras el Magnífico y Federico da Montefeltro, puso los ojos más allá de su propia ambición, y ninguno después de ellos supo nutrir apetencias igualmente vastas y clarividentes. Si la ambición carece de alas, cuando se arrastra furtiva y viscosa entre guijarros, como gusanos y víboras, toda meta que avizora se deforma, pierde la brida, se desborda.

Si los hombres pudieran volar como las aves, y ver las cosas desde las alturas, no se ensañarían como chacales sobre la carroña, exponiéndose invariablemente a predadores más feroces o pujantes. Si los hombres pudieran volar como las aves, se verían forzados a su gracia, aprenderían a elevarse y planear sin fatiga, con calma desasimiento, sobre la miseria de su propia suerte.

Todos serían hermosos, como garzas o gaviotas.

Hemos vivido tiempos férvidos, y los hemos echado a los perros. He visto todo, a mí mismo, precipitarse a una misma ruina. Hemos ansiado la libertad, y más libertad aún, hasta sentirnos libres de malbaratarla. Acaso en el último siglo, me digo a veces por hallar sentido, dimos a luz demasiada belleza, y si anhelamos seguir engendrándola, si deseamos comenzar de nuevo, antes estamos obligados a autodestruirnos.

Yo mismo, una vez tras otra, he fracasado en cada tentativa.

Y huyo una vez más de mis experimentos frustrados.

En Milán volveré a ver a monna Cecilia, conoceré al fruto de su último parto. ¿Soy concausa? Aguardo, entonces, una obra maestra. Una, al menos... No he llevado a cumplimiento casi nada de lo que he emprendido. Y las obras que concluí no me contentan. Tal vez debí escribir únicamente un Gran libro de mis interrogaciones. Es el

único bien del que soy rico, mi único tesoro imprescriptible. Cuanto pinté es en el fondo una puesta en escena de mis infinitas preguntas. La verdad, la revelación, es para mí una piedra arrojada al agua que libera ondas concéntricas de misterio, mientras una docena de testigos se preguntan consternados: ¿cómo, cuándo, dónde? Una descarga de demandas. Los retratados que parece que nos miren cuando los miramos, su expresión incierta, como si descifrarán ellos el paisaje a nuestra espalda para entender lo que somos, qué macrocosmos nos usa como enigmática caja de resonancia...

Más me valdría, antes o después, hacer inventario de mis interrogaciones.

Porque de eso se trata: ¿me recordarán los hombres venideros? Y si lo hacen, ¿por qué habrán de recordarme? ¿Por mis máquinas descabelladas, que nadie ha usado jamás y cuyo funcionamiento es un enigma? ¿Por mis frescos condenados a la ruina? ¿Por un par de retratos de amantes de duques, o por alguna Virgen abandonada a mis aprendices y retocada luego con dos pinceladas, más por piedad de maestro que por escrúpulo de artista? ¿Por mis dibujos anatómicos, imposibles de imprimir, y por tanto impublicables? No, en nada de eso reside mi verdadero legado. Lo que os dejo, con el pincel o la pluma, son mis preguntas. No hay nada más bello que yo pueda daros, nada más precioso...

¿Cómo se sostienen las aves en el aire?

¿Qué ley de la Matemática se lo permite? ¿Es semejante a la que Arquímedes descubrió para los cuerpos en el agua, que sumergidos no se hunden?

¿Por qué el cielo es azul?

¿Por qué es azul el mar?

¿Por qué los montes, en la lejanía creciente, también parecen teñirse de azul?

¿De qué materia está hecho el aire?

¿Cómo se desplaza el viento?

¿Cómo se comporta el ojo ante la luz?

¿En qué consiste exactamente, y cómo se produce, el fragor del cañón en la descarga?

Sólo esto puedo dejaros, y al parecer nadie más podría. No he conocido a otro hombre de mi tiempo que se interrogase tanto, que se hiciera esas preguntas, mis preguntas.

¿Qué es en verdad lo que llamamos «alma»?

¿Dónde reside, y dónde y cuándo se infunde en el feto?

¿Qué palabras transmite una madre a su hijo a través del cordón umbilical?

¿Por qué confluyen todos los nervios hacia el cerebro?

¿Cómo funciona el sistema nervioso?

¿Qué enèrgheia lo atraviesa?

¿Por qué se encuentran fósiles marinos en las cumbres?

¿Qué hay en el corazón de la tierra?

Sólo esto anhelo: que sean las preguntas justas, y que otros, después de mí, sigan haciéndolas. Rara vez intuí alguna respuesta, y carezco de instrumentos que corroboren mis intuiciones. Deseo que la humanidad no deje de hacerse nunca esas preguntas, que halle respuesta a cada una de ellas, y que por cada respuesta se haga mil nuevas preguntas.

¿Por qué la Luna no se desploma?

¿Por qué es oscura la noche?

¿Qué es la luz, y cómo se propaga?

¿Cuánto son grandes y están lejos las estrellas?

Breve nota bibliográfica y otros asuntos

Ahora debemos volver a nuestro tiempo. Más ricos, o así lo espero, de ideas e intuiciones nuevas. Es momento, por supuesto, de reconocer mis deudas. Doy las gracias sin excepción, aunque no los conozca personalmente, a los autores cuyos libros me han sido de valiosa ayuda. Citarlos a todos, sin embargo, equivaldría a no citar a ninguno: el lector acabaría por saltarse las páginas. Por tal motivo, de las cerca de doscientas obras que me han ayudado a dar forma a la mía, mencionaré sólo las más importantes.

La primera, por razones meramente afectivas: *Leonardo, omo sanza lettere*, al cuidado de Giuseppina Fumagalli (Sansoni, Florencia, 1943). Porque la encontré en la «biblioteca secreta» de mi padre, la de los libros de matemáticas y filosofía a los que no debíamos acercarnos, cerrada con llave, que sólo abrí cuando me dejó prematuramente, al final de mi adolescencia. Por la fecha de publicación, debió ser el primer libro que leyó después del armisticio, tras escapar, en una galería de la estación de Bolonia, de los alemanes que le conducían a un campo de trabajo del Führer. Se trata, naturalmente, de una selección de textos de Leonardo. No sabría explicar por qué, pero siempre he pensado que la exigencia de leer los apuntes del genio de Vinci en mitad del horror de la guerra y la ocupación alemana equivaliese, *a minore*, a los esfuerzos de Primo Levi por memorizar el canto dantesco de Ulises en la tragedia de Auschwitz. En ciertos contextos falaces, debe resultar difícilísimo experimentar aún el orgullo de pertenecer a una especie inteligente. Pero es necesario al menos intentarlo, para poder empezar de nuevo.

También había un libro sobre los cuadrados mágicos en la «biblioteca secreta» de mi padre, de manera que partía con ventaja en la materia. Pero debo citar de inmediato el ensayo de Enrico Gamba que despertó mi curiosidad sobre el retrato de Capodimonte, con todo lo que significó después: *Proviamo a rileggere il «Doppio ritratto di Luca Pacioli»*, en VV. AA., *Le tre facce del poliedrico Luca Pacioli* (Quaderni del Centro Internazionale di Studi Urbino e la Prospettiva, AGE, Urbino, 2010). Fue el primero de los varios de Enrico Gamba que leí sobre el tema (en los sucesivos busca también otras soluciones), y de él partió, hace dos años, esta aventura. La solución al enigma de los números reproducidos en la pizarra del fraile que propongo en la novela, basada más en el Pacioli lúdico del *De viribus quantitatis* que en un desarrollo puramente aritmético, es por completo inédita, y en la modesta opinión de quien esto escribe, está bien fundamentada. Es cierto que el resultado de dividir 2034 entre 1665 coincide con la raíz cuadrada de uno y medio sólo hasta el segundo decimal, pero tal constatación tiene escasa relevancia práctica: suponiendo que el diámetro de los cuadrados del

rombicuboctaedro que el fraile tiene a su espalda fuera de 20 centímetros y 3,4 milímetros, el error respecto al diámetro de la circunferencia en la que se inscribe el triángulo equilátero sería inferior a medio milímetro. Por lo demás, se trata de la mejor aproximación posible utilizando las cifras de un cuadrado mágico.

No es tarea mía adentrarme en la espinosa cuestión de la atribución de la tabla de Capodimonte. Me remito al parecer de la gran mayoría de los críticos, que hablan de una matriz antonelliana y veneciana. Otra opinión defiende Carla Glori en VV. AA., *Luca Pacioli tra Piero della Francesca e Leonardo* (Marsilio, Venecia, 2017). Su atribución por parte de algunos al propio Leonardo provoca en mí un acendrado escepticismo, como sin duda sabrán ya los lectores de este libro.

Que Urbino sea una ciudad rica en subterráneos es, por el contrario, un hecho bien conocido (lo evocaba recientemente una hermosa novela «dieciochesca» de Marcello Simoni, *I sotterranei della cattedrale* (Newton Compton, Roma, 2013). El Oratorio del Santissimo Crocifisso della Grotta y las capillas a las que hoy puede accederse desde la catedral (destruidas y restauradas tras el terremoto de 1789), eran también accesibles desde el Palacio Ducal en la época de los hechos que aquí se narran, y fueron donadas por el duque Guidobaldo da Montefeltro, en los albores del siglo xvi, a la Hermandad de la Humildad, fundada por el fraile franciscano Girolamo Recalchi da Verona.

Volviendo a la infinita bibliografía leonardesca, las dos biografías más recientes y actualizadas son las de Carlo Vecce (*Leonardo*, Salerno, Roma, 2006, 2.^a ed. [hay trad. española: *Leonardo*, Acento Editorial, Madrid, 2008]), aunque igualmente fundamental es el Leonardo bibliófilo que reconstruye en *La biblioteca perduta. I libri di Leonardo*, Salerno, Roma, 2017) y Walter Isaacson (*Leonardo da Vinci*, Mondadori, Milán, 2017 [hay trad. española: *Leonardo da Vinci*, Debate, Madrid, 2018]). En lo que se refiere a su primera etapa milanesa, sin embargo, sigue resultando imprescindible una hermosa obra de Ross King, *L'enigma del Cenacolo* (Rizzoli, Milán, 2012). Doy gracias al cielo por haber descubierto y leído un librito exquisito de Patrick Boucheron, *Léonard et Machiavel* (Verdier, Lagrasse, 2008; traducción italiana: *Leonardo e Machiavelli: Vite incrociate*, Viella, Roma, 2014 [hay trad. española: *Leonardo y Maquiavelo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2018]). Sería necesario mencionar aquí numerosos textos de Carlo Pedretti, pero baste con recordar su *Leonardo & io* (Mondadori, Milán, 2008). De gran utilidad me fue igualmente un volumen de Antonio Forcellino, *Gli ultimi giorni di Leonardo* (Rizzoli, Milán, 2014).

Y tantos otros, naturalmente. *La dama con l'ermellino*, de Daniela Pizzagalli (Rizzoli, Milán, 1999), es una exhaustiva reconstrucción histórica de la biografía de Cecilia Gallerani. El catálogo de la exposición *Ludovico il Moro. La sua città e la sua corte (1480-1499)* (New Press, Como, 1983), organizada por el Archivio di Stato de Milán, me fue de gran ayuda para reconstruir el ambiente en la corte milanesa de los Sforza. En lo que se refiere a Piero della Francesca, será necesario recordar, ante todo, el extraordinario estudio de Silvia Ronchey, *L'enigma di Piero* (Rizzoli, Milán, 2006) y una obra de Marcello Simonetta, *L'enigma Montefeltro* (Rizzoli, Milán, 2008); buena parte de las observaciones sobre la ambientación de la *Flagelación* de Urbino se inspiran

en la lectura de *La flagellazione. Il romanzo, i codici, il mistero*, de Andrea Aromatico (Petruzzi, Città di Castello, 2012). La idea de que Leonardo estuviera en posesión de los manuscritos de las máquinas de Filón de Bizancio, así como de otros códices griegos hoy perdidos, se remonta a un clásico de la historiografía sobre la ciencia helenística: *La rivoluzione dimenticata*, de Lucio Russo (Feltrinelli, Milán, 1996).

Conviene que me detenga aquí, porque de mencionar los innumerables catálogos de exposiciones, monografías de artistas, visitas personales a las ciudades mencionadas o códices consultables sólo *in loco*, quien esto escribe no acabaría nunca y el lector se rendiría al aburrimiento. El mío fue un viaje muy placentero, también físicamente, por las ciudades del Renacimiento italiano; y en virtud de mi particular acompañante, con especial atención a los paisajes.

A los amigos se les suele dejar para el final, por concluir en el clímax. Quiero dar especialmente las gracias al profesor Davide Anniballi, que me ayudó a encontrar un equilibrio sólido entre el lenguaje de la Matemática moderna y el de los teoremas de la *Summa* y la *Divina proportione* de Luca Pacioli; siendo programador de Android, y autor de la App de Google Play *Poliedri*, desarrolló además la aplicación *eicosiexaedron*, que crea la imagen virtual del ingenio hallado por Leonardo en el capítulo 15 de la novela. El doctor Riccardo Mashadi Mirza, extraordinariamente competente en la materia a pesar de su juventud, me ayudó a leer ciertas páginas de anatomía de Leonardo, favoreciendo intuiciones fundamentales. Agradezco a Silvio Bozzi la lectura anticipada de su singularísimo *thriller*, todavía inédito, en el que juega un papel importante la *Flagelación* de Piero della Francesca. Policía, jurista, criminólogo y asesor de conocidos programas de la RAI, identificó hace años, sirviéndose de técnicas habituales en la policía científica, al personaje central de los tres en primer plano del cuadro más enigmático de la pintura italiana de todos los tiempos como Marsilio Ficino, devolviendo la obra a un contexto de iniciación pitagórico-platónica. Por motivos similares (por permitirme leer anticipadamente su novela sobre Borromini, también inédita, llena de originales sugerencias sobre el papel de la geometría simbólica en la arquitectura italiana del Renacimiento), mi agradecimiento a Romano Benini, periodista experto en economía y docente en la Link University y La Sapienza de Roma.

Francesca Lang y Fiammetta Biancatelli fueron las primeras lectoras del libro durante su redacción, centinelas atentas de la unidad de acción y correctoras exactas de cualquier desviación del virtuosismo o intemperancia de la pluma (imagen ésta que en nuestra era digital, como se entenderá, es pura metáfora). El doctor Bruno Biancosino y el profesor Stefano Lancioni, por concluir, me asistieron con sus fraternales sugerencias bibliográficas habituales.

Mis más sinceras disculpas a mi esposa Sylvia y a mi hija Eleonora, que durante dos años me han visto emerger como un fantasma de las tinieblas de siglos perdidos, en ocasiones considerablemente desorientado.

—¿Has leído que Matteo Salvini ha denunciado a Roberto Saviano?

—¿Quién? ¿Vitelozzo Vitelli?

-¡No, Matteo Salvini!

-¿Matteo qué?

Algunas notas a la traducción

Salvo los hispanizados por el santoral y la tradición literaria, filosófica o científica, todos los nombres de persona italianos se han mantenido en lengua original: el lector no tendrá dificultades para identificar a los personajes más relevantes (*Michelangelo* es Miguel Ángel Buonarroti, *Machiavelli* es Maquiavelo, etc.). Los topónimos se han castellanizado en los casos de mayor arraigo en nuestro idioma.

El término *Desmentegansa* (del dialecto lombardo), que aparece en el capítulo α y se repite después en varias ocasiones, significa «Desmemoria, olvido». [Del mismo modo, la expresión *si dimenticano* se traduce por «se olvidan»].

Las expresiones en dialecto lombardo del capítulo 3 pueden traducirse como:

balossi – granujas, bandidos

una scighera inscì folta – una niebla tan densa

denter – dentro

non ne vegniva più föra – no volvían a salir

[*aveva*] *sbarattato la stamegna* – [había] sacudido la contraventana

sgrisolare – estremecerse

comodave – pasad, poneos cómodo

El apodo del padrastro de Leonardo (cap. 3), *Accattabriga*, significa «pendenciero, matachín».

«Cristo è Pietro», frase de Sanseverino ante *La última cena* (cap. 7), es un juego de palabras intraducible: literalmente, sería «Cristo es Pedro», en alusión al apóstol (de ahí la reacción molesta del abad), pero también a Pietro-Piero Bandinelli, como Leonardo entenderá en el cap. 16.

Los versos de Dante Alighieri que Bandinelli recita en el cap. 12 pertenecen al primer canto (versos 19-21) del *Paraíso* de su *Comedia*. La traducción empleada es la de José María Micó (Acantilado, Barcelona, 2018).

El apelativo «cardenal Vaginesio» (derivado de «vagina»), que menciona Leonardo en el cap. 12, traduce el italiano *cardinale Fregnese* (de *fregna*, una forma muy vulgar de

nombrar la vulva), con el que en efecto se conocía en la época a Alessandro Farnese (o Alejandro Farnesio), en evidente alusión a los comentados «méritos» de su hermana Giulia.

Por último, el término *sguanga*, en dialecto de Brianzola, que Salai grita indignado en el cap. 13, significa «ramera».